Carlos Martínez Moreno (1917-1986) fue una de las figuras más relevantes de la generación del 45 y su presencia en la vida cultural del país se caracterizó por una inquietud permanente y polifacética. Abogado, crítico teatral y literario, periodista, ensayista, narrador; en todas las áreas del quehacer intelectual donde trabajó fue dejando la marca de una creación personal e inteligente.

Su obra comprende, entre otros, títulos significativos como Cordelia (1961), El Paredón (1963), Los aborígenes (1964), Con las primeras luces (1966), Tierra en la boca (1974) y El color que el infierno me escondiera (1981), este último escrito y publicado durante los años de exilio, en México, donde falleció recientemente, cuando se proponía

regresar al país.

Al mismo período pertenecen los cuentos inéditos en volumen que recoge este libro póstumo Animal de palabras. Variados en su temática, técnicamente ajustados, ejercen un particular magnetismo sobre el lector y confirman, como señala Rosario Peyrou en su prólogo, el talento verbal de Martínez Moreno y su lúcida conciencia vigilante,

# Carlos Martinez Moreno

ANIMAL **PALABRAS** 

PALABRAS

ANIMAL DE PALABRAS

## CARLOS MARTINEZ MORENO

ANIMAL DE PALABRAS

Copyright by ARCA Editorial S.R.L. Andes 1118, Tel.900318, Montevideo Hecho el depósito que marca la ley Printed in Uruguay-Hecho en Uruguay

#### MARTINEZ MORENO: UNA CONCIENCIA VIGILANTE

Tal vez no baya en la literatura uruguaya una obra a la que le quepa con mayor precisión el calificativo de inteligen-

te que la de Carlos Martinez Moreno.

Según Corominas inteligente viene de la palabra latina intelligens, "el que entiende", "entendido, perito", a su vez derivada de legere "escoger". Martínez Moreno es precisamente un escritor cuya obra surge de un buscado y cada vez más perfecto equilibrio entre la voluntad de entender, interrogar al mundo, y la acumulación de una pericia técnica, una capacidad selectiva en el manejo de sus materiales, (una libertad, en fin) igualmente decisivas. No es frecuente encontrar por estas latitudes una aleación tan firme entre pensamiento crítico y talento verbal.

Cuando llegó a Montevideo la noticia de su muerte, ocurrida el 21 de febrero de 1986 en México, el nombre de Carlos Martínez Moreno era, al menos para la generación que se formó durante la dictadura, el de un prestigioso abogado penalista que vivía en el exilio, o una presencia infaltable en cualquier reseña de la Generación del 45. En las librerías montevideanas no existían libros suyos y durante un largo tiempo tampoco fue posible leerlo en la Biblioteca Nacional, por expresa disposición de las autoridades militares. Martínez Moreno es hoy un exilio que aún no ba terminado. En esta bora de debates en la que todos hablan

de crisis cultural, uno de los proyectos a poner en práctica debería incluir el rescate de una obra excepcionalmente valiosa que, a pesar de baber obtenido reconocimientos fuera del país, aquí es, en buena medida, desconocida.

Nacido en Colonia el 1o. de setiembre de 1917, Martínez Moreno empezó a escribir desde muy joven, aunque su primer libro de cuentos se publicara recién en 1960. Si nos atenemos a la ya clásica división que de la generación del 45 bacía Carlos Real de Azúa entre los grupos de las revistas "Asir" y "Número", o a la de Carlos Maggi entre 'lúcidos" y "entrañavivistas", para señalar dos actitudes relativamente opuestas, Martínez Moreno, estrecho colaborador de "Número" y miembro de su Consejo de Redacción en la segunda época de la revista, es tal vez el representante más acabado del grupo de los "lúcidos". En él pueden encontrarse con nitidez todas las características que se ban señalado como distintivas de ese núcleo de escritores: cultura universalista, rigor intelectual, ejercicio constante de la crítica, desprecio del facilismo, implacable voluntad de lucidez, buceo permanente en esa frustración bistórica que a mediados del siglo aparecía todavía enmascarada detrás de una superficie nacional en apariencia plácida e inmóvil. Característica esta última que, si fue la dominante en la Generación del 45, en el caso de Martínez Moreno incluyó una perspectiva latinoamericana a la luz de la cual revisar y poner en tela de juicio los mitos nacionales.

Reclamado por distintas exigencias, fue mucho más cabalmente un intelectual que un literato. Penalista brillante (de los mejores que ha tenido el país) ejerció durante largos años como Defensor de Oficio y fue su actividad como abogado defensor de presos políticos lo que finalmente lo obligó a tomar el camino del exilio. El periodismo es otra de las actividades que lo atraparon. Crítico de teatro y de

literatura, fue colaborador de "El País" y "El Diario" y tuvo a su cargo durante poco menos de veinte años (1943-1951) la página de teatro de "Marcha" con un nivel y una justeza crítica que bacía a la vez temida y respetada su opinión por todos los que por aquellos años estaban construyendo el teatro nacional. Numerosas páginas suyas—de carácter cultural y político— fueron publicadas en "Asir", "Ficción", "Número", "Escritura", "Tribuna Universitaria". Sus editoriales de "Marcha" de 1961 lo revelaron como un "formidable director de opinión", al decir de Carlos Real de Azúa. En los últimos años, otras inquietudes de una misma vocación lo llevaron a ejercer la docencia en la Cátedra de Ciencias Políticas de la Universidad Autónoma de México, y a ocupar gran parte de su tiempo en la lectura y la escritura ensayística sobre esos temas.

. . .

Es fácil entender entonces, con ese amplio espectro de intereses y de actividades, por qué Martínez Moreno empieza a publicar sus libros a los 43 años y por qué bay largos períodos de silencio en su trayectoria de escritor. A esa dispersión creadora babría que sumar su natural desconfianza bacia la notoriedad pública: "Honradamente, lo que más me gusta es el silencio y la escritura por la escritura, sin el regateo de la publicación ulterior. Este país está infestado de escritores que se apuraron, "madurados a fomentos", dice en unas líneas recogidas por Emir Rodríguez Monegal en 1951. Paradójicamente, su obra alcanzaría mucha notoriedad unos años después, y aún una cierta cuota de escándalo, a pesar de su natural sobriedad.

Hasta la aparición de "El Paredón" fue sobre todo un escritor reconocido entre sus pares. En 1944 babía ganado

el concurso de Mundo Uruguayo con un relato cuyo título repetiría en una de sus novelas, "La otra mitad". En 1956 obtuvo el primer premio del concurso de "Número" con su nouvelle "Cordelia" y en 1960 su relato "Los aborígenes" gana el segundo premio internacional (entre 3.148 originales) del concurso de "Life en español" y es editado en Nueva York en el volumen "Ceremonia secreta y otros cuentos de América Latina". Poco después, la novela "El Paredón", aparecida en 1963, es premiada por la editorial Seix Barral. Esta novela, basada en el viaje de un periodista uruguayo a la Cuba revolucionaria para asistir al juicio de Jesús Sosa Blanco, fundó la notoriedad latinoamericana de Martínez Moreno y originó varias polémicas en nuestro país, convirtiéndose en uno de los "best-sellers" de la década del 60. La novela testimonia las impresiones provocadas por la experiencia cubana en el ánimo de un uruguayo de formación liberal, pero es sobre todo un descubrimiento de la vaciedad y mediocridad de la vida social y política uruguaya, de su inmovilismo, del desarraigo de sus hombres de cultura, en una ácida crítica de la que no se salva ni siquiera la propia generación literaria del autor. Como dice Rodríguez Monegal, "El Paredón" molestó a tirios y troyanos,3 pero fue leida con pasión. Su relectura actual nos enfrenta a una de las novelas más inteligentes y vigorosas del período.

Por razones completamente distintas, su segunda novela "La otra mitad" gozò también de una notoriedad no buscada. Aceptada por la editorial Seix Barral para su publicación, no pudo pasar la pacatería de la censura franquista, que la probibió por razones "morales". Su última novela "El color que el infierno me escondiera" (premiada en el Concurso Internacional Proceso-Nueva Imagen por un Jurado que integraron Pablo González Casanova, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez y Carlos Quijano entre otros) despertó agrias polémicas entre los exiliados políticos uruguayos. ¿Por qué tanto ruido alrededor de un hombre tan pudoroso y reacio a la publicidad?

. . .

Algunos de los malos entendidos respecto a la obra de Martínez Moreno provienen de una lectura meramente anecdótica de sus textos: se suele tomar como crónica autobiográfica lo que no es sino un modo peculiar de tratamiento de la realidad. Toda literatura, aún la fantástica, parte de la experiencia de lo real, puesto que no es posible imaginar sobre el vacío, pero bay escritores que mantienen una relación de mayor dependencia con los datos de la realidad: es el caso de Martínez Moreno. En él lo anecdótico es siempre el punto de partida sobre el que erige un mundo imaginativo de gran complejidad. Pero lo imaginado es en su caso mucho más un proceso de la inteligencia que de la fantasía, un proceso bacia adentro, bacia el descubrimiento de nuevas dimensiones de sentido aportadas por el trabajo consciente, lúcido de la palabra.

El otro malentendido tiene que ver con la tan recurrida acusación de frialdad, que algún sector de la crítica ha hecho a Martínez Moreno. Arturo Sergio Visca le reprocha haber visto sólo "los aspectos mezquinos, negativos, sórdidos o perversos de los ambientes que le proporcionan materia para sus narraciones". A Mario Benedetti se ha referido al "fervor pielroja" con que algunos críticos se pasaban de reseña en reseña la etiqueta de que Martínez Moreno "odia a sus personajes" y anotaba certeramente que "Lo que ciertamente repugna a Martínez Moreno es la hipocresía de ciertos ejemplares humanos, la máscara mediocre de prejuicios y fingimientos, la sórdida perseverancia con que la mi-

seria prima es manufacturada hasta convertirla en virtud de exportación". En el mismo sentido que Benedetti apuntaba Rodríguez Monegal al afirmar que "En el centro de este narrador hay un moralista implacable y desgarrado". Sorprende que esa cualidad incisiva, denunciatoria de toda bipocresía, sea vista con rencor aún boy por algún crítico que no dejó de bacerle reproches ni siquiera en el momento de bacer el balance de su obra a raíz de su muerte.

Con igual rotundidad, la narrativa de Martínez Moreno suscitó juicios entusiastas. En un ensayo publicado en 1951, cuando era apenas el autor de media docena de relatos dispersos en distintas publicaciones, Rodríguez Monegal afirmaba que probablemente "este sea el mejor narrador (id. est: el más denso, el más maduro, el más hábil) de la nueva promoción uruguaya", Juicio que repetiría y aún enfatizaría quince años después. O Una relectura actual del conjunto de sus libros nos lo muestra como un narrador ineludible, y en particular como el autor de algunas de las mejores novelas que se ban escrito en este país (pienso especialmente en textos tan excepcionales como "Con las primeras luces" y "Tierra en la boca").

En eso que él mismo llamó "simplismo por dicotomía" que escinde nuestra literatura en rural y ciudadana, Martínez Moreno ba sido valorado especialmente por el impulso dado a la literatura de la ciudad, después de la obra precursora de Onetti. "Lo que nos importa —escribió— no es que el poema o el relato versen "sobre" Montevideo, sino algo acaso más sutil y difícil: que en algún sesgo incanjeable, que en alguna modalidad asimilada, a lo mejor invisible y siempre intransferible, estén escritos "desde" Montevideo". Eso es exactamente lo que logró, incluso en su obra escrita en el exilio, no desde el exilio.

Arraigado y abierto, aunó también en su literatura dos condiciones que -aunque tienen una buena tradición de compañía en la literatura universal- no es frecuente ver unidas en estos países nuestros: una preocupación obsesiva por la perfección formal, junto con un interés inteligente por las dimensiones bistóricas, psicológicas y existenciales de las situaciones que elige como materia narrativa. Esa doble dimensión de la obra de Martínez Moreno -la indagación inteligente del mundo a través de la indagación sensible de las posibilidades de la palabra- explica su predilección por Chéjov y Dostoievsky, Flaubert y Stendabl, Thomas Mann y Sartre, Borges y Cortázar entre la interminable galería de sus lecturas, así como su rechazo por lo que él llama "afán un poco provinciano, de elaboración y superproducción expresa, un cinemascope literario declarado y descarado, que lleva a adornar y a recamar las formas hasta el empalago, hasta el hacinamiento y la parálisis"8, y que ve como un peligro en cierta literatura latinoamericana,

Con acierto apuntó Angel Rama que toda la obra de Martínez Moreno "corresponde al hemisferio iluminado de la razón, como una obra hija del siglo de las luces". Incluso sus debilidades son resultado de un exceso de luz. Mario Benedetti dijo alguna vez que en ocasiones Martínez Moreno parece tener demasiadas cosas para decir. Yo diría más bien que a veces sustituye al lector realizando en la escritura un proceso reflexivo que debería ser resultado de la lectura. El mismo vio ese peligro cuando postuló en sus Notas al pie la necesidad de lograr una escritura "razonablemente elíptica". 10

#### Animal de palabras

Después de "Tierra en la boca", último libro de Martínez Moreno que circuló en el Uruguay, existen sólo dos títulos más: la novela "El color que el infierno me escondiera" y este "Animal de palabras" que incluye sus últimos cuentos escritos en Montevideo y los que escribió durante el año que vivió en Barcelona (1977-78).

La mayoría de estos cuentos ban permanecido inéditos basta boy. Con la excepción de "Benegas veo", que en versión diferente de esta definitiva y actual fue publicada en el No. 11 de la revista argentina "Crisis"; "Los pieles rojas" y "Los candelabros", que fueron luego incluídos como capítulos de "El color que el infierno me escondiera"; y "La Máscara", ganador del Concurso Latinoamericano de Cuento de la Universidad de Puebla (México) en 1977 (el jurado que lo eligió estuvo integrado por Juan Rulfo, Juan José Arreola y Edmundo Valadés) y que fue publicado recientemente por "Cuadernos de Marcha".

En un reportaje realizado en 1974, Martínez Moreno confesaba a Jorge Ruffinelli: "Del barroco formal estoy bastante de vuelta y trato de escribir cada vez más tenuemente. Tal vez porque soy un hombre de elaboraciones de suyo complejas, incluso cuando hablo a toda velocidad como ahora, trato de que la experiencia de escribir sea la contraria de quien casi no habla y luego se empina para escribir. Yo quisiera bajar a la respiración de un lenguaje cada vez más corriente. En ese sentido comparto algunas cosas que Cortázar ha dicho sobre escritores europeos y latinoamericanos en materia de lenguaje". Y agregaba luego una frase de Gauguin que le gustaba repetir "Los jardineros cultivan muchos años dalias dobles, hasta que un día vuelven a las dalias simples"11.

Aunque estas dalias simples de Martínez Moreno no sean ni fáciles ni demasiado sencillas, ellas testimonian el sostenido y progresivo combate contra lo que Real de Azúa llama "su regodeo inexhaustible de la creación verbal", a favor de una mayor contención, de una cada vez más sensible felicidad de narrar.

Quienes conocen la obra cuentística anterior de Martínez Moreno reconocerán elementos familiares: varios de estos cuentos se vinculan con esa zona de su obra extraída de su experiencia como abogado que puede dar piezas tan dispares como "Bien, regular y mal" y "Corrupción". "La escalera de mármol", estructurada en base a la evocación de algunos momentos del pasado del protagonista puede emparentarse —aunque su tono es otro, más distendido y melancólico— con la serie de relatos evocativos que desde "Los días escolares" pueblan la obra de Martínez Moreno. "La Máscara", tal vez el más perfecto del volumen y uno de los mejores que escribió a lo largo de su trayectoria de escritor, reformula un tema que le es especialmente caro: el del personaje sustituto que permite liberar aspectos ocultos y vergonzantes de la personalidad.

Las obsesiones pues, no han variado demasiado, pero se ha perfeccionado notablemente la técnica de contar. Martínez Moreno se narra menos a sí mismo para narrar una situación, una peripecia ajena. No es por supuesto ésta que anotamos una novedad exclusiva de este conjunto de cuentos, pero aquí esa perspectiva ha triunfado por completo.

Otro elemento común a la mayoría de las piezas de "Animal de palabras" es el uso del humor: un humor menos ácido que el de los primeros libros, y que conoce diferentes registros. Sorprende la pericia con que en un texto de la densidad metafórica de "La pequeña cárcel" el humor agrega una nueva dimensión sin alterar la riqueza de las otras proyecciones de sentido. Otra clase de bumor más desembozado campea en "Benegas veo", centrado en un personaje deliberadamente caricaturizado, o en "Bien, regular y mal", viñeta de un bombre que ba realizado tres bomicidios con una impericia que recuerda, en otra clave, el tema de "La fortuna de Oscar Gómez", una narración incluída en "Los aborigenes".

Sin deponer la exigencia de lucidez, una particular piedad bacia los personajes aparece en estos relatos, y basta una indisimulada ternura en el caso de "Los pieles rojas" donde el drama de la represión política es visto a través de dos figuras entrañables: un viejo maestro jubilado y su nieta

de cuatro años.

"Animal de palabras", el título elegido, alude a una conciencia vigilante del autor, pero también a la de su cómplice, el lector. Animales de palabras son estos textos que alcanzan vida propia, que respiran, engendrados por el sugestivo poder de lo que, sonando, tiene significados. Animal de palabras es el escritor, somos nosotros en igual medida en que "el pájaro es un animal alado", como dice el texto de Octavio Paz. Las palabras son nuestra redención y nuestro drama

Magia de las palabras: servir como defensa del mundo invasor, como ritual de salvación crecido desde el fondo mismo de la especie ("La pequeña cárcel").

Poder de las palabras: erigir un mundo que puede bacer tambalear por un instante la fria realidad de la cárcel ("Los

candelabros").

Limitación de las palabras, que reducen la realidad al clasificarla, como en esa doble imagen del profesor de "Cotrupción". La imagen noble y admirada que impone el recuerdo se subleva ante la imagen degradada y bumillada, ante la caricatura que surge de las palabras del expediente judicial. La distancia entre la vida y ese lenguaje degradado, corrompido, es, en este caso, el motivo del cuestionamiento ético del narrador-abogado.

Poder y limitación: entre estos dos parámetros no tan opuestos, va este discurso lúcido, estos cuentos surgidos de

una conciencia siempre vigilante.

Rosario Peyrou

#### NOTAS

- Carlos Real de Azúa, "Antología del ensayo contemporáneo" Tomo II, Universidad de la República, Montevideo, 1964.
- 2 Emir Rodríguez Monegal, "Otra forma del rigor", Revista Número, Año 3 No. 15-16-17, Montevideo, Julio-Diciembre de 1951.
- 3 Emir Rodríguez Monegal, "Las ficciones de Carlos Martínez Moreno" en "Literatura Uruguaya del Medio Siglo", Editorial Alfa, Montevideo, 1966.
- 4 Arturo S. Visca, "Antología del Cuento Uruguayo. Los del cuarenta y cinco", Tomo V. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1968.
- 5 Mario Benedetti, "Literatura Uruguaya del siglo XX", Editorial Alfa, Montevideo, 1970.
- 6 Emir Rodríguez Monegal, ops.cits.
- 7 Carlos Martínez Moreno, "Montevideo y su literatura" en Tribuna Universitaria. Revista de la FEUU No. 10, Montevideo, diciembre de 1960.
- 8 Reportaje de Jorge Ruffinelli, "Carlos Martínez Moreno, la energia que no cesa". En "Palabras en orden", Ediciones de Crisis, Buenos Aires, 1974.
- Angel Rama, "La generación crítica", Editorial ARCA, Montevideo, 1972.
   Carlos Martínez Moreno, Notas al pie, Revista Número Año 3, No. 13-14.
   Montevideo, marzo-junio de 1951.
- 11 Jorge Ruffinelli, op. cit.

### BIBLIOGRAFIA DE MARTINEZ MORENO

Los días por vivir (Asir, 1960)
Cordella (Alfa, 1961)
El Paredón (Seix Barral, 1963)
Los aborígenes (Alfa, 1964)
La otra mitad (Joaquín Mortiz, 1966)
Con las primeras luces (Seix Barral, 1966)
Coca (Monte Avila, 1970)
De vida o muerte (Cedal, 1971)
Tierra en la boca (Losada, 1974)
El color que el infierno me escondiera (Nueva Imagen, 1981)

. . . porque el bombre es un animal de palabras, como el pájaro es un animal alado.

Octavio Paz

#### LA PEQUEÑA CARCEL

La Señorita Olga no quería interrumpirlo. Por nada del mundo, dice, interrumpiría al Doctor en mitad de sus sesiones de análisis. Pero la chica era como un gatito maullando en la caja del ascensor, cuando la Señorita Olga me la mostró. Vino, golpeó los vidrios esmerilados de mi escritorio con el extremo romo de su lápiz, como lo hace cada vez que alguien llega o llama por teléfono. Golpeó pero, sin esperar respuesta, dijo solamente "Escribana" o "Señorita", no recuerdo bien cuál de esas dos palabras; y abrió. La chica flaquita, esa enferma de afuera que atiende el Doctor, se había quedado encerrada en el ascensor, dijo. El ascensor, como muy a menudo, había dejado de funcionar súbitamente, pero esta vez -eso era lo grave- con la chica en-fer-ma (y la Señorita Olga quería invocar, sin un lenguaje suficientemente expresivo, la desgracia de que aquello hubiera ocurrido con una criatura tan frágil, tan sensitiva, tan. . . La Señorita Olga no habría podido inventar más palabras) con la chica adentro, allí, medio piso por debajo del nuestro. La Señorita Olga, antes de venir a llamarme, había bajado por la escalera un piso, hablado con ella, tratado de acomodar las puertas por si no estuviesen bien ajustadas. Había seguramente gritado "Puerta", echando su voz de climaterio por el cubo del ascensor, como otras veces; pero no me lo dijo.

Nada. No había nadie en ninguno de esos pisos, nadie había dejado mal cerrada ninguna puerta. Todo el edificio parecía desierto —extrañamente desierto para las siete y media de la tarde de un día hábil— y el ascensor detenido entre

dos pisos con aquella chica adentro. La chica —salí de mi escritorio, fui hasta la puerta de abordaje del ascensor en nuestro piso, la vi desde arriba— aullaba o decía algo indistinto: muy quedamente, sin escándalo, como si temiese que cualquier exageración del ruido pudiese conmover los cordajes y arrojarla con la caja del ascensor tres pisos abajo. Aullaba suavemente y sin urgencia, pero con un fondo de ansiedad dolorosa en los tonos del lamento. Así, al menos, me pareció.

Asumí la responsabilidad que la Señorita Olga declinaba, al seguir dándome más y más razones para no interrumpir al médico. Abrí la puerta del consultorio del analista, aquella puerta de postigos echados y visillos de un indefinible color marchito que reforzaban y amustiaban aún más la clausura de los postigos. El rostro del analista se volvió hacia la insólita transgresión. Era un rostro que yo conocía, pero que en aquella penumbra no podría haber distinguido si no hubiera conocido: un rostro de ojos azules, infantiles, acuosos, el perfil aquilino y como estremecido desde dentro; a un tiempo débil, claudicante y tenso. Debí sentir una vez más su fragilidad, los límites de su protesta: no se elevó una sola voz desde ella. Un hombre vestido de oscuro estaba tendido en el diván y ni siquiera registró mi irrupción; una irrupción que se redujo, por lo demás, a abrir la puerta sin permiso para detenerme allí mismo y dirigirme al doctor. Vi una libreta de notas en manos del analista y percibí el silencio, un silencio que me pareció haber existido desde siempre, no desde que golpée con los nudillos en la puerta y la abri. No un silencio de ruptura: el silencio anterior a la primera palabra. Era como si el paciente no hubiera dicho aun esa primera palabra o los dos estuvieran buscándola juntos y el analista le hubiera prevenido que no se violentase, que tenían todo el tiempo por delante, el resto de la tarde para ellos dos y esa primera frase.

-La chica que acaba de tener consulta con usted ha

quedado presa en el ascensor -dije-.

Me interesa la clientela del analista: me ha despertado siempre un tipo de curiosidad que no he sentido nunca por la clientela del dentista ni siquiera por la mía. No la veo siempre, porque el consultorio del analista está al cabo del corredor, en un recodo que lo aleja del primer patiecito sobre el cual tengo yo mi escritorio. No la veo habitualmente pero sí cuando el derivado de mi teléfono se descompone, como ocurre con cierta frecuencia. Entonces voy por el pasadizo hasta el estrecho segundo patio (es abusivo llamarle patio, es apenas un trapecio angosto bloqueado de puertas) y a veces sigo aun más allá, camino del baño. La puerta del analista queda frente a la tisanería, la del baño queda a un costado. He visto entonces alguna vez a la chica, aunque el analista trata de dar las horas justas y cumplirlas sin que ninguno de sus pacientes aguarde. Acaso para que la gente que viene a consultarlo no se comunique entre ella. Sucede exactamente lo contrario con mi clientela. La clientela de una escribana es comunicativa, locuaz, innecesariamente noticiosa; y tal vez la de los cirujanos u oculistas o ginecólogos (sí, sobre todo la de los ginecólogos) también lo sea. La del analista es una clientela ensimismada, cintrovertida? No es una imagen ilustre, pero cada uno existe como una isla: eso es lo que se siente.

A veces, al pasar y verlos, y, sobre todo, al atender el paso de una telefoneada mirándolos, me he preguntado si el analista no les recomienda aislarse dentro de sí, abroquelarse, "concentrarse"; si no les ha vedado relacionarse entre ellos, así sea en una simple charla de sala de espera. Es como si ellos recelaran que él pudiese escucharlos en infracción y

reprenderlos, convertido -a pesar de la proclamada debilidad de su figura- en un juez de admoniciones y castigos. Es cierto que cuando el ajuste de las horas funciona, suele no haber nadie allí, en los silloncitos que ahogan el pequeño trapecio de mosaico en florones; no haber nadie o sólo uno, sumergido en sí mismo, sin interlocutor querido, sin diálogo posible. Sí, pero aunque las horas estén bien dadas y se cumplan con puntualidad, siempre hay transgresores por ansiedad, del mismo modo que en el escritorio de una escribana siempre hay transgresores por majadería, gentes que vuelven inopinadamente a preguntar lo superfluo, a insistir en lo que ya está claro o a desistir de lo que deberían mantener. Transgresores por ansiedad o inseguridad, neuróticos que llegan un día que no les ha sido marcado para ninguna sesión o que vienen a confirmar o a diferir, por angustia, una hora previamente convenida. En esos casos, según he podido ver, el analista los hace pasar, no a su consultorio (como si aquel escenario ritual no pudiera utilizarse como andén, como oficina de trámites, como pasillo de hospital, como escritorio de regateos y detalles) sino a la angosta tisanería que está enfrente, al lado mismo de la hornacina del teléfono. Los hace pasar, los deja por un momento allí, donde no tienen cómo sentarse; entorna descuidadamente aquella puerta que, de todos modos, ya no es la puerta de postigos echados y visillos espesos que preserva la intimidad del consultorio oscuro, sino una puerta sin misterio, clara, de color marfil, con el cuadro de un vidrio trasparente mal taponado de pintura lechosa. Los ha atendido un segundo de pie, necesariamente de pie, y ha dejado la puerta de la tisanería entreabierta al ir hacia su consultorio y regresar desde allí con la agenda de las horas. Veo entonces -estoy esperando una llamada telefónica- al paciente aguardándolo en una insostenible posición vertical, debajo de la única lamparita que

amarillece la exigua habitación. De pie, alguno apoyado en la mesita donde está el calentador eléctrico; algún otro, más raras veces, más vencido, apoyando la nuca en la esquina más baja del armarito suspendido de los platillos y las tazas.

Ellos —el analista, el dentista, la Señorita Olga— viven allí jornadas enteras y a menudo se preparan té o café. Yo voy dos veces a la semana, tan sólo un par de horas cada vez; aun así, a menudo, si es invierno y he llegado en medio de la lluvia, calada hasta los huesos, la Señorita Olga lo advierte y me ofrece una taza de té; la tomo allí, también de pie, mientras mi clientela se impacienta, en los sillones del primer patio.

En las ocasiones del teléfono (no en las de la lluvia y el té, nunca entonces) he podido ver a la muchacha, que es quien más cambia sus horarios. "Vive afuera", me ha dicho la Señorita Olga, que se las ingenia para saber recatadamente—y sin locuacidad suya ni ajena— la vida de todos los pacientes del doctor. Acaso haya reservado alguna vez por teléfono un pasaje de ómnibus para la chica y sepa por eso mismo dónde vive. Porque se limita a decir "afuera" pero sabe muy bien en qué pueblo y en cuál calle. Con toda precisión: a la Señorita Olga, lápiz en mano, túnica almidonada, le encantan la propiedad y la exactitud.

Vive afuera y cambia continuamente las horas concertadas; quizá tal cambio exprese su indecisión, la inseguridad y la inestabilidad que formen la parte más sintomática de la dolencia que el analista esté tratándole. Mi clientela es también, en gran parte, de afuera, porque he trabajado años en un pueblo cercano antes de venir a instalarme a Montevideo; y desde allí me llega todavía mucha gente. Pero ocurre como si mi clientela fuera una aglomeración de plaza pública, sin problemas de sensibilidad individual caso por caso; y la Señorita Olga puede dedicarle una atención más genérica, sin que tenga por qué llegar a la entraña de los problemas de cada uno. Es como si la Señorita Olga —resulta difícil explicarlo, pero lo siento así— formara parte de la misteriosa máquina del analista y no de la máquina, mucho más prosaica, de mi escribanía. Por más que él y yo contribuyamos, con otros más y a partes iguales, a integrarle sus sueldos y sus licencias y sus aguinaldos. La Señorita Olga no se prodiga por dinero, parece no servirnos en función del dinero sino de otros principios. (¿Cuáles?)

Todo indica que pertenece a la máquina del analista y no a la mía. Es cierto que cuando yo llegué ya estaban allí los médicos (fuera del analista, no coinciden conmigo en horas ni en días) y también el dentista. La Scñorita Olga levanta el tubo del teléfono y dice invariablemente "Consultorio". Siguió haciéndolo a pesar de mi llegada y ha querido persuadirme de que aquel título genérico me comprende, porque también la gente viene a consultar a una escribana. ¿Cómo decirle que no tiene razón?

"Consultorio". Y además, en cuanto llega, se pone su impoluta túnica blanca y sus impolutos zapatos blancos, dentro de los que ahora (solterona, casi sesenta años, engorde senil) ya no se mueve con el garbo de antes. Una túnica y un calzado que tienen que ver con el doctor y tal vez con el dentista, nada que ver conmigo. Nadie se unta los zapatos con albayalde para servir a los notarios.

Qué diferencia, además, entre mis tazas de té del invierno y de la lluvia, esas veces que ella espera, la mano ahuecada para la devolución del platillo, y las tazas que toma con el analista, que prepara para tomar con él y conversar con él. Sí, ahora recuerdo algo: la Señorita Olga se denuncia como tía del analista, por el lado de su prima Antuca (debe encantarle este apodo, porque de toda su familia es el único en que insiste). Y la prima Antuca es la madre del doctor. Tía segunda, entonces, no carnal —aclara—.

Cuando el último cliente del analista se ha ido y él se queda -aparentemente sin apremio, acaso aguardando alguna hora floja de la ciudad, tal vez exhausto ĉo solamente para hacer sociabilidad con la tía?- la Señorita Olga va a la tisanería y prepara té para los dos. Trajina dos tazas, una tetera y un azucarero, todo eso en una bandeja de níquel y empuja con uno de sus zapatos blancos la puerta de los postigos echados. Es la única vez que la puerta queda entornada y yo, yendo a telefonear desde el patiecito, los he visto fugitivamente, casi sin mirar: ella alumbra una luz, aunque sea baja (la Señorita Olga me ha dicho que el analista no tolera las luces altas, las luces de techo y él, frente a ella que deposita las tazas y vierte el té, se reclina en un sillón y fuma. Fuma como si toda su ambición de la tarde hubiera corrido hacia ese cigarrillo que se consume en su mano y ya se lo llevase a los labios sin ganas, tras haberlo postergado tanto, deseado tan largamente y vencido tantas veces la tentación de encenderlo delante de la muchacha, del hombre, de la criatura acostada de cuyos problemas vive, con cuyos problemas vive, ¿por cuyos problemas vive? Casi no fuma, ahora que el humo puede enroscarle lánguida y libremente y subir por un brazo inerte, sin que haya nadie en el diván. Hablan y se oyen sus voces, por más que mitigadas: la del analista es discontinua, como espasmódica, quebradiza, frágil y -otra vez lo digo- sensitiva; la de la Señorita Olga, grave y pausada. Las cucharas, sus golpecitos espaciados en la concavidad de la porcelana o al descender a los pequeños platos, acompañan el diálogo. Hablan, hablan. ¿Qué tanto tema tendrán? ¿Familia, comentarios de la jornada, tratamientos?. . . Pero la Señorita Olga sabe que "por nada del mundo" hay que interrumpir al analista durante una sesión. Y en ese "nada del mundo" tuvo que figurar la muchacha presa en el ascensor, que comenzó a llamar como un gatito. La Señorita Olga fue la primera en escucharla; tal vez al ir en busca del papel para anotaciones hasta su mesa de escritorio, junto a la entrada del apartamento.

En seguida su lápiz en mi puerta, en seguida su frase:

-La chica que se atiende con el psicólogo (como si el psicólogo no fuera su sobrino) se ha quedado encerrada en el ascensor.

Hay que decir ahora cómo es el ascensor. Porque es un híbrido muy extraño, ni moderno ni demasiado viejo, ni ordinario ni suntuoso. En todos los pisos queda detrás de un enrejado art-nouveau, con volutas y círculos y espirales que hacen a modo de un frontis, como en las viejas entradas del Metro de París. Pero no tiene puertecitas de cristales con dibujos empavonados ni techo con dosel de madera y esbozo y nervaduras de cúpula. No. El techo es también de un enrejado semejante a los portalones de cada piso y una lamparilla se inserta allí, juega sombras y dibujos y lampos asordinados de un fulgor aceitoso y sucio dentro de la caja. Y la puerta corrediza es también de varillas en rombos plegables, al estilo más barato y común. Parece recompuesto a épocas distintas, rico de origen y castigado por remiendos de un tiempo más pobre. Porque dentro de la caja hay un friso de roble, hasta el nivel de la cintura de un pasajero de pie, no hay traspontines de peluche, como en otros ascensores de la misma estructura. Hay dos espejos con bordes en bisel, dos delgadas láminas de espejo donde, a la luz turbia de lo alto, fosforecen apenas peinados y calvicies. En el friso de roble hay guirnaldas florales de bronce que en un costado suben en hojas octagonales para abrazar el tablero de timbres. No es un ascensor refinado y señorialmente detenido —no sólo entre los pisos sino también entre las eras viajadas a pico— como aquella maravillosa jaula en que reencuentran su perdida felicidad conyugal Eva Dahlbeck y Gunnar Bjornstrand, en la película de Bergman. No, me digo a veces; tiene demasiadas imperfecciones para ser un ascensor seriamente dickensiano. Y en seguida me pongo a pensar si en las novelas de Dickens había ascensores; no, por supuesto que no, pero se les siente a veces como una parte ceremoniosa, como una nave propia del mobiliario de aquellos días y la escritura de aquellos hombres, como un armatoste apto para navegar dignamente por las novelas de Dickens. Allí estaba, detenido y con luz, la chica adentro, la embarcación en mitad del río y la calma chicha.

Don Arturo, el portero, es cardíaco y nosotros lo sabemos. Sabemos también su historia de viejo jubilado con pasividad miserable, que ha debido volver a la actividad y cambiar sus plantones de vigilancia por aquel sitio del entrepiso, para lograr al menos que la vivienda —de él y de su mujer, quien cose siempre con la puerta del sucucho abierta hacia el paso del ascensor— le salga gratis. Trabaja por el techo, como dice.

Don Arturo es cardíaco, ya lo sabemos, y no puede subir y bajar pisos por posibles puertas mal cerradas. La Señorita Olga cree que no las hay, que el desperfecto es de la máquina. Más a mi favor, dice Don Arturo, sin que haya nada visiblemente a su favor. "No puedo andar moviendo las poleas. Usted sabe que son demasiado pesadas y yo no puedo. . ." Trabaja por el techo, no puede trabajar por los techos.

En el edificio hay además una guardería de niños por hora, que ofrece sus servicios mientras las madres de esos niños van a las tiendas y revuelven saldos. Hay una oficina de marcas y señales y, en los pisos más altos (el nuestro es el tercero) apartamentos ocupados por sigilosas familias. Lo curioso es que ahora—siete y media de una tarde de día hábil— no hay nadie en el palier, nadie en las escaleras.

-Yo no puedo mover una rueda tan grande, usted

El dentista es quien lo ha llamado, una vez que la Señorita Olga también ha ido a buscarlo. Y sin consideración por sus dolencias de cardíaco, el dentista está conminándolo, con cierta rudeza. Porque él es mucho más joven que Don Arturo y más sano: no ha tenido anginas, no ha sufrido infartos. ¿No podría ir él? Pero se ve que ni siquiera encara la posibilidad de trepar por las escaleras hasta aquel cubo de mampostería desde donde se acciona a mano, en caso de emergencia, la máquina del ascensor: dos grandes ruedas con su plancha de listones y sus cables a lamparones barbudos, pegoteados de grasa.

Se ha limitado a ir hasta la puerta que abre sobre el piso en que estamos, cuando el ascensor funciona. Se ha acercado hasta allí para tranquilizar a la chica, a quien ve más abajo, medio piso más abajo, borroneada por la luz y los dibujos a foria del ascensor.

—No se aflija, señorita, que en unos pocos minutos vamos a extraerla.

Ha dicho "extraerla", como si se tratara de una muela. O por lo menos como si, dicho por él, la extracción tuviera algo de arrancamiento, de rito dental de anestesia y sangre.

El dentista tiene puesta una túnica corta, con dos tajos a los flancos y una martingala refulgente de almidón. En cuanto ser blanco, rivaliza con la Señorita Olga.

Es más espectacular que el analista, más planchado, más peinado, con más sólito aspecto de ejecutivo. Acaso

por eso mismo infunde menos confianza que el analista con sus cabellos revueltos y sus zapatos deslustrados. Por todos esos rasgos de desprolijidad o de descuido, el analista parece inevitablemente más bondadoso (más bondadose porque más bohemio, ¿porque más inerme?) y seguramente la entrega que obtiene de sus clientes es más blanda y consentida y desbisagrada y laxa que la entrega agarrotada, tumefacta, de manos como zarpas aferradas a los brazos del sillón, que el dentista logra (¿disfruta?) con su fresa y con sus jeringas y con sus pinzas de extracción y con sus conversaciones totalmente impersonales y neutras, y hasta se diría que ofensivamente afables. Ofensivamente, si, porque es irritante que pretenda distraer al paciente que va a perder un molar con una historia de hormigas coloradas en el jardín de su casa. Hay una perturbadora desarmonía entre las conversaciones y los gestos delicados de los dentistas y la materia feroz y sádica a que se aplican.

He escuchado su promesa de extraerla y he ido, casi se diría que como respuesta, a buscar al analista, a empujar su puerta, a sorprender al hombre de oscuro largamente acostado, a dar con la libreta virgen y el silencio intacto.

El analista no ha dicho nada pero ha salido del apartamento hacia el palier, junto a mí. Veo ahora que se ha quitado su túnica arrugada y blanda, acaso porque piense que ella no puede servirle más allá de las fronteras del corredor, más allá de los pasos que van del consultorio a la tisanería. Se comporta según esos principios, en su relación con la gente y con las cosas. Pero écuándo se la ha quitado? Se le ve más muchacho, mucho más joven y demasiado flaco con la camisa azul de mangas cortas y el ancho cinturón negro que se hace cargo de sus viejos pantalones grises semivacíos. Va así, quiéranlo o no: lo que hagamos nosotros no le importa. En cambio, le importa la muchacha; porque ya está

diciendo "Qué lamentable, un año de trabajo perdido". No se lo dice a nadie en particular, ni a la Señorita Olga ni a mí ni al dentista ni a Don Arturo. "Qué lamentable, un año de trabajo perdido". Tampoco se sabe por qué.

El dentista se comide, atina a abrir la puerta corrediza del ascensor, a la altura de nuestro piso. ¿Para qué, por cuenta de quién, obedeciendo a qué órdenes? La abre manipulando un resorte de patines en lo alto de la juntura y tirando luego. Ya la puerta ha cedido, pero la chica sigue quedando a mitad de camino, entre los dos pisos.

El analista actúa entonces como si eso fuera lo que hubiese pedido. Duda primero en lanzarse sobre el techo de alambre enrejado bajo el cual, como desde el fondo de una gigantesca careta de esgrima, la muchacha se ha puesto a mirarlo y, tanto como eso, a dirigirle el hociquito. Porque ella que, bajo otra luz igual (la de la tisanería) jamás ha alzado los ojos hacia el techo, los alza ahora. Los ojos y el pequeño belfo, como un animalito preso en la trampa lo haría al regreso del cazador. Y la luz y el enrejado le hacen una mascarilla blanquecina que resalta los pómulos y hunde en dos cuencos, como en dos cuévanos defendidos por el arco de las cejas y la osatura de la frente, su mirada. Su mirada, donde debe estar su miedo.

El analista ha parecido dudar: tal vez, si salta, rompa con su peso el entrañado de alambre enmohecido, aquel tejido metálico demasiado arruinado para fiar en él. Pero el dentista parece comprenderlo y —sin hablarle— le ayuda. Se afirma con un pie en el vano de la puerta, sobre el nivel de nuestro piso. Le da entonces una mano; el analista la toma y, ligero como es, se descuelga. Ya está sobre el techo del ascensor, que no ha cedido ni siquiera para deprimirse un poco.

La Señorita Olga da instantáneamente una orden (esta vez es una orden) señalando que, por indicación del médico, nadie puede permanecer en el corredor. "Vuelvan señores a entrar, por favor, que esto no es un espectáculo. La señorita que ha quedado en el ascensor es una paciente y el doctor debe tratarla ahora mismo, mientras no vengan a sacarla". Se dirige a mis clientes, porque entre los que están allí no hay ninguna que tenga colgada al cuello la pequeña servilleta que les pone el dentista ni tampoco está el hombre de oscuro que unos minutos antes he visto tendido en el diván. ¿Seguirá tendido, a falta de un mandato de incorporarse que el tratante haya olvidado? Me lo imagino a medio analizar, como quien dice a medio vestir; y, por eso mismo, sin poder salir al corredor. Como quien dice a medio vestir o a medio bañar, con una sensación de desnudez jabonosa en la angustia del trance inconcluso. O si no -y mejor para él- me lo imagino durmiendo una inesperada siesta de crepúsculo, la primera siesta tarifada de su vida.

". Y el doctor debe tratarla ahora mismo". No sé de dónde puede haberlo sacado la Señorita Olga. ¿Acaso de lo que hablan a la hora del té? Porque lo sorprendente es que la frase comienza a revelarse cierta. El analista, primero en cuclillas, luego casi acostándose en el enrejado (que ahora se ve bien que lo soporta, sin arquearse siquiera) empieza a hablarle quedamente, con su voz más dulce. He leído que así hablan los psicólogos, a veces a través de altavoces y en público, cuando se dirigen a esos dementes que escalan cornisas de rascacielos y piden algo a cambio de la vertiginosa tentación de su muerte. La muchacha no pide nada ni piensa en su muerte ni explota su neurosis ni implora que la saquen de allí, aunque se supone que lo desea: sus ojos y el vuelco de su cabeza hacia la figura del doctor lo desean. La voz del analista derrama palabras y palabras; y ahora parece

ser él quien esté en un divan improvisado y ella, la muchacha, parece mirarlo con cierta exaltada perversa condición inocente de travesura o malicia infantil, como si se hubiese deslizado furtivamente debajo del diván y la astucia le diera alguna comparativa, precaria, fungible ventaja en el trato. Pero la voz de él va inundándole lentamente. Palabras y palabras y palabras. Ella lo mira y se diría que va bebiéndose esas palabras, por primera vez las palabras acostadas del analista y las palabras en pie del paciente: todo al revés del gráfico de las historietas rituales, de las tiras cómicas que a veces pretenden hacernos reir nada menos que con el Dr. Freud.

El analista ha hecho un gesto hacia atrás y hacia arriba con la mano, para que ni siquiera nos asomemos al borde el hueco del ascensor, ahora que ese hueco está abierto y practicable como ventana, como mirador, como escotilla escénica. No. No debe querer que la escuchemos y, sobre todo, debe querer asegurar a la chica que a él no lo escuchamos, a él que segrega palabras como tinta de calamar o como humo de avión o como tul de mosquitero, sí, como un mosquitero que envuelve en sueño y amparo al ascensor como una cuna con la chica (regresada en edades) meciéndose dentro. Está hablándole con una tranquilidad desajustada a la situación, como si escogiese las palabras para decir su discurso más razonable abrazado a un mástil en la tempestad, a una escalera móvil en un incendio. Pero la muchacha ha entrado en la situación y empieza a seguirlo: debe estar sintiendo renacer ese mundo a la medida de los dos. que existió hasta hace un cuarto de hora entre ella en el diván y el tratante, ese mundo que ha arriesgado retroceder y perderse en la medida de un año y que ahora hay que salvar -a cualquier precio- del despeñadero. Si la chica tiene claustrofobia, como ahora está aventurándolo desde

su retaguardia del pasillo el dentista, la presencia de aquel cuerpo en cuclillas, la mancha de aquella camisa azul y de aquellos arrugados pantalones grises horizontales la acompañan, le impiden ver, a través del techo enrejado, el pozo, la oquedad, el agujero de cables y de ladrillos con lampos de humo y mugre de alcuzas, todo ese vacío tubular de ciudad dentro del cual ella está presa.

El dentista se asoma ahora, se atreve a dirigirse al analista (la Señorita Olga no lo interrumpiría, por nada del mundo, en medio de la sesión, porque al fin de cuentas, inesperada y casi acrobática, ésta es la sesión) y le pregunta si no habría que llamar a los bomberos.

El analista se incorpora entonces y sus manos se alzan hacia el reborde del piso en que estamos, sin llegar a alcanzarlo:

-Sí, sí. . . pero que vengan sin sirena, por favor.

Sin sirena. Es incapaz de aquellos tonos que se traducen en signos de admiración al pasarlos por escrito. Habla con una calma cuajada, si pudiera decirse así; con una debilidad imperiosa. Sin sirena: sin énfasis.

Sólo el dentista, invulnerable en su estolidez, es capaz de no sentir, de no aceptar ese imperio. Y entonces dice, no para el doctor sino para nosotros, como si fuéramos el tribunal que debiera decidirlo:

"Los bomberos sin sirena no son los bomberos iQue vengan los bomberos como vienen siempre los bomberos! i ¿Quién va a ponerles condiciones?! ¿Eh?

Hay algo de regodeo morboso, sádico, como si pensara que la fresa con agua no es la fresa, pierde su aspereza, su vibración exasperante, su condición de instrumento de tortura. Ni fresa con agua ni bomberos sin sirena: el suplicio completo o nada. Pero él, ahora que pienso eno usa la fresa con agua? Sí, porque le parece lo más moderno y su consultorio está equipado con lo más moderno.

La Señorita Olga desaparece por un momento. Nadie le pregunta a qué: todos sabemos que a llamar a los bomberos.

Me asomo apenas al hueco y, sin que el analista me note, lo contemplo. Está ahora sentado en el techo de la caja,
yergue su torso bajo las piernas flexionadas, inclina apenas
la cabeza hacia abajo, como modo de mantener la comunicación con la muchacha. Se ve bien a las claras que no lo intimida el sitio, que ni siquiera le parece insólito o ridículo
para calmar o adoctrinar a un paciente. Si hubiera traído
los cigarrillos, que deben estar en el bolsillo de la túnica que
se quitó, acaso fumaría mientras habla en su voz baja,
siempre tranquilizadora, siempre igual, deliberadamene monótona, para sedar chipnotizar? a la chica. Balanceándose
sobre sus piernas en cruz, salmodiando con una voz que se
pierde hacia abajo.

¿Y ella? Ah no, ella no parece haberse sentado en el piso del ascensor como en el piso de una mezquita o una pagoda; y el ascensor no tiene asientos y ella está de pie y su imagen cae o atraviesa o se recorta en largo sobre las tiras de los espejos ochavados, donde tal vez busca -a su vez- una imagen oblicua del analista, caída de lo alto. Y el analista mientras estuvo trepado allí, en el techo, perniabierto y luego hacia las cuclillas éno le habrá parecido uno de esos opresivos personajes, uno de esos esperpentos ópticos que las cámaras de cine enfocan desde abajo, desde la rejilla urbana de un subte, desde la trampa de un sótano, desde el ducto de una cloaca, desde el hueco de una boca de tormenta, desde las vigas de un puente, desde el centro desflorado de la mujer en el coito, una de esas tomas que desmesuran los pies, los zapatos, las rodillas, las piernas, el falo? ¿Lo habrá visto o imaginado así la muchacha, como discípula,

como paciente, como amante, o estará tratando de conjurar, más allá de la luz del techo que no le deja detallar y aprehender su imagen, como la luz que escuda (excava) el rostro del policía para los ojos del acusado en el cine policial, peor todavía que en la penumbra reclinada del diván, aquella mirada que no le llega, que no la deja tranquilizarse y descansar en la confianza de dos ojos de un azul acuoso, infantil, derramado, sensible? ¿Los echará de menos?

Todo esto es posible suponérselo mientras desde el tercer piso no los vemos, mientras están tan lejos de nosotros, habiéndonos abolido, mientras la voz del analista -grave, muy bien medida a fin de sernos inaudible- va hacia abajo, viaja hacia las orejas y el pelo y los ojos de la muchacha y el cuerpo del analista parece estar allí, sentado o en cuclillas o atravesado, para apretar la voz de ella, para impedir que suba. A veces, sin embargo, algunas palabras de la muchacha se escapan, lo esquivan y ascienden hacia nosotros, pero son insignificantes, pueriles o misteriosas, sin sentido fuera de un contexto que se pierde. "Por supuesto." "Todavía no." "Sí, sí, prefiero. . . claro que prefiero." ¿Perderá su último ómnibus? Pero no, no ha transcurrido tanto tiempo. Y en todo caso él, maestro y tratante, mono en cuclillas sin traste azul y rojo, proveerá algo, tendrá que resolver algo. Resolver algo, ya que teme perder un año de trabajo y eso importa más que perder un ómnibus a las afueras, acaso nada más que un ómnibus a los suburbios.

Los bomberos, con su sirena, la encuentran más allá del riesgo de que aquel estertor ronco y decreciente, de que aquella afonía moribunda pueda estremecerla, hacerla revolverse o saltar en su caja, conmoverla en la zona de resguardo que parece haber alcanzado y en la cual podría permanecer, de aquí en adelante, todo el tiempo que fuese

necesario; o, mejor dicho, todo el tiempo que el analista le indicara.

El dentista baja a recibirlos y el ruido de sus zancadas, rebotado por el prisma de mampostería de la escalera, se sobrepone a las últimas vibraciones de membrana que jadean casi en un lamento desde abajo. Y en seguida (antes de legar, a alguien a quien escucha subir y aun no ha visto, tras los recodos de la escalera) con voz que vuelve hacia nosot/os más de lo que desciende: "Entre el segundo y el terce/o, entre el segundo y el tercero, entre el segundo y el tercero". como si aquella recomendación superflua fuera la alarina imprescindible para orientarse en mitad del humo, de las llamas, de algo turbio o espeso que los bomberos debiesen abordar y atravesar y vencer.

Y luego no retorna encabezando la marcha de quieres suben. Los cascos brotan a la altura de nuestro piso, concentran y viajan el palor de la luz en la escalera. La voz del dentista está ahora diciendo solamente "Tercero, tercero". empeñado en dirigir una operación desde tinieblas: "Ter-

cero, tercero".

¿Podrá escuchar todo esto la muchacha, como estamos escuchándolo nosotros, o seguirá provista de la hermosa escafandra que le han puesto las palabras del doctor? La csja de la escalera debe haberles impedido ver, pero ahora el dentista y el capitán de Bomberos se han detenido frente al hueco de nuestro piso y miran. Innecesariamente, aunque inducido hasta la ilusión por las tareas de lazarillo que ha venido prestándole el dentista, el capitán de Bomberos suelta el chorro de luz de su linterna y baña al analista, ahora en cuatro pies sobre el techo del ascensor y hablando con el sentido de una comunicación férvida y excluyente, la boca apretada contra las rejillas del techo, mico de culo blanco o pierrot lunar. Lo alza y lo chapuza en la visión, como si

fuera a pescarlo, pero el analista no parece advertirlo. Y el capitán tampoco se sorprende, a pesar de que el chorro de luz persigue ahora al doctor en un inesperado lampo lechoso, como a un animal acosado en la noche de su jaulón, como a un murciélago en su caverna o, más prosaicamente, como a un pollo elegido por el farol de su verdugo doméstico en la percha del gallinero. Ya no más mono: la luz le traza una revuelta cola de gallo en celo.

El capitán no se asombra, porque el dentista ha aprovechado seguramente los escalones para explicarle, en el menor número de palabras, "Ella es loca y el doctor está tranquilizándola". No se asombra pero su linterna y la fría hostilidad veloz con que explora las extremidades del analista y los alrededores de su insólito asiento demuestran que tampoco aprueba. Como si padeciese el chasco de que lo hubiesen llamado para consentir y no para obrar, para iluminar traseros y no para remontarlos.

-De todos modos -dirigiéndose al dentista y remitiéndose a un diálogo ya empezado con él por la escalera-

vamos a tener que sacarla de ahí.

éHabrá creído que el dentista estaba describiéndole y proponiéndole un tratamiento a perpetuidad? No se refiere al doctor: no dice "Vamos a tener que sacarlos", como si diera por supuesto que el analista debe desaparecer previamente y por sus propios medios. Y al advertir que el doctor se queda, siempre en cuatro pies y hablando hacia abajo, y que el dentista se limita a musitar "Claro, claro", se inclina hacia el hueco y, con la amabilidad profesional de convertir la orden en ofrecimiento, indica:

-Doctor, nosotros lo ayudamos a salir en cuanto usted se levante.

El analista se incorpora entonces en el techo del ascensor y todavía, ya sin miedo de que los demás lo escuchemos,

se vuelve hacia la muchacha y afirma, con la voz más suasoria:

—Ya van a sacarla. Van a subir el ascensor hasta el piso. No tenga temor. Yo voy a estar aquí, no me muevo de aquí. Es un minuto. Yo me quedo aquí.

Dice "sacarla". No ha querido decir "rescatarla", para no magnificar el incidente. No podría decir "extraerla", porque no es dentista.

Se incorpora totalmente, extiende los brazos para asirse del borde que hace el umbral de la puerta del tercer piso. Dos bomberos, bajo la mirada del capitán, lo toman por los brazos y lo tiran hacia arriba. Con una agilidad verosímil si se piensa en su edad, pero desavenida con su aspecto marchito, con sus hombros claudicantes, con sus piernas semivencidas arrastrándose sobre la caja del ascensor, con sus fundillos polvorientos de luz, el analista se impulsa a sí mismo a partir del techo enrejado y de las manos que lo ayudan y sube. Sus manos negras y tal vez desolladas, o por lo menos con la cuadrícula impresa del techo de alambre del ascensor; las punteras de sus zapatos, que nunca han sido demasiado brillantes, rayadas de cal tras haber dejado un doble surco errante en la pared blanqueada, humosa y descascarada.

Ahora, ya desde el piso, junto a nosotros pero sin mirarnos, sin confundirse con los demás, como si la chica tuviese que seguir separándolo y distinguiêndolo en un naufragio, vuelve a hablarle. Pero ya ha terminado la terapia; o por lo menos debe convertirla en una inevitable trasmisión pública.

-Van a levantar el ascensor hasta la altura de este piso. Es cuestión de segundos. Usted va a sentir que sube, tal vez con algún tirón. No se preocupe, usted no corre ningún peligro: los cables están bien, yo estoy aquí y no me muevo. Yo estoy aquí, es un segundo.

¿Habrá tenido también que explicarle —y eso fue acaso lo que le dijo cuando, a medio incorporarse, se volvió por última vez hacia ella— habrá tenido también que explicarle que la caja no podía subir con él trepado al techo, que era forzoso que él se quitase de allí para que a ella pudiesen remontarla?

—Ya están arriba, en la máquina del ascensor. Ya van a subirla, es un segundo.

No nos echa, no nos pide que nos retiremos; simplemente procede como si, además de nosotros, hubiera una copiosa muchedumbre. La multitud o nadie. Tampoco parece agradecer que lo hayamos ayudado (épensará que realmente lo hayamos ayudado?) y hayamos llamado a los Bomberos y hayamos custodiado el palier para evitar más intrusiones. Nada. Ni agradece ni protesta ni mira ni habla. Le ha entrado una extraña preocupación por sus pantalones, tan poco atendidos en la rutina cotidiana. Está azotándolos para quitarles la cal, parece querer plancharlos acartuchando una mano y corriéndola sobre las rodilleras, persiguiendo imposibles filos.

El ascensor empieza a moverse, primero en un tirón más seco y corto y luego con un temblor más uniforme y sostenido. Se oyen las voces que indican el curso de la maniobra desde el segundo piso hacia arriba. Voces de los bomberos, monótonas, como adiestradas a la calma de un salvataje, una rutina como cualquier otra rutina:

—Dale, va, dale, va, va, dale que va. Basta, pará, bastááááá.

La muchacha está frente a nosotros, traída en su red como en un cuento de sirenas; y el analista descorre la puerta de varillas y la toma de la mano, aunque el ascensor esté

perfectamente a nivel del piso y no sea ya necesaria ninguna ayuda. Ella está ahora frente a nosotros como si emergiera: no parece intimidada ni preocupada, no parece haber padecido una pesadilla ni hallarse ligeramente estupefacta al recobrar la vigilia. No está más pálida ni tampoco sonríe, para distender deliberadamente los restos de su crispación. ¿Ha sido ése el éxito del tratamiento, ha sido ésa la convicción de naturalidad que él ha podido infundirle en cuatro pies sobre el techo de la caja? Parece haberle insuflado que no hay absolutamente ningún motivo para un comportamiento diverso del habitual ni ahora ni nunca. ¿Qué son unos minutos perdidos si no han perdido el diálogo en esos minutos? No ha pasado nada y hasta se diría que la chica (la he observado cuando ella cree estar totalmente a solas, esperando el regreso del médico con la agenda de fechas y toca apenas el borde del calentador eléctrico de la tisanería y, no se sabe a qué o a quiénes, sonríe casi imperceptiblemente, afloja sus labios finos serios y sonríe) está ahora más inexpresiva que de costumbre. Seguramente, al alzarse la caja del ascensor, el analista ha sentido el alivio de reflotar todo el año, ese año que inicialmente deploró perder y defendió luego sobre su parrilla de alambres, la boca entre el tizne y la cabeza en el vértigo, allí junto a los ojos bebedores y desamparados y pisciformes de la muchacha.

Sólo la Señorita Olga tiene títulos para inmiscuirse en una situación como ésta, la chica aceptando la mano del analista, saliendo del ascensor y mirándonos sin asombro, sin vergüenza, sin reproche, mirándonos sin nada, como si estuviésemos pintados en el palier y —simples figuras de un friso— tampoco le dijésemos nada. La Señorita Olga se acerca entonces y le ofrece esa índole de servicios que una mujer es la única autorizada a dispensar a otra mujer.

—No, gracias, no preciso —y la voz es totalmente átona—. Gracias.

Gracias, no precisa pasar adentro, no hay ninguna ra-

zón para pasar adentro.

El analista tampoco precisa hablarle (tal vez sus labios hayan dibujado sin rumor la palabra "Vamos"); la toma apenas del brazo, parece -suave pero irresistiblementequerer separarla de nosotros, como si el éxito final del tratamiento dependiese de que se fuera ahora mismo, con él o sin él, pero alejándose del ascensor y de nosotros, del piso, de la luz del palier, de todo este escenario. La empuja apenas con la mano derecha guiando desde el codo izquierdo de la muchacha, como si la condujera en lo oscuro, ayudándola a sortear invisibles obstáculos. Ya no se preocupa de sus pantalones, ni siquiera de su camisa casi flotante y a faldones desparejos, demasiado ligera para el frescor de la noche de octubre en la calle. Comienzan a descender juntos la escalera, se labran seguramente un caminito más angosto en medio del ancho y caudaloso tropel de los bomberos que también bajan, hasta perderse en los cráteres del gran hormiguero.

—Que nadie vaya a usar el ascensor mientras no lo reparen —previene inútilmente el capitán, cuando asimismo se marchan tras ellos. Tras ellos pero sin seguirlos ni perseguirlos ni mezclarse con ellos, porque es seguro que no se animará a preguntarles nada, a pedirles los nombres para llenar el parte de operaciones, todo eso que la Señorita Olga podría darle. Los alcanzará y los sobrepasará sin mirarlos, bordeándolos sin contemplarlos ya juntos, no importa que hayan seguido bajando en silencio. Algo los aislará terminantemente de las preguntas y de nuestras voces y de la sirena del camión cuando parte y de los rumores de la ciudad a la tardecita. ¿La hará volver mañana como a los aviadores se les fuerza a volar al día siguiente de los percances de sus camaradas? ¿Le dará una licencia, le ordenará subir la vez siguiente por la escalera, le cambiará el sitio del tratamiento, le pedirá que nos olvide y regrese, que tome el ascensor y borre lo ocurrido?

Tampoco ahora nosotros nos hablamos. El dentista camina hacia atrás, sin darnos la espalda, como si recelase algún misterioso vértigo cuajado en la caja inmóvil; desaparece.

La Señorita Olga y yo nos quedamos solas en el palier, sin hablarnos, como si fuéramos dos personas desconocidas, sólo dejadas juntas por el retraso del mismo ferrocarril en la madrugada del mismo anden. Sin mirarnos, sin reconocernos, sin hablarnos.

Entonces la Señorita Olga toma todo el aire que puede, inspira audiblemente, se llena los pulmones y sube al ascensor detenido, cuya puerta permanece abierta. Se arrepolla físicamente, como si esponjara la pluma deprimida por un chaparrón y la ofreciese al sol. La veo excitada: con una excitación que se filmase a cámara lenta, con una exaltación que fuera desenroscándose perezosamente y a destiempo. Hay gente que conserva su calma y la propaga a los demás en los trances críticos, para destemplarse en cuanto ellos han cesado y ya la calma ha vuelto a ser un bien de todos.

Así la Señorita Olga, pero de un modo impertinente y fastuoso, como si la tensión vivida la relevase de seriedad, de respetabilidad, de cordura, de servilismo, de años, mima, bajo la luz amarillenta del ascensor, la cara alargada de la chica: Toma la suya con dos dedos que surcan hacia abajo sus mejillas regordetas, abre desmesuradamente los ojos para desencajar y dramatizar esa su expresión otoñal demasiado plácida, o para que la chica adquiera un aire de muñeca, de

robot, todo lo que seguramente hace a su imagen hermética de la neurosis en una mujer joven. Y asume la actitud acurrucada y fetal del cuerpo de la muchacha. Cruza las manos sobre el pecho, mucho más turgente (a pesar de la edad) que el busto mínimo de la chica; mira hacia arriba, donde se supone que sigue velando la protección en cuclillas del doctor. No implora con la voz pero sí con los ojos, pero sí con el cuerpo. Sólo que librada a aquellos ojos viejos y a aquel cuerpo informe, la súplica se vuelve casi vil.

—Ah, sí —me dice desde allí, como si recapitulase el significado del episodio vivido, como si recién lo advirtiese ahora—. Si una se queda encerrada aquí y esto se queda parado fuera del piso ile juro que parece talmente una celda! O por lo menos. . .—se corrige para rebajar el efecto, y cayendo de ese modo en la afectación de voz, gestos y palabras—. . . ipor lo menos una pequeña cárcel!

Ella puede figurárselo muy bien, mirando hacia lo alto del locutorio en vertical donde ya nadie vela: una pequeña cárcel...

-¿Con su sobrino de guardián? --pregunto entonces, para darle un pie e ir llenando la escena-.

#### BENEGAS VEO

—Habla Benegas —dijo por teléfono—. Preciso verlo esta misma tarde.

Decía Benegas como quien dice Onetti, como si su nombre me fuese conocido o tuviera que decirme algo. Fue por esa razón que lo supuse equivocado.

-Usted debe pensar que está hablando con mi her-

mano -dije-.

-No, justamente -respondió- eso es lo que ya me

pasó: hablé con él creyendo que hablaba con usted.

Pedía una consulta. Le di cita para las cinco. Llegué a las cinco y media, semiolvidado de él, y me lo encontré junto a la puerta cerrada de un día de paro. Se me presentó como Benegas, cuando ya había adivinado que lo era. Su aspecto era indescriptible de marchito, de mustio; apaciblemente marchito y mustio, como deshojado: reducido a un harapo plácido. Un sombrero de Panamá que tenía muchos soles y avanzaba sobre un verano no declarado, porque si no se apresuraba no alcanzaría a discurrir por él sin disolverse; una chaqueta de pana o de gamuza amarilla, también sobadísima (ahora me parece, decididamente, que era gamuza) con las solapas ribeteadas de un negro del uso, de las manos, del tiempo. Una camisa inmencionablemente ajada y una corbata cuya osadía, fuera de la vejez, era la libertad: tomaba para el rincón del pecho que le daba la gana. Pero, de una punta a otra, sólo los zapatones eran tan notables como el panamá: unos zapatones toscos, pesados, como de cuero de chancho y suela de zuecos, apropiados para andar en la

nieve. Sobre ese montón de pertenencias extrañas y arruinadas, el aspecto de Benegas era tenue y tímido, cortés y resignado. Parecía un profesor de provincias tomado por un ciclón en el camino de regreso; tenía (tiene; Benegas afortunadamente vive) unos ojos azules vivaces pero arrinconados, que podrían haber dicho mucho más pero rehusaban sobrepujar el vencimiento del cuerpo, la ligera incurvación de la espalda, la claudicación general de la figura. Parece absurdo, pero los ojos renunciaban a ser más para no romper cierta armonía en derrota de todo su ser. Los labios eran finos, con una sabia mueca adquirida por los años, la que consiste en no dar importancia alguna a las cosas, vengan como vengan. Un bigote tusado muy cortito en el crecimiento central, pero tolerado a todo lo ancho del dibujo de la boca y alargado en dos guías anárquicas por las puntas, completaba la presentación de Benegas.

La completaba hasta que subimos y se sentó, porque allí dos nuevos elementos entraron en juego: los detalles

del calzado y los del pelo.

Levantó —para evitar unas rodilleras que no habrían desentonado con la muerte vegetal del paño— sus pantalones que eran de un casimir ligero y poco valioso o de una casineta verdosa. Y entonces, al tiempo que aparecieron unas espesas medias negras de lana burda (que alentaban en otra estación del año que el panamá) advertí que, en tanto uno de los zapatones estaba embridado con una cinta corriente, en el otro estallaba el golpe de luz de una atadura con hilo sisal, gruesa y de una blancura refulgente. El pelo, quitado el sombrero, era tan muerto como todo lo otro (con excepción de los ojos): un pelo pegado a los flancos de una cabeza mayormente calva, un pelo como de peluca de payaso, esos pelos entre los cuales no se concebiría jamás un golpe de viento.

El cuerpo entero se acomodó en el sillón, los brazos se plegaron y las manos vinieron sarmentosamente sobre las rodillas, después que el panamá quedó de lado. La voz rimaba misteriosamente con la luz de los ojos, era una voz —como los ojos— más joven que la suerte del cuerpo que la emitía.

-Lo primero -dijo, porque la conversación telefónica parecía haberle creado la duda que en mí había liquidadoes preguntarle, dentro de su carrera, cuál es su especialidad.

Penalista –respondí –.
 Entonces está bien.

Y comenzó a contarme el asunto sobre el cual versaba

la consulta.

—Soy argentino —dijo— pero supongo que en este país hay también en las leyes una protección del nombre; del uso del nombre, quiero decir.

Le aseguré que sí, sin saber a las claras hacia dónde iba.

-Yo vivo aquí desde hace unos años y tengo una casita -añadió-. Así que no soy enteramente extranjero y pienso que las leyes de este país tendrían que protegerme.

Volví a tranquilizarlo: lo protegerían.

Su caso era simple: días pasados —para ser más preciso, refirió, "el sábado 23 de setiembre de 1972, a las 15 y 30 horas," —había oído por Radio Montevideo una canción de ésas de moda.

—La letra era una tontería, puntualizó, da no sé qué repetirla: Lo bien que uno se siente al regresar a su país después de un largo viaje. Eso, y terminaba diciendo Benegas

veo, Benegas veo.

Ahora comprendo que debía la atención pasajera de sus ojos azules a la posibilidad de que yo también conociera la letra y él lo adivinara en mi rostro. Recogió la certidumbre contraria y volvió a bajarlos. —Vi que la cosa había vuelto a empezar. Pero yo no tenía teléfono en el sitio en que había escuchado la canción. Un par de días después llamé a la radio y pregunté de quién era: autor, intérprete, todo eso. Me dieron la excusa del tiempo que había pasado, para no responderme. Otra vez que quiera saber, señor, llame el mismo día —me dijeron—. Piense usted si ellos no van a tener la lista de las canciones, aunque hayan pasado dos días. . .

-¿Y usted sabía el nombre de la canción?

—Bueno, supongo que se llama Benegas veo. Porque es lo que repite el estribillo, a cada momento.

-¿Hizo algo más?

—Sí; fui a Agadu, donde me informaron que ninguna canción parecida estaba registrada y me mandaron a Audem. Allí me dijeron que la canción era de un compatriota suyo: Cacho Montiel o Cachito Montiel. ¿Ejecutante?, pregunté. Y me dieron ese nombre. ¿Autor? El mismo. No he podido averiguar todavía dónde vive, pero vengo a consultarlo para ver si podemos hacerle una denuncia criminal...

-No hay ofensa criminal: no hay injuria, no hay difa-

mación -dije ... Si no dice más que Benegas veo. . .

—¿Así que aquí a uno pueden usarle el nombre y tiene que quedarse quieto?...

-Tanto como eso -respondí- no le estoy diciendo.

Habría que . . .

—Ya estuve en la Biblioteca Nacional y leí la Ley de Derechos de Autor. No prevé el caso —afirmó con rotundidad, como si se hubiera vuelto el consultado y yo el consultante.

—éY por qué está tan convencido de que se refieren a usted?

-Vea: lo invito a abrir la guía del teléfono. Benegas es un apellido argentino. Aquí hay uno solo, en ALALC,

que es también argentino. No existe este apellido en el Uruguay. . . Y Sarmiento lo menciona en Recuerdos de Provincia. Es un viejo apellido argentino.

Con una forma de suave persuasión, que era más insidiosamente irresistible que una orden, insistió:

-Fíjese, por favor, en la guía. Mírela.

Tenía razón, no había ningún Benegas. De modo que si la canción era nacional, tenía que referirse a él.

Me trasladé entonces a la pregunta siguiente:

-¿Por qué me dijo, hace un momento, "Vi que la cosa había vuelto a empezar"?...

—Ah. Porque todo empezó en Francia hace unos años —rememoraron los ojos azules— en tiempos de la huelga revolucionaria. . . y por eso tuve que venirme.

-¿En el 68?

—En el 68. Yo no quise plegarme y nació la canción. La inventó una compañera de trabajo, que primero la cantaba entre dientes. Pero en seguida se extendió por toda Francia. . —los ojos azules no preguntaban nada esta vez: simplemente recordaban, abiertos de par en par ante mí, como para que mi pura imaginación los siguiera—. Y allí sí que era una injuria, añadió, y me llamaban Henri l'argentin. . . porque me llamo Enrique Benegas.

Henri l'argentin Il travaille à la putain

Il est patron

Il est un con —dijo, resistiéndose apenas a tararearlo, en un francés perfecto.

-Il travaille à la putain. . . ¿entiende?

-Sí.

-Il est patron, porque no había querido hacer huelga. . Il est un con. . . ésabe lo que quiere decir con en francés? Dije que si, pero igualmente aclaró:

-Es el peor insulto.

En toda Francia habían empezado a cantarlo y él había tenido que venirse.

— ¿En qué industria trabajaba?, pregunté, imaginándome quizás el espesor de un mundo fabril, la propagación rápida de una especie de carmagnole en su clima densamente revolucionario...

—Industria lechera —dijo—. Y entendí, individualicé, situé en seguida aquellos zapatones rurales, aptos para el estiércol y los orines y el barro (y en invierno, también para la nieve).

--Me vine aquí, pero al poco tiempo la persecusión continuó. Lo primero que hicieron fue tomarme el rostro para la televisión, en un aviso comercial agraviante. . .

-¿Cómo se lo tomaron?

Bueno —explicó Benegas, tornándose afectado al hacerse didáctico, porque desde mi primera respuesta era indudable que me había perdido la fe (la fe en mi especialidad, la fe en mi cultura, la fe en mi entendimiento del lenguaje, la fe en mi comprensión de sobreentendidos, como si hubiera querido consultar a un penalista y estuviera haciéndole su relato a un niño: los ojos azules eran ahora los del maestro de provincias, ligeramente fatigado ante la torpeza de sus escolares)—. No me tomaron directamente el rostro. El mío, quiero decir. Pero hay una institución (lo escribo tal como lo dijo) que se llama el sosías. ¿Usted sabe lo que es el sosías?

Dije que sí, mientras pensaba que él era el perfecto sosías de Robert Donat en los últimos años de Mister Chips; lástima que Mister Chips hubiera sido en blanco y negro y se hubiese perdido el maravilloso azul bolita de los ojos de Benegas. -Esa vez no pude quejarme. El sujeto era igualito a mí y hacía unas payasadas ridículas, pero no pude quejarme. . . Porque el aviso no me nombraba. iPero ahora esta canción me nombra y ahora es que quiero reclamar!

La voz se había afirmado repentinamente, pero la mirada y el aspecto general de Benegas seguían siendo mansos y errantes, mientras sus manos juntas se sumergían entre

las dos rodillas.

−¿Y qué perjuicio le causa?...

—Pero —esta pregunta, por lo obvia, pareció irritarlo imagínese: me he convertido, lamentablemente, en la persona más conocida de la ciudad. . . Mi figura, aunque pobre, no es tan ridícula —dijo, recorriéndose de arriba abajo con una mirada indulgente—. Pero la canción me ridiculiza. Y cuando la gente se cruza conmigo, todos sonríen y hasta se me ríen en la cara: Ah, Benegas, dicen. O algunos, con más picardía, mirándome de costado al pasar, me dicen Veo. Sólo Veo, pero quieren decir Benegas veo.

- ¿Tanto se ha conocido la canción?, pregunté.
 - Parece que todo el mundo la ha escuchado.

-¿Estará grabada en disco, o por lo menos la letra habrá aparecido en alguna de esas revistitas de música popular? —pregunté—. Porque, para intentar cualquier acción, la prueba sería entonces más fácil. . .

—Ya lo pregunté en Audem. No sabían. Tal vez esté en una cinta, me dijeron. Pero la cinta la tendrá sólo la

radio...

Dudó un momento, como si fuera a confiarme un secreto vergonzoso (tal vez mis últimas preguntas le habían restituido una confianza antes perdida en que sabría defenderlo) y al final dijo:

–Vea: el otro día fui a una casa de discos. No quise preguntar si tenían la canción con mi nombre. . . Dije que me habían encargado un disco con una cancioncita que decía algo así como Veo Veo. Pregunté si tenían algún disco con una letra así. Y me dijeron que lo tenían. . . Me hicieron pasar a un rincón, dentrás del mostrador, y me pusieron un disco chiquito en un pic-up. Pero era una musiquita con un canto infantil, sobre el juego del Veo-Veo. No es esto, les dije. Y me fui.

Benegas había entrado en un silencio y la tarde que llegaba desde el balcón empezaba a disminuir sobre sus ojos azules: la luz empezaba a pasar seguramente por encima de las cornisas y Benegas comenzaba a anochecer adentro. Pero el cambio fundamental estaba tal vez en la actitud apagada que había asumido mientras volvía a convertirse en auditor del disco que no se había atrevido a pedir con más franqueza. Por no ser leal con la historia, había estado escuchando un disco para niños en lugar del disco Benegas veo, en lugar del disco que acaso no existía.

—¿Será tan popular si no lo conocen en la casa de discos? —avancé para ir creándole dificultades, ahora que la luz se achicaba en la pieza—.

-Todo el mundo lo conoce -insistió-. Todo el mundo me reconoce desde que Montiel lo canta. . .

-¿Y cómo saben, si no hay una foto, si el disco no tiene una cubierta y si sólo lo oyen por radio y no ven la carátula? ¿Cómo saben que usted, que pasa al lado de ellos, es el mismo Benegas que. . .?

—Lo saben —dijo sin explicaciones, dejando perderse en el aire oscurecido mi presunta estocada—. Lo saben. . . Toda la ciudad lo sabe.

Quedó otro momento en silencio, tan resignado y a la defensiva como siempre, pero a mi vez supe que iba a pasar a otra etapa de su consulta: -Vea -dijo-. Si no hay acción criminal, lo mejor va a ser que yo localice a Cachito Montiel y vaya a verlo. Puedo decirle que me ha perjudicado, que sé que tengo derecho a una acción criminal pero que no quiero hacerla; que tal vez él se haya inspirado en la canción francesa sin darse cuenta del mal que me hacía. . Y entonces le propongo lo siguiente, vea: Yo sé que dar el nombre no es colaborar, leí la Ley de Derechos de Autor. Pero voy y le propongo esto: que él siga con la canción, ya que ahora se ha popularizado. Pero como me está haciendo un daño, que divida los derechos conmigo. . Yo sé que no tengo derecho pero. . . ¿qué le parece?

Le dije que me parecía bien: porque a mi vez yo no tenía derecho a privar a Cacho Montiel, si es que existe, de semejante fuente de inspiración: tal vez estuviera mandándole el tema de la famosa canción Benegas veo, algo así como la balada de Ferrer y Piazzola. ¿No se animaría a escribirla y cantarla?

Lo envalentonó mi aprobación,

—Y si lo veo dispuesto, hacemos el contrato en moneda extranjera, en moneda fuerte. . . Porque el peso de ustedes, discúlpeme. . .

Con un gesto cómplice lo disculpé.

Agregó que iba a tenerme al tanto de sus negociaciones; pensé que quizá volviera a buscarme para la redacción de su contrato con Montiel.

Bajamos juntos la escalera y él insistía en no darse tregua, en averiguar rápidamente dónde encontraría a Cacho.

Abrí la puerta y un enjambre de clientes se nos vino encima: querían saber si estaban el Doctor Tal o Cual, preguntaban si mañana se reanudaría la atención al público. Benegas se desconcertó ante aquel aluvión de preguntas. Permaneció un instante a mi lado. Había vuelto a ponerse

el panamá, como para protegerse de una luz de la tarde que ya pasaba por encima de los techos. Volvió a sacárselo y se despidió, prometiéndome volver.

Cometí el único error imperdonable de nuestro trato:

-Adiós Benegas -le dije-.

Súbitamente vi el pánico en sus ojos azules: miraba a los demás, esperaba de aquel montón de gente las burlas, los Ah Benegas o los elípticos Veo. Fue menos de un segundo, pero los miró con zozobra y debe haber comprobado (écon alivio, con vergüenza, con el sentido de una frustración y un engaño frente a mí?) que su nombre, el nombre de Benegas, aquel nombre que no figuraba en la guía telefónica y sí en Recuerdos de Provincia y en el canto de Cachito Montiel, a toda aquella gente no le decía nada. Se escurrió, los hombros vencidos, el sombrero otra vez encima de su figura. Apretó el paso, se fue.

#### BIEN, REGULAR Y MAL

Esa, la primera vez, fue la única en que el abogado

estuvo de acuerdo y convino en que sí.

El hombre estaba curvado a sus pies, lustrándole los zapatos. Detrás de sus espaldas, por encima de su cabeza ya canosa se veía el resto del patio de la cárcel, sus puertas de rejas, un pedazo de sol en el tramo sin techar. El hombre agachado sobre los zapatos era una figura habitual en esc patio, como si se hubiese congelado allí, como si perteneciera a él desde siempre. Y casi sin salir de un mismo rincón ofrecía sus servicios, el cajoncito colgando de un hombro, la sonrisa de dos dientes. Imposible calcularle la edad, estaba envejecido y quemado por el sol como nadie concibe que en la cárcel puedan estarlo los presos. La piel arrugadísima, como un pergamino cuarteado al detalle, doblado y vuelto a doblar por gusto de que híciese más arrugas. Sólo el recortado bigote blanco ponía en aquel rostro un detalle de pulcritud, así como los ojos negros prometían cortesía y atención, administradas juntas y muy bien. Tenía las trazas (o los sobrantes) de una hidalguía no justificada por su existencia, las reservas de una educación no ejercitada allí ni en ningún otro sitio.

El abogado le repuso por única vez que sí cuando el viejo acababa de contarle la primera muerte. Había regresado de improviso a su rancho, había encontrado a su mujer abrazando al comisario. El comisario fue más rápido que él y dio el salto atrás cuando vio venir el cuchillo. "Alcancé a chucearle el uniforme. . . pero a él nada", dijo como si

todavía lo lamentase. Salteó atrás, cuerpeó el fierro. Tenía más de cincuenta años el comisario, pero se mantenía aun muy joven y ágil. Agil y de a caballo. Saltó hacia atrás, corrió, montó y se perdió en la noche. "Me di güelta y la enfrenté a ella", dijo el lustrabotas. "Se había puesto a mirarme con tremendos ojos pero ni se movía. Le enterré dos veces el fierro y ella cayó". No dijo en esta frase ni en ninguna otra que la hubiese muerto, pero casi en seguida—alzando la cabeza de aquel cajoncito de donde había sacado un rato antes la pomada roja— preguntó:

-¿Maté bien?

Y esa fue la única vez en que el abogado le dijo que sí. No propuso "La maté bien" sino, interrogativamente, ématé bien? Matar parecía un acto en sí, separado de su causa, distinto e independiente de la víctima y los motivos. Y sin embargo esos motivos—la infidelidad de la mujer, el escarnio de que lo hubiese engañado con un hombre mucho mayor y acaso sólo porque fuese la autoridad, con el prestigio que en campaña y en aquel tiempo ("esto fue hace como veinte años", había dicho al principio) tenía la autoridad—todo eso, en rápida apreciación, fue lo que indujo al abogado a contestar que sí. Eso y el hecho de que todavía estuvieran en el primer zapato.

El lustrabotas quedó satisfecho; y fue entonces cuando dio una palmadita en el contrafuerte del zapato derecho del abogado, para indicarle que cambiara el pie sobre su forma en el cajón. Una palmadita en vez de empujárselo: un cumplido ligeramente confianzudo y cariñoso, pero siempre digno.

Con el pie izquierdo y otra vez la pomada puesta en golpecitos secos y extendida como a brochazos con que el viejo seguía untando la capellada, empezó la segunda historia.

Había salido de la cárcel ("esa primera vez fue poco, unos cuatro años y parece que lo sacaba por menos si éramos casados. . . que no éramos") había conocido a la segunda mujer v se la había llevado a vivir con él. Ya había pagado con cuatro años el hecho de no haberse casado y sería ridículo haberlo hecho después. . . y con otra, "¿no halla?" Así que se rejuntó otra vez y aquí viene la cosa. Una noche, detrás de un cerco de transparentes, vio que el quepis volvía a andar ronciando. El comisario -pensó- otra vez el comisario, como si aquel hombre tuviera la manía de ir ultrajándolo con todas las mujeres que él se consiguiese. "Lo confundí, creamé que lo confundí. Vi el quepis y me enceguecí". Salió de atrás de los trasparentes, más velozmente de lo necesario para que el otro lo viese, y lo ensartó. Una sola puñalada, esta vez fue una sola puñalada. Pero bien dada, se había vuelto cortador de carne en la Grande; tan bien dada que el hombre no dijo ni ay y cayó.

-¿Maté bien? -volvió a preguntar, tirando al aire y recogiendo el cepillo, para cambiarlo de mano.

-Mató regular, dijo esta vez el abogado.

Y le explicó: el motivo ideal era una venganza por asuntos de honra. Pero un error, en casos como éste, no puede perdonársele a nadie.

Sí, concedió el viejo. Después había podido saber que era el subcomisario y que andaba detrás de unos ladrones de gallinas. Sí, claro, no le dio tiempo de explicarse, de darse a conocer. Estaba tan seguro que, casi sin verlo, le cambió la cara. Se le había aparecido otra vez patente el comisario que aquella primera noche había saltado atrás para que no le alcanzara el chuzazo. Vio talmente que aquella cara estaba otra vez allí, espiándolo para insultarlo de nuevo en la segunda mujer. No le había dado tiempo ni se había dado tiempo a sí mismo.

Esta segunda vuelta salió mucho más pesada y esa segunda mujer, que le importaba mucho menos que la primera (de haberse casado, de ponerse ahora justo en el día de casarse lo habría hecho con la finada y nunca con la otra) lo abandonó en seguida. Ni vino del pueblo a la ciudad cuando a él lo pasaron de nuevo a la Grande. Ni hablar. No vino ni le escribió una sola carta (bueno, no sabía escribir pero alguien podría haberlo hecho por ella si lo hubiese pedido); ni escribió ni vino a verlo ni se supo más de ella. Como había llegado, así se fue. Y en esta ocasión fueron como doce años: "Sí, deje ver... Digo bien, como doce años..."

Afirmaba las manos con mayor fuerza para hacer correr sobre la puntera del zapato el listón encerado de sarga. Y el zapato izquierdo iba quedando más brillante que el otro. El abogado se lo hizo notar. "Sí", contestó el viejo. "Ahora emparejamos".

Al cabo de los doce años salió. El mismo, fíjese, ya tenía ahora más edad que el comisario en la primera muerte. Y el comisario, imagínese, imagínese: ése ya era un vicio viejo. Se había jubilado y vivía a la orilla del pueblo. Nadie habrá querido tomarse el trabajo de avisarle que él estaba de regreso. Ya era un retirado, vivía a la orilla de todo. Pero no haberlo chuceado desde el principio le estaba costando más de quince años, "entre una cosa y la otra". Una cosa y la otra eran la mujer y el subcomisario, los dos muertos en fila de su pasado, mientras él seguía buscando al hombre y el hombre no aparecía ni le pasaba nada. Averiguó, por fin, dónde estaba. Fue hacia él, lo halló de espaldas, sentado en una silla de paja, en el centro de un patio de tierra, un gallo de riña picoteándole maíces en la mano. Se acercó en alpargatas, sin hacer ruido. El gallo sí que lo vio, alzó la cabeza y cacareó cortito, pero el hombre sentado no supo interpretar -así decía ahora, interrumpiendo por un instante la lustrada— no interpretó el aviso que el gallo quería darle. Sacó el cuchillo, se le acercó todavía más, siempre por la espalda. El hombre sentado —la nuca y la melena totalmente blancas— no supo oirlo llegar. Tal vez estaba sordo, de puro viejo. Con un gesto rápido (había vuelto a trabajar, y esta vez por más años, en la carnicería de la Grande) le manoteó la melena, le tiró la cabeza para atrás y allí nomás, sin darle tiempo a ponerse de pie, le pasó el cuchillo de un solo trazo veloz por el pescuezo.

Con una ilusión imposible, tornó a alzar la cabeza el cajoncito de lustrar y preguntó por tercera vez:

-¿Maté bien?

—Mató mal —dijo el abogado, mientras el otro quitaba con dos dedos la vaina de cartón que había protegido a la media izquierda de los roces desbordados de la pomada—. iMató espantosamente!

—Pero esta vez por fin era él y no ningún otro —argumentó el hombre—.

—Sí, concedió el abogado. Esta vez era él, el hombre que le había hecho aquello. . . Pero habían pasado más de quince años, la cosa había costado ya dos vidas y aquel pobre viejo estaba de espaldas, sordo o desprevenido, allí con el gallo. Medio medio, ya estaba en ese otro mundo al que usted lo mandó degollado. . . iLo mató horriblemente!, recapituló con el más crudo énfasis el abogado.

"Lo" personificaba por primera vez a la muerte. La peor de las tres y la última. Se lo dijo sin la menor compasión, al tiempo que le pagaba la lustrada.

-¿Y cuántos años tiene ahora?

-¿Yo?, vaciló el hombre, como si el otro pudiera estar preguntándole por la edad de los muertos. ¡Sesenta!

—Sesenta, sesenta. . . —empezó a decir el abogado y no remató la frase—. —Sí, ya sé —concluyó el viejo, mientras guardaba el cepillo, la pomada y el retazo de casimir en el cajoncito—. De ésta no salgo. . . No salgo más de aquí. En fija que esta vez la amenaza viene con medidas. . .

Y como si hubiese algo que lamentara todavía más que

la perpetuidad de la condena, añadió:

—Y ahora no tengo comisión. Así que tuve que hacerme este cajoncito en la carpintería y cambiar de oficio. . .

¿Para qué trabajará?, debe haber pensado el abogado, pero no lo dijo. El otro, de todos modos, se lo leyó en el rostro, adivinó la pregunta no formulada.

-Siempre hay que hacer algo -dijo-.

Y no pudo comprender al abogado cuando, tras mirarlo como si nunca lo hubiera visto antes, con una larga mirada que lo envolvió primero a él y bajó a los zapatos de brillo desparejo, aventuró (cual si quisiese ayudar al preso a pensar estos misterios allí, tan luego allí y entonces, en aquel sitio y a los sesenta años):

Y usted, las dos últimas veces. . . éusted no lo habrá

hecho más que nada para volver aquí?

#### CORRUPCION

Estoy hablando con el juez cuando alguien deja sobre su mesa el montón de expedientes. Conozco las carátulas rojas —procesos— y también las carátulas blancas, presumarios. Sin curiosidad, por mero automatismo, mis ojos van hacia la carpeta roja que corona la pila. Y leo entonces los nombres del profesor y, debajo de ellos, las otras menciones: Corrupción, artículo 274 del Código Penal.

No quiero disimular mi sorpresa, leo todos aquellos acápites en voz alta. El juez se encoge de hombros, como diciendo "cosa de todos los días". Sí, le aclaro, pero es que este hombre fue mi profesor. Mi profesor de Historia en el liceo, un excelente profesor y un hombre muy correcto. ¿Cómo puede ser? Y el juez, con esa esquiva pereza para explicarse que da la rutina: "Ya ve". No parece que el caso le haya interesado de un modo muy particular; acaso todo lo hayan hecho sus amanuenses y él se limite ahora a autorizarlo, llenando los huecos con sus firmas. Una firma donde consta que ha estado en la audiencia y no ha estado, otra firma donde consta que procesó. Quiero argumentarle algo, no acierto a saber qué; no soy el abogado del caso ni voy a serlo. Soy alguien que llegó hasta allí a conversar de otros temas y de pronto. . . "Increíble", empiezo a murmurar mientras mis recuerdos se ponen a organizar explicaciones y a pesquisar sospechas al término de las cuales tal vez no me lo parezca tanto. "Increíble", con acento de menor convicción, en el instante en que el juez me pide que le aguarde un minuto y abandona la sala.

¿Ha querido dejármelo leer, en cuanto ha advertido mi estupor y luego mis tribulaciones? No sé, pero estoy solo y mis manos van hacia e montón de legajos y separan el del profesor por el delito de Corrupción y lo abren. Conozco de sobra las fotos de los prontuarios: fotos tomadas al cabo de tres días de extenuación y de celda, con tres días de barba y de ausencia de higiene y sobacos ardidos y sueño y vigilia sobre unas mismis ropas y un ácido jergón. Fotos tomadas en el momento nismo en que al hombre acaban de informarle que ha side declarado culpable y le cuelgan al cuello una tablilla con números y lo ponen de espaldas contra una vara graduada y lo miden y después lo estampan de frente y de perfil, una instantánea para los ojos y el rictus, el pelo revuelto y el cuello de la camisa sucia, otras dos fotos de pie sobre la tanma, una frontal con las rodillas flojas, otra de canto con su curva de abdomen. Ese es el hombre en seguida de saber su delito y sin haberse afeitado y sin haberse bañado y sir haber dormido ni haber probado un bocado decente ni belido algo que no sea un grasoso caldo frío o un poco de agua tibia y clorada. Ese es el hombre en su verdad creel v aquí estoy viéndolo: diría que sus ojos, por primera vez en muchos años, enfrentan a los míos, de los que tantis veces -al cruzarnos en las calles, al evitarnos en los recodos de las librerías- se han fingido olvidados. Es rubio, la sido siempre rubio y hoy lo es hacia matices cenicientos; la barba de los hombres rubios fotografía menos, no ennigrece la imagen, no la cubre de tan hirsuto desaseo, no la ringa. Pero aquella rala pelambre canosa y el pantalón con us rodilleras y la camisa con sus mangas abiertas y el cintuón torcido y los cordones sueltos de los zapatos relatan el sifrimiento ominoso de esos días. la claudicación del individto pulcro, su indiferencia ante la desgracia a causa de su postración. Está allí y desde sus ojos

confesos y la boca ligeramente crispada puede, ahora que lo han declarado oficialmente corruptor, afrontar con franqueza, con la peor franqueza al mundo, ese mundo que por tantos años le ha obligado a soterrar, a esconder y negar la índole de sus deseos.

Comienzo a leer lo que dice y ante todo sus datos de identidad: aquel desecho decadente y vencido, noble y cansado y depravado a la vez, aquel ser rotulado y prontuariado es tan sólo cuatro años mayor que yo. Pudo haber sido mucho a la edad del liceo, marca entonces la distancia entre un adolescente y un hombre. Cuatro años: deberían ser nada hoy, aunque luego de tres días de humillaciones y desprolijidades parezcan siglos. Sobre mi recuerdo intacto de aquellas lecciones nos cruzábamos en la calle y él simulaba desconocerme, por más que yo hubiera sido uno de sus buenos alumnos. Simulaba, pienso en este momento. ¿O era cierto? De la edad triunfal de su hermosa cabeza de joven hombre rubio enseñando Historia a nosotros casi niños, había pasado todavía a algo mejor: a un cargo en la Unesco, a viajes por la India, según me habían contado. Porque él, con su nostalgia de días plenos en la jubilación, de viajes pasados en su actual aposentamiento y quietud, nunca me lo había dicho. Ni me lo había dicho ni parecía reconocerme. Sus ojos no se apartaban de los bouquins, sobre la mesa de novedades del Palacio del Libro. Eran siempre novedades de la edición francesa, los vient de paraître que nos encantaba hojear allí, a falta de La joie de lire o de algún otro rincón libresco de París. Había viajado. por la India y por el resto del Oriente, había trabajado entre esas gentes y había regresado; pero no había vuelto a su silla de profesor: de pie, desafectado, hojeaba libros al margen de la vida. Oriente era va libros, la Historia era ya libros, la India era ya libros. Memoria y libros.

Y sobre otros papeles, hojas de memorandum y folios de declaraciones policiales y audiencias del juzgado, lo había admitido con toda naturalidad, como si aquellos procedimientos lo hubiesen liberado de timideces y de vergüenzas y de miedos. Sí, había hecho aquello, solía hacerlo de tiempo en tiempo. Se lanzaba a la noche, a pie o en su auto; buscaba trabar conversaciones con jóvenes, bajo cualquier pretexto. Y luego los invitaba a cenar y los llevaba a casa y mantenía relaciones con ellos. Sí, él era pederasta pasivo. No lo negaba; al contrario, parecía admitirlo resueltamente y con fluidez, como se aceptan los parentescos o la estatura o el color del iris. Así. ¿Era acaso, en su concepto, un problema de probidad intelectual -o quizá de afirmación moral- no rehuirlo, una vez que otros lo habían revelado? Y aquello que refería con tanta aparente espontaneidad era de veras muy triste: la miseria de los procedimientos mismos, la noche, las conversaciones erráticas en una esquina de la noche, tramposas preguntas sobre lo que ya sabía, sólo para entrar en diálogo: falsos candores sobre su soledad y el tedio; y luego, trabada la conversación (y hallada, sin duda, una predisposición que debería ser ducho en descubrir) las invitaciones: a cenar en un restaurante -la imagen insospechable del viejo profesor y los tres discípulosy después a escuchar discos o cintas en casa. Ya no era profesor ni ellos habían sido jamás sus discípulos. Pero a esta altura, reflexionaba, era evidente que ya sabían a santo de qué podían ir con él: los cuentos de la India acaso, el erotismo de algunas imágenes difusas, el prestigio tentador de lo exótico. Esto no lo decía. Refería tan sólo el repertorio de sus modos de operar: convidar a una cena, convidar a la casa, dar antes unas vueltas nocturnas por la ciudad y las playas, en su coche. No les daba dinero, no señor. Jamás ofreció dinero. ¿Era su regla inviolable del

pundonor del oficio? Jamás dinero ni tampoco regalos. Algunas veces ellos, los jóvenes, le robaban algo, viéndolo momentáneamente distraído: un libro, una cassette. Pero él no se los daba, no; y era reacio a prestar sus colecciones. Seguramente pensaba que no volvería a verlos y que su biblioteca se iría empobreciendo irreparablemente con aquellos despojos: muchas veces eran piezas únicas, virtualmente irreponibles —aclaraba con visible orgullo y era la primera vez del orgullo—.

Los tres muchachos, por su parte, parecían haberse puesto de acuerdo para proclamarse totalmente extraños a la denuncia que estaba en el origen de toda aquella encuesta. Ni ellos ni sus padres habían sido, decían. ¿Creían colocarse en mejor terreno, en la Policía podrían haberles dado tal consejo? Porque era inverosímil que pudieran temer al profesor, allí viejo y ojeroso y raído y ajado, con sus hombros caídos y quizá el cigarrillo de la conmiseración que nadie hubiera corrido a alcanzarlo a la cárcel y uno de los muchachos pudiera haberle estirado en la punta de dos dedos, tras averiguar que existiese acuerdo entre todos y no fuera ya preciso un careo. Totalmente extraños a la denuncia: ni ellos ni sus padres la habían formulado. ¿Quién entonces?

Porque ellos habían declarado antes que él y eso aparejaba la engañosa suposición de que hubiesen sido individualizados antes que él. Y a partir de ellos él, según lo daba a entender el legajo; figuraban por tanto como primeras víctimas, no como delatores.

Y aquel sistema de actuar, fuese verdad o ficción, tendía a confirmarlo. Puesto que declaraban antes que él, y en previsión de que él pudiera refutarles, pretendiéndose inocente, desconocido para ellos tanto como ellos lo fueran para él, el funcionario que los averiguaba ("el declaracionista", en la jerga de los juzgados) los había hecho describir el lugar. ¿Casa o apartamento? Apartamento. ¿Ambientes, muebles, cuadros? Lo referían todo al detalle, se corroboraban unos a otros, jamás discrepaban ni se desdecían. Semejaban haberlo impreso todo como en un film: tales paredes llenas de libros, tal sitio para oir música, tal puerta, tal ventana; y más allá del decorado principal, tal "kitchenette", tal baño. Y tales cuadros en las paredes, óleos, acuarelas, grabados antiguos, mapas con los mares y las tierras nombrados en latín, algún diploma que no habían observado con detenimiento. Todo absolutamente innecesario, porque en cuanto el profesor los confirmó y no los contradijo, ese acuerdo tuvo la virtud mágica de escamotear el decorado, como si lo alzase por los aires y acabara volatilizándolo. Y no se habló más del asunto. Cuatro desnudos en un espacio desnudo: danzarines sobre cámara negra.

¿Corrupción, seducción? El Código dice que "comete corrupción el que, para servir su propia lascivia, con actos libidinosos corrompiere a persona mayor de quince años y menor de dieciocho". O sea, que comete corrupción el que corrompe. ¿Y por qué el verbo en subjuntivo, "corrompiere"? ¿Es que basta con que el efecto de la corrupción sea eventual, probable en cualquier grado, incierto? De modo que, mi sabio y querido juez, el profesor servía su propia lascívia y no la de todos, se servía a sí mismo y no servía a los demás. ¡Quién lo diría! Lea mejor sus frases, imagínese sus posturas. Sí, ya sé, usted va a decirme que todas las definiciones tienen esos envites. Puto, dice el diccionario, es "el sujeto de quien abusan los libertinos". ¿Qué me dice? De modo que si no hubiera libertinos abusadores. . . ¿Y por qué no decidir entonces que corruptor es el sujeto de quien abusan los corruptibles? Corrupción, seducción, los límites entre lo injusto y lo lícito. ¿Cuándo deja de existir una,

cuándo empieza la otra? ¿Qué opina usted? ¿Cuándo, a su juicio, está ya corrompido un joven? Su risa: Usted es solamente un juez, no un filósofo. Sí, claro, pero su negativa a complicarse la vida manda todos los días gente a la cárcel. ¿Gente? Asesinos, ladrones, profesores maricas. . ¡Vamos!

Los "testigos de conducta" son personas de cuarenta y cuarenta y cinco años: posteriores a mi tiempo, muy posteriores al tiempo de los tres muchachos. Si la planilla de antecedentes hasta éste de ahora éa qué diablos andar preguntando a la gente por la conducta anterior de un sujeto? Pero es una institución y en los juzgados se le rinde culto: "los testigos de la buena conducta anterior" pomposamente la llaman. En una situación como la del profesor, lo que un testigo de cuarenta y cinco años retrospectivamente podría estar indagando acaso fueran sus tempranos conceptos sobre sexualidad a los quince años, a los catorce; si es que pudiera recordarlos, sumergir su magdalena en su taza de té. Si entonces lo hubiera sabido chabría pensado que el profesor fuera una buena persona? Pero está testimoniando ahora, en plena madurez y con otros juicios. Alguien que ya no es el que lo conoció de adolescente dando fe de alguien que tampoco es el antiguo profesor en su apogeo. O tal vez no: ¿quién asegura que no fuesen antiguos "corrompidos" a quienes los años hubieran luego reconvertido a la famosa normalidad, la normalidad del trato con mujeres y del matrimonio y de los hijos? Me gustaría haberles visto la cara mientras declararan y la sonrisa casi desvanecida con que esa noche hubieran echado sobre la almohada el suspiro del viejo tiempo, comprimido en su pecho desde la declaración, y se hubieran beatíficamente adormecido. Testigos de conducta, espejos paseados por caminos de tiempo.

Era evidente que él había rechazado la posibilidad más fácil, en ese único minuto que los declaracionistas conceden

para que un hombre perturbado sea -todo de una vezasaltado por la imagen de la publicación de su vergüenza y requisado en su memoria para que surjan no sólo rostros y nombres de personas sino también plazas de calles y números de puerta; sin lo cual un testigo no sirve, por bueno que sea. Había rechazado la posibilidad de que fuera gente de su misma generación, antiguos compañeros de juventud. Sin duda se había resistido a perder imagen -como ahora se dice- entre los coetáneos. Y sin embargo, era de esa capa de gente de donde podría haber extraído los mejores testigos, aquéllos que le hubieran conocido en el esplendor de su juventud y en el ascenso de su sapiencia, los testigos del mundo y de los viajes y de los éxitos y de las lecciones magistrales y de la vida feliz. Pero pensándolo mejor, tal vez hubiera tenido otras razones que las imaginables a primera vista: esos testigos podrían haber sido acaso los primeros que en su hora, años atrás, hubiesen atisbado algo, se hubiesen preguntado por qué no le conocían una mujer siendo "el de mejor pinta", tiempo después por qué no se casaba y, entremedio, por qué rehuía fiestas y parrandas con ellos, ¿Por qué?, no queriéndolo vislumbrar sin más pruebas. ¿Por qué? Y él tenía el pudor de sus contemporáneos, esa gente que uno nunca recela encontrar por las noches, quizá porque se tiene la ilusión de saber mejor quién es la gente de la noche -ya que es poca- y se piensa que por la noche es difícil encontrarse con los viejos compañeros, puesto que se los sabe colocados, repartidos y ocupados entre sus mujeres, sus hijos, sus aparatos de TV, sus libros y hasta sus amigos, desde que ya no se siente la necesidad de salir a buscarlos en la noche para tenerlos junto a uno, si es que alguna vez y a esa edad se les precisa. Esa gente de su tiempo desconocía sus noches y se había desentendido de sus costumbres, retrocediendo en el umbral de una remota y ya olvidada sospecha. Mejor no convocarla ahora.

Yo mismo pensé por un momento -el expediente bajo mis ojos, el juez entretenido por sus otros quehaceres- en cotejar estas cavilaciones con las de mis antiguos compañeros de clase; y en seguida la deseché. Creo que tuve miedo concreto a la pregunta ¿Vas a decir que no lo sabías?, como si me defendiera de la intrusión de los demás sobre un pasado de piedades muy vagas. Porque no podría haber contestado con absoluta veracidad que lo ignoraba. En alguna zona del alma seguramente lo sabía, aunque la homosexualidad fuera un comportamiento del que se hablara entonces mucho menos que hoy y del que tuviese un concepto rudimentario e incompleto. ¿Lo sabía, con alguna tangible certidumbre? Sólo había una posible aproximación de imágenes entre las debilidades pensativas y la distancia ensimismada y como abstraída del profesor y lo que luego había ido sabiendo, en mezcolanza poco clara, sobre débiles, impotentes y homosexuales. Pero no me había tomado en serio ese trabajo de aproximación, ese largo proceso de cotejo y deducciones que en un momento dado -nunca sabemos cuál, no se le ve llegar- cuaja un fruto de convicción. En el fondo, tal vez no me importaba tanto como me entrego a razonarlo ahora. No me importaba tanto y lo había dejado en una región indolora e intacta, sin manoseo pero también sin cariño. Y ahora mismo, mientras doy vuelta a las páginas del expediente, empiezo a enjuiciarme sin complacencias: me parece sucio adentrarme en la posesión ilegítima de una intimidad ajena, detentarla sin que el saqueado por lo menos lo sepa.

Ocurre en los hospitales por razones que se pretenden de vida, ocurre en los juzgados con el pretexto de la justicia. Y lo detesto. Lo detesto y lo temo, porque siento crecer en mí aquella horrible cosa que alguien llamó la corrosión ética, una especie de cirrosis del propio honor cuando uno se mete demasiado con el honor de los demás. Una disolución con embotamiento, una disgregación y una muerte.

La naturalidad del profesor para confesarlo y describirlo no me eximía de aquel malestar que era mío y que no se vinculaba sino incidentalmente a su confesión. Por lo demás cno sabía yo, por años y años de oficio, cuál era el secreto de aquella aparente naturalidad? Los declaracionistas de los juzgados son muy rudos. Imposible imaginar, sin haberlo presenciado, cuántos regateos, cuántas vacilaciones, cuántos pudores y cuántos silencios han existido antes de cada admisión, de cada una de esas admisiones que en el papel parecen tan fáciles, tan espontáneas, tan fluidas, tan ecuánimes, tan redondamente objetivas así se esté hablando de las peores aberraciones y de los crímenes más atroces.

Los declaracionistas desde un comienzo exigen, incluso amenazan al reticente ("¿Quiere volver a la Policía y venir mansito a decírmelo todo?"); lo desconsideran, le hacen ver que su propio tiempo burocrático vale más que el tiempo de la honra del acorralado, que el tiempo de la verguenza y los años que a veces le van a uno en reconocer algo. Y después, cuando obtienen lo que querían, la frase culminante que deseaban para rematar una confesión bien arrancada, se llevan -sola y aislada de contexto- esa confesión decisiva y final como el ave de rapiña se alza con su presa (el símil es muy viejo pero aquí insustituible). Lo que quedó atrás, lo que ocurrió en el duro camino hasta llegar allí no les importa; es como si no les concerniese, por más que ellos estén también -sobre esas dos líneas escuetas en el papel- regalando tiempo, tensiones y fatigas. Por más que les haya costado horas conseguir esa confesión lacónica, esa admisión que parece tan directa y desnuda, tan descarnada, tan simplemente desprendida de una presunta madurez de las cosas, caída como un huevo en un nido.

Paradojalmente, los detalles ociosos se derrochan en lo superfluo, no en la esencia de la relación: les había hablado de sus viajes a la India y a Egipto y a veces (habían contado los muchachos) el viejo se quedaba en silencio, como recordando algo que no se resolviera a confiarles. Y si ellos aprovechaban esa tregua para tratar de irse, él los retenía. Sí, los retenía sin volver a hablarles y a pesar de que ya, de cuanto a ellos les parecía que a él pudiera haberle interesado, hubiese pasado todo.

En la noche sí: una noche vi al poeta golpeando a la puerta de un taller cerrado, pero donde seguramente pernoctaba un sereno. Golpeaba a la vez con sigilo y con desesperación. Con sigilo porque no quería aturdir ni atraer peligrosa e inútilmente la atención sobre sí, en esa hora del silencio y de la madrugada. Con desesperación—que se infería de la velocidad menuda de aquellas manos golpeando y volviendo a golpear sin dar tiempo al efecto del golpe anterior— porque tal vez temía que el sereno no estuviese allío, peor todavía, que estando allí no quisiese abrirle. ¿Celos, miedo a la soledad, sinsentido del viaje hecho hasta allí a través de la noche, presentimiento de que le cerraban la puerta de otro amor? Pasó a mi lado. Estaba tan auténticamente trastornado que al parecer ni reparó en mí.

¿Les había propuesto beber? Sí, les había ofrecido, no habían querido. ¿Qué bebida? Había varias, en un barcito de cañas de malaca, debajo del pic-up. No sabían cuántas ni cuáles, porque rehusaron. Tal vez coñac, licores.

La caída de la respetabilidad, ése es el tema. El gran tema que vio Luchino Visconti (y que tenía buenas razones para ver y sentir) en su versión de Muerte en Venecia. A veces tenemos tendencia a creer que la respetabilidad sea un mero valor sociable, una categoría burguesa y, como tal, muy poco dramática. Y nos merece, por eso mismo y por su carácter hipócrita, un total desdén. Pero, en sus efectos, la caída de la respetabilidad suele ser mucho más patética de lo que con cierta ligereza podríamos suponer. Un profesor retirado sin respetabilidad no es nada. Mejor dicho, es Nada. Imposible juntar mayor desprecio que aquél que cabe en estas tres palabras: "un puto viejo". Como si lo que hubiese envejecido fuera la homosexualidad y no el hombre y ésa fuese una senectud abvecta, la senectud de un vicio. Nadie dice "un asesino viejo", ni aun pensando en nuestros dictadores eternos. Es una condición en la cual no se envejece. Y si se dice "un viejo ladrón" o "un ladrón viejo" es para anotar su impunidad o su fracaso, con un acento de escándalo o con un dejo de lástima. "Un puto viejo": algo ya por sí desgraciado y más desgraciado todavía si lo desprestigia la vejez, que a otros valores de la vida agencia en cambio una convencional pátina noble. Un puto viejo, como un trasto viejo. Pero des que los trastos fueron alguna vez nuevos, fueron flamantes, fueron jóvenes? Si ya el trasto es un mueble inútil (el diccionario lo dice) ¿por qué marcar que incluso lo inútil puede no ser ya joven?

Lo recuerdo de la mesa del Tupí, quitándose su fieltro requintado, debajo del cual lucía una vieja cabellera grisácea: delgado, de largas patillas en las que todavía quedaban hilos oscuros, ligeramente inclinado al caminar pero resistiéndose al bastón por coquetería. En su juventud había escrito un libro famosamente audaz sobre mujeres (creo que las mujeres de París o acaso sólo las nuestras), un libro que predicaba el ideal de las mujeres flacas y había visto la luz allá por el novecientos —el actual viejo era entonces un mocito insolente— aquel tiempo cuyo ideal de femineidad eran las mujeres gordas o, por lo menos, las de curvas mórbidas.

"Yo soy un respetable anciano a quien nadie respeta", acababa de decir y volvían a festejárselo. Era su frase de éxito y su drama, todo en nueve palabras. Y era cierto. Vivía en una habitación del Hotel Pyramides, único sitio en que pudiera seguir encontrando aire del novecientos. Y hacía venir a su habitación a los mozos de café "con un servicio". Los hacía subir y mantenía con ellos oprobiosos tratos, haciéndoles dejar la bandeja, instándoles a sentarse al borde de su cama, desabrochándolos luego y arrodillándose frente a ellos. Un respetable anciano a quien nadie respeta: y los mozos contaban la historia de cuanto les hacía y de cuánto les daba. Las mejores propinas del mundo, tan sólo por dejarse toquetear. ¡Eso! El trance de obtener el consentimiento podría haber sido aun más vejatorio que el acto mismo. Pero los mozos se jactaban.

Los declaracionistas sacrifican las transiciones; en sus máquinas de escribir y en sus dedos y en sus mentes no queda lugar alguno para los grados intermedios y para los matices; y por eso las revelaciones caen sobre sus páginas como llovidas del cielo. Menos mal que alguna vez son púdicos y escriben "coito oral" o "les succionó el pene" (en tercera persona) como en estas hojas estov levendo. Podrían decirlo en una forma más dura y vulgar, como tal vez lo hubieran arrancado, tras la violencia de haberlo hecho admitir. Y si hubieran sido bachilleres jurídicos ¿quién nos habría librado del latinajo "fellatio ab ore"? Es posible que en esa naturalidad y en las palabras más crudas con que el profesor lo haya dicho (porque no debe haber usado la expresión coito oral ni conocía otros latines que aquéllos que surcaban sus mapas y sus libros de Historia) se haya dado el efecto de otro factor: es probable que los muchachos lo hayan atacado, lo hayan arrinconado y acosado para purificarse y entonces, en el acto simbólico de su confesión judicial, él se haya rendido, como otra forma de practicar el coito con ellos, ahora que todos están reunidos en torno de un funcionario feroz, vestidos de pies a cabeza y en los alrededores de una bullente máquina de escribir. Es posible que él haya disfrutado el efecto de esa rendición, haya sentido entonces de un modo imprevisible, donde se daban las ventajas del goce no comunicado, que mantenía una última relación con ellos. Algún analista podría investigarlo.

Estaba tan auténticamente trastornado que al parecer ni reparó en mí. . Sí, la actitud de disimulo o truco de los poetas —y tal vez más si son poetas mediocres y fracasados—impide saber nada a ciencia cierta. En una revista literaria (de ésas que no llegan al número dos) apareció un poema titulado "Golpeo a las puertas de la noche"; y eso decía el primer verso. "Pasan los caminantes a mi lado / y yo golpeo": éstos eran los dos últimos versos, los que cerraban el poema. No he podido saber si aquélla era de algún modo una contraseña, una respuesta secretamente destinada a mí, la trasposición de que el poeta me hubiese visto y me incluyera en la gran figuración de aquellos golpes, cuya trampa de significado consistía en adjudicarles una dimensión poética y metafísica muy diferente del sentido real e inmediato que aquella noche tuvieran.

Con los serenos, con los profesionales de la noche preferibles a los diurnos mozos de café, que después hablan— el poeta debería haber pensado que fuera fácil entenderse. Pero ahora, golpeando aquellas puertas que eran las de un taller mecánico y no las de la noche, eran notables su angustia y su chasco. A diferencia del respetable anciano y del poeta, el profesor no quería ligas con gente tan burda ni con los mercaderes de aquél tráfico. Elegía la condición estudiantil, real o imaginada. ¿Nostalgia, realización anacrónica de algún viejo sueño, sustituciones de su pasado en el

Oriente? Nadie lo pregunta, nadie lo contesta. Ni "Preg" ni "Cont", como dicen las actas.

¿Habían mantenido relaciones sexuales antes?, interroga en cambio el declaracionista. Y ellos contestan unánimemente lo mismo, con las mismas palabras: "Con mujeres sí, con hombres no" ¿Es ésa la verdad, es lo que alguien les ha aconsejado que respondan?

Lo que más espanta de ese pordiosero, de ese menesteroso trato salido a buscar noche a noche por las calles, no es que sea homosexual sino que no sea amor. Seguramente eso es lo peor. Porque las parejas bien entendidas de hombres o de mujeres que se aman establecen de algún modo, en el centro de sus almas, los conceptos de plenitud, normalidad y gracia de su amor. El poeta, golpeando a la puerta cerrada del sereno, seguramente llamaba a alguien conocido, en quien hubiera podido antes hallar (y acaso ahora ya no encontrase) amor para sus noches; el profesor, al volante de su auto, estaba resignado a no aspirar a tanto. Sólo iba tras las formas de un goce que debería considerar (en cuanto hubiese transcurrido) pobre y sucio y humillante, como en verdad era.

Pero ĉes un corruptor, egregio magistrado? Lo leo: puesto él de rodillas (ĉvestido, desnudo? en esta fase no se aclara) me resulta inevitable sentir que la calificación de corruptor debería entrañar alguna dosis de empresa, de agresividad, de violación en la gente y de violencia en los pudores, que no se compadecen con aquellos ojos apagados y tristes de la primera foja, con aquella posición claudicante del sexagenario arrodillado frente al enhiesto joven puesto de pie (o aún sentado y perniabierto). Pienso también, mientras la lectura me lleva a imaginar el resto de la escena, que un profesor de Historia que se pervierte lo hace a pesar de su conocimiento histórico de las perversiones a través de

las edades y referidas a cada civilización; como un médico lo haría a pesar de su dominio profesional de la fisiología de las aberraciones y un abogado a pesar de su conciencia de la ilicitud de las conductas. No será un vencedor, es un vencido. ¿Corrompe o están corrompiéndolo los otros? ¿Quién podría decirlo, quién podría saberlo?

Y cuando uno creería terminada la historia, sobreviene el trance que lleva a reconsiderarla. El profesor es un corruptor, ahora se sabe. Acaba de decirles que no se vayan y comparece de pronto látigo en mano. Es un látigo de correas y él lo llama (no han tenido tiempo ni lucidez para contarlas) el látigo de las siete suelas. Les propone que le den una soba, él desnudo: "despojado de sus ropas", como le hace decir con imposible afectación el declaracionista. Despojado de sus ropas y en cuatro patas. En cuatro patas: los muchachos lo han animalizado, no por ninguna necesidad profunda de transformarlo sino por pobreza y comodidad de lenguaje. Una biaba, que le den una biaba en pelotas y en cuatro patas, ése sería un estilo homogéneo para narrarlo. Que ellos se desvistan o no, por el momento él se los deja a su gusto. ¿Es que tiene la esperanza de que el juego los enardezca y vuelvan a copular con él? ¿Aquella crónica de preguntas y respuestas no lo aclara. Dice en cambio que ellos se han resistido a hacerlo, después de un simulacro que no ha llegado en modo alguno a consumar un castigo. El profesor se ha acuclillado vestido y, manejando él mismo su látigo sobre el hombro derecho, les ha enseñado cómo tendrían que hacerlo, azotándose en el culo y en el lomo ("trasero y espalda" dicen las actas). Se ha puesto a chillar pero, sin suficiente provocación, sus mismos chillidos han sonado a falso. Y al presentir que iban a negarse, ha dado vuelta rápidamente todo aquello hacia la broma y los cuatro han acabado a las risas, como si tal proyecto hubiera sido simplemente el de un juego y estuviesen de acuerdo en consentirlo así. Sí, era visible que los había asustado y que acaso se hubiera asustado él de haberlos asustado. Quizá le costara mucho hacer un cambio de figuras cada noche y estuviera arrepintiéndose de haberlos espantado tan precozmente, antes del desgaste natural hacia el cual sabe que corren luego inevitablemente estas relaciones. Ya no volverían más, ya se iban ahora; habría sido prudente no haberlos ahuyentado, no haberlos consumido con tanta premura, en una sola noche. No habían querido golpearle, no se les había ocurrido desnudarse; cuando habían sucedido las cópulas estaban desnudos sólo de la cintura para abajo y aún así con zapatos y medias y por encima de la cintura en mangas de camisa. El declaracionista se los pregunta ("Averígueme bien los elementos de la corrupción") y constan las respuestas. El juego del látigo habría supuesto, en cambio, que él estuviese totalmente desnudo, como un perro, desnudo y trotando y chillando bajo los azotes; y ellos habrían ido entrando en calor y habrían aceptado desnudarse o lo habrían hecho por propia iniciativa, espontáneamente deseosos de volver a copular sin necesidad de que él se los rogase. ¿Azotes y cópula y gritos y latigazos y chillidos y risas, todo junto? Podrfa haber sido más orgiástico que la copulación solitaria vez por vez, no compartida en ninguna forma de agitación simultánea. Aquí el declaracionista ha pensado que el viejo se envilecía a ojos vistas y se los ha hecho decir: "nos repugnó y por eso nos negamos y entonces él quiso hacernos creer que nos había tomado el pelo y todo era una joda". La palabra "joda" relucía en su plebeyez, señalaba un momento más cálido que el del coito oral, tenía otro color y otra vida. Sí, una linda joda pero éy el látigo? No lo tendría allí para sacudir el polvo de los muebles, no era un plumero sino un látigo.

Y el declaracionista pregunta ¿Para qué cree usted que lo tendría? Y ellos, otra vez unas pocas y uniformes palabras en el propósito de no comprometerse con detalles obscenos: "Bueno, para eso".

Es un corruptor, sí, dice el juez cuando regresa y lo discutimos. Ha sido precisamente ese conato, ese episodio del látigo el que más lo ha impresionado y convencido. "No me diga. . ." No le digo. "Sabe que voy a soltarlo, ya lleva dos meses. . . Que le dé las gracias a usted." "¿A mí? ¿Por qué a mí?" No me responde: tal vez piensa que he sido el mejor testigo de la famosa buena conducta. ¿Dos meses preso?, pregunto entonces. "No, preso en la cárcel de los presos comunes no. Sus amigos han intervenido recién en esa etapa y se la han evitado. Lo han internado en un sanatorio para enfermos mentales. Usted sabe que con plata. . . Y los diarios no han publicado nada, nadie se ha enterado. Así que ahora podrá volver a sus correrías, sin que nadie lo sepa". Sí, he contestado, pero él lo sabe. Ya tiene "el antecedente", como se dice en la jerga. Ya sufrirá esa suerte de disminución insidiosa, de tara recatada pero pronta a aflorar y saltar en cualquier momento. Sus nuevas noches jamás srerán como las noches del pasado: sus abordajes tendrán que ser más solapados pero también más tentativos y reticentes y débiles, convictos por anticipado de la propia derrota y de su íntima culpa y de su sinrazón. Ya ha pagado con dos meses vividos entre dementes y eso deja su marca; y es alguien a quien la policía conoce y podrá separar -en cuanto quiera- del resto informe de la noche. Separar y sacar a empujones y patadas del resto de la noche. Ya no es. no será nunca un ciudadano digno de respeto. Ha derivado a otra condición, la de sujeto con prontuario, la de merodeador vicioso, discernible y tratable como tal. Es un corruptor declarado, imposible que vuelva a ser el de antes. Sí, eso sí,

consiente el juez. Y luego, como único colofón que merezca el asunto: "Ya ve, ya ve". Ya veo, ya veo, por cierto que veo. Y ojalá esa visión no me enturbie la otra, la de los años del liceo, la cabeza rubia deslizando nombres y sucesos y fechas que tendríamos que apuntar y recordar, los labios del Profesor segregando edades sobre nuestras depuestas y respetuosas nucas de estudiantes.

# LOS PIELES ROJAS

-éMe oye, Viejo?, gritó la voz en el auricular.

El viejo me contó después que eran las tres de la madrugada y el teléfono había sonado en el vestíbulo de aquella casa en la cual, desde el día de su viudez, él vivía solo. Estaba de pie, descalzo sobre la alfombra, tiritando bajo su pijama de verano usado en invierno; y sostenía el tubo del teléfono con ademán tembloroso.

-¿Me oye?

Tenía que ser algo importante, eran las tres de una madrugada de junio, no se llama porque sí a esa hora, a menos que borracho... y la voz era clara.

-Sí, oigo. ¿Quién es, qué quiere a estas horas?

–Viejo, Cacique, soy yo –dijo la voz–. Margarita está debajo del laurel, en el jardín. ¡Recójala!

—¿Quién es, quién habla, quién dice esas burradas? Pero sabía, me dijo después, que no eran burradas; y que tenía que ser la voz de Jorge, puesto que le había llamado Cacique. Y él mismo, al preguntarlo, ya lo sabía, desde que dijo "burradas", una palabra que dedicaba siempre a Jorge.

Tiene una rozadura de bala en la naricita y sangra.
 Pero no es nada, no se asuste. Vaya y recójala y téngala con

usted y cuídela.

El Viejo me contó después que habría querido preguntar ¿Cómo están de nuevo aquí, qué disparate es ése? Y muchas cuestiones más: por ejemplo ¿Y dónde está Mariela? (Mariela es su propia hija, la madre de Margarita). Habría querido hacer muchas otras preguntas, porque desde que Jorge había salido de la cárcel y se había ido con Mariela y Margarita, el Viejo había recibido algunas pocas cartas diciéndole que estaban en Chile y que les iba muy bien. Pero después había pasado "lo de Chile" y ya no había vuelto a saber nada y se los había imaginado en Perú y había pensado en Cuba y había pensado en México y había pensado en Suecia. Pero ahora aquella voz sonaba con toda claridad y muy próxima, a las tres de una madrugada de invierno, para decirle que Margarita estaba debajo del laurel, como si fuera un juego de palabras del libro de lectura, sobre voces de Botánica (Cacique era maestro jubilado, antiguo inspector de escuelas).

No preguntó nada, claro está, y colgó el auricular y se echó una bata sobre el pijama y así, descalzo y con sus setenta años en la noche helada, salió al jardín sin encender ninguna luz (por suerte había una turbia claridad lunar) y Margarita, envuelta en una manta, sangrando de la nariz, estaba allí. La alzó y la niña dijo "Cacique", como si eso fuera lo que le hubiesen enseñado, lo único que le hubieran permitido. La llevó a la casa, la observó a la luz. La rozadura de bala en la naricita, que le había dicho Jorge, sangraba. La nieta estaba muy flaca, vestida con una falda escocesa, unas precoces medias negras muy largas para sus cuatro años, una tricota oscura y espesa. La apretó contra sí, el hilito de sangre que seguía cayendo desde lo alto de la nariz le manchó la pechera del pijama, las solapas de la bata y su cara misma cuando no pudo evitar el movimiento de ponerse a besarla, llamándola por su nombre en diminutivo, Margaritín, ahora que estaba junto a él, llamando también a Mariela que no estaba y llorando, como en las efigies de los imagineros españoles, con gordas lágrimas por encima de las gotas de sangre.

El mote de Cacique fue otra de las burradas de Jorge.

-Viejo, le había dicho, usted es como el cuento de Caperucita. ¡Qué ojos tan grandes! Y repentinamente, para acompañar la risa de Mariela: -Si usted fuera un piel roja ¡ya estaba! Era el cacique de los Ojos Grandes. ¡Ojos grandes! ¡El genio de los pieles rojas, el Cacique Big Eyes!

Era antes de que naciera Margarita, pero Mariela ya estaba grandísima y seguía creciendo. —Bigáis, pronunció Mariela. Te queda espléndido. Y allí le quedó y de ser Bigáis pasó a ser Cacique.

—¿Usted cree que sea para tanto? —me pregunta con falsa modestia, con coquetería de viejo (porque desde que su nieta le llama así el apodo le encanta). Y me mira (me miraba, hoy está muerto) desde las dos linternas enormes que gobiernan su cara. —Sí, es para tanto. . . , me gustaría poder decirle ahora (entonces me limité a sonreir). Sí, me gustaría, pero ya no me oye.

El Cacique había atinado a envolverla otra vez en la manta, a vestirse a los tirones y a tomar el teléfono, dejándola por un momento sobre su cama, donde la naricita de la niña ensangrentó la almohada, la vieja almohada abollada por los sueños y las vigilias del viudo. Llamó un taxi y dio el nombre del hospital más próximo. El chofer había intentado averiguarle dónde se había "lastimado la criatura" pero el Viejo, que había aprendido a desconfiar de todos los choferes de taxi, había preferido no decírselo. La palabra hemorragia y la oscuridad de la noche habían bastado a crear un grado de incertidumbre que el Cacique —maestro de escuela tantos años, hombre avezado en circunloquios y demás vaguedades de lenguaje— había creído conveniente no disipar. En la oficina del hospital, en cambio, abandonó toda reticencia. —Supongo que es una herida de bala, dijo.

Y relató la conversación por teléfono. Al poco rato, de todos modos, ya lo sabrían: el tiroteo, la fuga en el auto, todo. Y quién era Jorge, antes de que el Cacique hubiera tenido la obligación de nombrarlo.

Jorge no era un héroe. Cuando lo descubrieron por primera vez, simulaba estar al frente de una agencia de propiedades; y era uno de los archiveros de la guerrilla. Porque estos pajarones, créame, tenían hasta archivos. Así se los incautan y saben, por boca de ellos mismos, todo lo que deberían ocultar.

Jorge no era un héroe. Había cantado en seguida, unos cuantos meses de prisión y el destierro. El destierro era en realidad una pena contra él, contra el Viejo. Porque Jorge se había llevado a Mariela y a Margarita y el Cacique (isí, puro nombre!) se había quedado solo. Pero ahora, recorriendo a zancadas el corredor del hospital, fumando por primera vez en mucho tiempo, a pesar de su angina, lo único que le importaba era esperar el diagnóstico sobre la niña. Y en vez de eso el hombre se le había acercado—los del hospital habían dado cuenta, era una herida de bala— y había comenzado a interrogarlo. La prisión, el destierro, el viaje, el largo silencio y la telefoneada. Ahora ya sabían quién era, quién era la niña, quién era el padre; y podrían, si el médico lo consentía, devolverle a su nieta.

-No, había dicho el hombre, precisamente ahora la cosa se complica. Ha habido un lío muy gordo, un tiroteo con heridos (después supo que el herido principal era Jorge). La niña se queda aquí bajo vigilancia. Tenemos que interrogarla.

-¿Interrogarla? iPero si tiene cuatro años!

-La guerra es la guerra, se había limitado a decir el hombre. Tenemos que interrogarla. -¿Y usted cree que el médico va a permitírselo?, había insinuado el Viejo.

—¿Y usted cree. . .?, había estado por preguntar a su vez el hombre, pero finalmente había optado por dejar la frase trunca.

Cayó al otro día, el muy tarambana. Había regresado al país con mujer e hija y había comprado un chalet, con el dinero que le habían dado en el extranjero para seguir la cosa. Compró un chalet y un auto. Y retornaba una noche al chalet y estaban esperándolo y había sido el tiroteo. Mariela había podido desaparecer. El no: estaba herido en un hombro, cayó comprometiendo a más gente, volvió a cantar todo. Jorge no era un héroe. Era más bien eso otro -me decía el Viejo-: un tarambana. A los fondos de la chacra de sus viejos había enterrado dos bolsos con dinero. Después de preso, acompañado por una guardia, volvió a buscarlos, ¡El muy inconsciente! Eso había conseguido: Mariela desaparecida, el Cacique sin poder llegar hasta su nieta, él preso y los italianos despavoridos mientras les escarbaban en el campo, ¿No los expulsarían a Italia, después de treinta y tantos años en el país? Y Jorge palmeando a los italianos y preguntando por la niña, como si tal cosa. O no, como si tal cosa no: como si fuera un héroe. Un inconsciente, me repitió el Cacique. La lista de sus víctimas estaba todavía incompleta. Un inconsciente, eso es lo que era. En Semana Santa al Cacique le volvió a dar el infarto y esta vez no pudo soportarlo. Margarita, al fin de cuentas, fue entregada a los italianos, que permanecieron en el país y se quedaron con ella. La niña con aquellos abuelos a quienes conocía tan poco y Mariela prófuga y el Cacique muerto. Sin preguntar nada, dicen los italianos, ni por una ni por otro ni por Jorge.

Sin preguntar por nada ni por nadie. Esos eran los grandes resultados que Jorge conseguía.

Pero ¿cómo habían vuelto al país? El Cacique no lo sabía y al hombre, al parecer, le urgía saberlo.

—Usted quédese aquí, le dijo. No trate de llegar a la niña, por ahora. Está incomunicada.

–éIncomunicada?, preguntó el Cacique. ¡Pero si tiene cuatro años!

—Incomunicada, se limitó a repetir el hombre, como si aquel viejo fuese sordo y estuviese a punto de hacerle perder la paciencia.

Y ahora, sentado a los pies de la cama, el hombre trataba de entablar un diálogo con ella.

-Quiero al Cacique, dijo la niña.

-¿El cacique?, se extrañó el hombre que desconocía la historia del apodo. ¿Te gusta jugar a los pieles rojas, eh?

-Llama Cacique al abuelo -informó la enfermera-. A

ese señor flaco que anda por ahí en el corredor.

El hombre debe haber estado al borde de inventar "Yo soy el cacique", en la suposición del juego de los pieles rojas. Pero la precisión de la enfermera había venido a arruinarle la ocurrencia.

—¿Así que el Cacique es el abuelo?, preguntó ya sabiéndolo, porque las preguntas sabidas ayudan a congraciarse con los niños.

-Quiero al Cacique -se redujo a repetir la niña-.

-Sí -cambió imaginativamente el hombre-. Ya vas a verlo. En cuanto me hayas dicho cómo vinieron. . .

-Quiero al Cacique.

—¿Viniste con el cacique?, preguntó el hombre para tentar un camino y sabiendo que no había sido así. ¿O viniste con Papá y Mamá? -Quiero con el Cacique, fue toda la variante.

—Puede hacerle mal —objetó la enfermera—. Tiene mucha fiebre.

-¿Viniste en un bote?, insistió el hombre, ignorando la observación. Se calló un instante, apeló a sus recuerdos infantiles: -¿En un canoa..., en una piragua?

La enfermera se lo refirió después, el Viejo me lo cuenta y agrega: —La niña es mucho más madura que Jorge. Por lo menos, no sé si creyendo que les daba horas, a Mariela y a él, se quedó calladita y no hubo forma. . . Ni canoa ni piragua ni nada de nada.

El hombre acabó por cansarse y dejarla. ¿O es que, de todas maneras, ya sabía lo necesario y el prófugo no podría escapárseles? Sentado a los pies de la cama, el hombre había hecho el gesto de remar, revolviendo unos brazos abiertos como aspas —había contado la enfermera—. Como si la cama entera hubiese sido una canoa y él estuviese allí embarcado con la niña y le tocara remar y fueran acercándose a la orille, llegando clandestinamente al país por el litoral del río. Como él suponía, y acaso fuera cierto, que hubiese llegado. La niña lo miraba con los grandes ojos de la fiebre, con los grandes ojos que había heredado del abuelo (siguen alumbrando en su cara infantil cuando ya la de él ha cerrado) y solamente repetía "Quiero al Cacique".

 – ¡Qué época!, dijo el hombre, al desistir. Los niños ya nacen enseñados. O los instruyen desde el día en que nacen.

La enfermera se atuvo a alzar las cejas, por todo comentario. Y el hombre: —Qué se va a hacerle. . . ies la guerra! Y encendió un cigarrillo.

Con los años pienso en Margarita y, como una imagen que va desvaneciéndose, en el Viejo. Ahora que ella ya leerá revistitas e historias de indios éno habrá empezado a comprender aquel sueño que quisieron incrustarle en la fiebre, aquella historia de caciques y de canoas y del río? Pero su héroe no puede ser Jorge, ella ha hecho un pozo de silencio para su nombre y lo ha enterrado en él. El héroe tendría que ser Cacique y acaso aquella pudiera ser, como se le antojó al hombre sentado a los pies de la cama, una historia de pieles rojas. Y el Cacique fuera llevándola a remo, en una noche de luna como la del jardín bajo el laurel y en una canoa que fuera de ellos dos y se deslizase por las aguas del ciclo, donde ella sabe muy bien que él estará siempre esperándola.

## LOS CANDELABROS

Sentada en el jergón, el block en las rodillas, escribe. Está sola. Han padecido en sitios diferentes. En sitios diferentes de la prisión y del cuerpo. En prisiones diferentes. Han padecido en sitios diferentes. Está sola. Escribe. Nada que contar: esta tarde recogen las cartas. Escribe, El también está preso; y preso, está lejos. El no le escribe, ni ella a él. ¿Se harían reproches, discutirían quién de los dos es el culpable (cada uno lo propondría para sí) protestarían que se aman? Entonces no se escriben. Escriben a parientes distintos. Cada uno a los suyos. Ella suplica, les suplica que no traigan fotos de él, atormentadas cartas de él, citas, párrafos memorizados (¿desfigurados?) de cartas suyos a parientes suyos. No, no por favor. Prefiere recordarlo como era, alegre, rotundo, dicharachero, no el desecho barbudo del que por un momento pudo despedirse en el juzgado, con quien por un segundo se cruzó en un patio, como uno puede cruzar a un perfecto desconocido a la entrada de un subterránco o en una plaza. No, eso no. No quiere sus cartas, no quiere sus dichos, no quiere su vieja foto. No podría soportarlos. Ayer fue aniversario de casados. Sentada en el jergón. el block en las rodillas, escribe.

Nada, no pasa nada. No dejan pasar nada. Ni libros ni manualidades ni cartas sin tachar. Nada. A veces, para romper ese vacío, inventa una silla, amuebla con la silla ese vacío, sienta allí una visita: conversan. Un amigo de infancia, hace años perdido. La madre. Conversan. Nadie interrumpe el diálogo, entre aquellas paredes desnudas. Nadie

interrumpe tampoco esta carta. Es mediodía, éserá mediodía? Nadie interrumpe, el tiempo no se corta, fluye sobre sí mismo, es uno solo. Sentada en el jergón, el block en las rodillas, prefiere no decir No pasa nada, Los días son horriblemente iguales, Las horas son eternas. Prefiere no decirlo, algo dentro de ella sabe bien que no debe decirlo. Los que esperan sus cartas ya lo saben, saben que los días allí y afuera son siempre iguales. Iguales cuando no peores. Piensan también, se dicen también que los peores han pasado: ella no ha podido aguantar, ella ha cantado. Ahora está fundida, se quedó bien pegada, está tranquila. Se quedó repegada y está vacía y está rayada. Rayada y todo, no pasa nada. Los días son iguales, en toda su extensión no pasa nada. Mañana, tarde, noche, tres grandes agujeros, un solo agujero. No pasa nada. Iguales, vacuos, la luz turbia del ventanillo taponado, èqué hora es? Todo igual: la luz sucia, el aire confinado, no permiten reloj.

Ayer fue nuestro aniversario y estuvo Walter. Puse una mesita entre los dos y cenamos juntos. Walter era otra vez el de antes, su cara afeitada, las mejillas más llenas, esos ojos tan vivos y negros que le conoces bien, ête acuerdas? Teníamos una botella de vino blanco para los dos, fue casi para él solo. ¡Dijimos tantas cosas, nos reímos tanto! Yo puse el pollo frío que mandaste, mamá. Lo partimos en dos, Walter lo manejaba con las manos, lo despedazaba, lo devoraba a mordiscos, lo hacía correr con grandes tragos de vino, que tomaba de la botella misma. Empezamos a reírnos, a hablar demasiado fuerte. Fui a la mirilla tapiada, escuché: nadie parecía darse cuenta. Cantó, fumó, llegó la hora de irse. Nos abrazamos y me besó; otra vez el de antes, su cara sin ninguna sombra, su risa de los grandes dientes. Se fue. ¿Cuándo volverá ahora? ¿Cuándo? Díganme cuándo.

El jefe toca el papel extendido sobre la carpeta de su escritorio, sus manos parecen haberlo torcido después de la lectura; levanta su vista al verla llegar. Le ordena que se siente, le pregunta. Sí, ella lo ha escrito, sí, ésa es su letra, la reconoce. Usted sabrá lo que es la censura: tenemos que leer todas las cartas. Sí, sabe. ¿Cuándo fue esto?, pregunta sin ningún tono, clavando el índice sobre el papel, como si todo le pareciese casual: casual la carta, casual la cena, casual el interrogatorio. ¿Cuándo fue? La carta tiene fecha, puede mirarla. Tiene fecha de aver y dice aver: fue anteayer. ¿Anteayer?, vacila el jefe, se quita los lentes, los deja reposar sobre esa carta que ella ha admitido haber escrito. ¿Anteayer a qué hora? Las diez de la noche, dice ella, ¿Las diez de la noche? ¿Y por dónde entró? ¿Entró quién?, ha estado a punto de preguntar; se ha distraído, vuelve en sí, el jefe no ha dado ningún sentido especial a su pausa. No sé: entró empujando la puerta, nada más. ¿Por dónde entró?, insiste él. ¿Entró adónde?, pregunta a su vez ella. Muy claro, parece estar diciendo él, los ojos sin pestañear. Muy claro: aquí, édónde va a ser? No sé, supongo que por allí. A la espalda de él está la ventana que da a una cuadra, con su suelo de adoquines; y al fondo de la cuadra está el portón. Señala el portón, al término del fugado en líneas de los adoquines. Supongo que por ese portón. Señala, estira el brazo de su traje gris de prisionera, un brazo que no puede traspasar los vidrios de la ventana, la presencia maciza del hombre ni el aire espeso de aquella habitación con banderas, trofeos, escarapelas, gallardetes, diplomas, ningún libro. El abre el cajón de su escritorio, hojea sus listas, ¿Las listas de los turnos de las guardias? ¿Anteaver de noche?, pregunta, repite abstraído más que pregunta. Anteayer 28, dice, apunta. Desliza la carta sobre la carpeta, hace viajar con ella los anteojos, la pone en posición oblicua, como si la agobiara menos alejándola un poco. ¿Y usted cenó con él? ¿Quién será él?..., vuelve a distraerse mirándole las manos cuadradas. Ah sí, sí señor, cené con él. Vamos a ver... su celda está en el segundo pabellón, tercer corredor, lee más que pregunta. Sí señor. ¿Qué número? Treinta y seis derecha. 36/d escribe él. ¿Y el número suyo? 286. Yergue la cabeza, la mira a los ojos. Todo esto es muy grave, usted se dará cuenta: muy-gra-ve. Ella afirma que sí con la cabeza, ya que él está mirándola. Todo esto es muy grave. Muy grave, muy grave, repite mecánicamente, mientras revisa las anotaciones. Muy-gra-ve.

Es un cuarentón largo, anchas espaldas de la camisa verdosa, patillas de un rubio que está tornándose ceniciento, ojos pardos. Muy grave. Rostro grave, piensa ella. Rostro noble. Fiarse de los rostros. Muy grave. La mira pero seguramente no la ve. Estará pensando en responsabilidades, disciplina sumarios, arrestos, castigos, cen qué? Ella no sabe, ella sí lo mira y lo ve, trata de adivinar: ella sí duda, comienza a temer. ¿Está haciéndolo en serio, lo hará por gusto? Al parecer sigue abstraído, la raya vertical partiéndole el entrecejo, absorto en su preocupación, en arrestos a ordenar, en el oficio al superior dando cuenta. ¿Y cómo pudo venir desde allá? ¿El? Sí, él, quién va a ser. Ella alza los hombros, no contesta: es un aspecto que no le concierne. Pregúnteselo a él, podría replicar y no replica. Pregúnteselo a él. ¿Cómo pudo?... Habrá que telefonear en seguida, alertar, tal vez piensa. ¿A quién diablos habrá convencido o a quién diablos habrá sobornado. . . cómo pudo?

Ahora la mira nuevamente, la mira como si recién la descubriese. Sus ojos tienen un primer destello: ¿A qué horas dijo que había sido? A las diez, las diez de la noche, responde ella. Piense bien lo que está diciéndome, no me mienta: a las diez de la noche. . . La luz se corta antes:

usted no podía tener luz a esa hora. Ahora sí hay raudales de luz en la pieza, luz en los ojos pardos, astucia. ¿Cómo hicieron? ¿Querrá decir cómo hicieron para verse las caras, trinchar mondar el pollo, tomar beber el vino? Habrá más cómplices, acaso esté pensando: alguien les dio la luz y esto es aun más grave. Siente que la maraña de su historia y la de los guardianes arrestados y la de los cómplices y la de los correos acabarán por envolverla. Por envolverla en razones e invenciones, en contradicciones, en careos, en castigos, en oficios, en expedientes, en sumarios, en supresión de cartas y visitas, en celdas de rigor. Mamá no lo creería y este señor lo cree, mamá no tendrá carta y no sabrá por qué le cortan la visita del domingo y este señor sí que lo sabe y puede cortármela. La suposición ha llegado, caminando solita, al pie del abismo: va a despeñarse por él. ¿Y cómo se alumbraron? Yo tengo, dice ella entonces, dos candelabros. Yo los puse en la mesa, yo los prendí. ¿Sabe por qué lo dice? Sabe o vislumbra. ¿Los prendió? Sí señor: Walter tenía fósforos, él fuma, ¿Prendió dos candelabros? Los ojos pardos destellan una luz más segura, una luz que no viene de los candelabros, una luz que le viene de adentro. . .

Permiso, mi comandante, entra y se cuadra el oficial. Ninguna novedad, todo en orden, sí señor. A una seña del brazo de la camisa verdosa, el oficial desaparece. Ninguna novedad, todo en orden. Tal vez haya inspeccionado la celda de cabo a rabo: habría encontrado los candelabros si estuviesen. De modo que. . . El jefe vuelve a ponerse los anteojos, los cristales le agrandan tremendamente los ojos, logran que sean enormes y gatunos. Desbordando el rostro, enormes y gatunos, esos ojos la miran. Dos candelabros, dice todavía. iMuy bien! ¿Candelabros de qué? Ella lo sabe ahora: un resorte se ha roto, dentro de ella se instala final-

mente la calma. Ha andado corriendo por las cornisas, ha vuelto a tierra firme, está cansada. Acaba de zafarse de su atadura, de aflojar los ligámenes de su porpia historia: está cansada, respira a profundidad, se toma su tiempo. Candelabros de plata, dice al fin. ¿De plata?, pregunta él, siempre rebota en nuevas preguntas lo que acaban de decirle. Piensa por escalones, interroga ante cada respuesta para tentar el próximo escalón. De plata. . . ¿quién se los dio? No puedo decírselo. Ella está muy tranquila, totalmente dueña de sí: sabe que ahora los dos han empezado, desde esquinas distintas, a jugar este juego. No puede decírmelo, muy-bien: ya se lo dirá a otro. Pero las posibles palabras de la amenaza no dibujan esta vez una amenaza, no quieren o no saben o no pueden dibujarla. Aquella boca carnosa articula con el tono de estar hablándole a un niño rebelde. Menos aún: a un niño enfurruñado, a un niño caprichoso. A otro, va a tener que decírselo a otro. Muy-bien, muy-bien. Sonrie apenas, lo borra en seguida. Hay un silencio de tal vez sólo un segundo, que a ella le parece de un minuto entero. Muy-bien. Ahora váyase. Ella se pone de pie. El hace un gesto al custodia. El custodia entra, se cuadra, espera: su experiencia le dice que el jefe no ha terminado. Llévela. Todavía la mira, sus gafas poderosas todavía la miran. No vuelva a encenderlos sin mi autorización ¿oyó? Dice que sí con la cabeza, que ha oído. No vuelva a encenderlos sin mi permiso: ésa es su idea definitiva acerca de cómo tratar a gente así. Ha terminado.

A gente así. Sentada en el jergón, el block en las rodillas, escribe. Nada: no pasa nada, nunca pasa nada. Otra carta en lugar de aquélla con cena y candelabros, otra carta en lugar de aquélla que no ha pasado la censura. Está escribiéndola équé decir? Me acuerdo, mamá, de cuando yo era chica y tú... Se abre la puerta de la celda, entra el guardia. 286, dice, el doctor quiere verla. Deja el block a un costado, se alisa el pelo con las manos, se pone de pie. El doctor, el doctor: ¿qué tendrá que decirle ahora a éste? Que me esperes, mamá, que me esperes un momento: después voy a seguir escribiéndote, después voy a contártelo todo. ¿Lo dejarán pasar? Ah, si lo dejan. . . iverás por fin qué carta!

### LA MASCARA

(In memoriam Clara Silva)

Clara acaba de morir, de casi setenta años. Me había prometido escribir esta historia y había agregado que se proponía dedicármela. La muerte le ha llegado sin dejarle cumplir la promesa, pero no tiene por qué haberse llevado consigo la historia. Una historia de la Unión, se dirá, que ya es un barrio con demasiadas historias. La Unión de Oribe y de los blancos, la Unión del ferrocarril de trocha angosta hasta los toros y del último ruedo que hubo en el país. Un barrio que no se han podido tragar los otros ni el casco mayor de la ciudad; un barrio con carácter, con tradiciones, con figuras que fuera de él parecen no haber existido jamás; un barrio con sus celebridades y sus poetas y sus historiadores y sus coroneles y hasta sus bromas privadas. Un coronel con nombre de calle fue el abuelo materno de Clara. Y por las calles de la Unión y por las veredas de la Escuela del Chivo -hoy una ruina, una casa descalabrada por cuyos patios de losas y pasto es fama que pacía un chivo- ha ambulado por los años de los años aquella mujer mitológica y errante, aquella horrible vieja pintarrajeada de grandes sombreros pajizos y cintas celestes y mechas amarillas teñidas, con sus medias blancas y sus zapatos encharolados de pulsera, aquel adefesio patético a quien los muchachos cantaban (de una generación a otra) arrebujados tras las esquinas, tras los portales, tras los balaústres de las azoteas: "Pepita

culito / la Flor de la Unión / que tuvo un hijito / y se le murió". La vieja casi no veía, cegada por sus cataratas; pero oía el estribillo y se orientaba por la voz. Abría entonces aquella cartera de hule que podría haberse supuesto llena de llaves y polveras y peines y estampas y coloretes y comenzaba a sacar de allí guijarros, que descargaba con una fuerza y una puntería impensables para su edad y para su vista. Pepita Culito, la Flor de la Unión: los vidrios de las casas, las lunetas de los zaguanes, por los alrededores del sitio de la voz, volaban en añicos, Y el formidable espectro de la mujer que tuvo un hijito y se le murió se plantaba frente a aquel panorama de vidrieras deshechas y lanzaba una carcajada ronca, de dientes desportillados, ¡Ahí tienen, griten ahora!... Pero chabía tenido un hijito de joven y ese hijito se le había muerto? No quedaba ya nadie con vida, de cuantos pudieron haberlo sabido.

Allí, en el centro de ese mundo de patios de damero y de macetas en los patios, había vivido la familia de Clara. Salvo el padre y un hermano que murió joven, puras mujeres. Por lo demás, en esta historia sólo habrán de aparecer mujeres. Así conviene a la imagen de una familia que se va muriendo. Mujeres y una sala de sillones enfundados y viejos espejos belgas de azogue picado y sillas de raso raído y consolas de caoba y jarrones y vasos de alabastro y acuarelas de flores y puertas de cristales con dibujos esmerilados y balcones cerrados, entre cuyas mirillas sin pintar crece el polvo.

Clara tiene siete años y conoce, desde los orígenes de la memoria, desde la raíz insondable del primer recuerdo en la infancia, la historia de la máscara. "Más que vidas —ha escrito Clara— son sueños / de encarnaciones delirantes". Eso son, justamente. Y es posible imaginarse a las cinco encarnaciones delirantes sobre la alfombra deshilachada, esa

alfombra que no quitaban, al cabo de los años, ni siquiera en verano, por miedo de que se desintegrase al alzarla. Son los sueños de cinco encarnaciones delirantes sobre el redondel gris y vinoso, a grandes florones, a grandes lunares de desgaste y cáñamo, de la alfombra. Son cinco figuras de negro y una niña inmóviles, esperando que llegue el carnaval, como llega siempre ya mediado el verano. Porque con el carnaval se repite, año tras año, la visita ritual de la máscara. La llaman así, en singular, por más que sean varias. Se prenden de la mano del llamador y golpean cinco veces, tiran del pasador de la puerta, trepan los cinco escalones del zaguán, franquean la cancel, ya están adentro. Máscaras de fantasía, ese sería el modo amable de llamarlas. Máscaras de mamarracho, dice la gente y parece más cierto. Porque la fantasía es una fantasía de esperpento, de hechuras contrahechas, de contrastes de trapos y harapos en busca del pavor y el sobresalto. Y un guante de encaje y un abanico de sándalo y tul o un antifaz de terciopelo son meras detonaciones terroristas en mitad de aquellos andrajos. O bestiales caretas de perros y caballos o la muerte y sus calaveras o la trompa y los dientes de un negro. Las máscaras: después no podrán ponerse de acuerdo en cuántas hayan sido cada vez, las inhibiciones del miedo les habrán impedido contarlas. Todos los años es igual, irrumpen: irrumpen gritando, chillando, golpeteando la mano del llamador, haciendo sonar pitos y matracas y cascabeles y bocinas. Todos los años es igual. Allí están, junto a las congeladas mujeres vestidas de negro; danzan contra ellas, casi las rozan, suelen abanicarlas con sus gestos, acariciarlas burlescamente con el volteo de sus capotes y sus chales. Chillan como pájaros monstruosos y gigantescos, gárrulos y amenazantes y oblicuos y horribles. Se diría que obscenos, pájaros con un plumón caliente de mujeres disfrazadas. Sí, porque son mujeres, de

eso no puede haber duda. En toda esta escena no entran hombres. Y esas mujeres disfrazadas vociferan, insultan, lanzan risotadas roncas o estridentes, hipos mucho peores que la carcajada triunfal de Pepita Culito al final de sus piedras. Son mujeres y aparentemente conocen la vida recóndita de las mujeres de la casa, suelen llamarles por sus nombres y despertarlas -apelándolas por sus apodos- de la inmovilidad tumefacta y aterrorizada en que las cinco figuras de negro lo presencian todo, sumergidas en una suerte de rigidez agarrotada, se diría que mágica. Pero hay una sola de aquellas máscaras que, en un momento dado, quiebra las reglas del coro funambulesco y avanza, rompe los movimientos del coro y se aproxima, se arriesga hasta tocar a las cinco figuras de negro y mezclarse con ellas, insultándolas entrañablemente. Sí, entrañablemente, confrontándolas al proceso, real o imaginario, de sus verguenzas más íntimas. Después tendrán todo un año, hasta el carnaval próximo, para analizar retrospectivamente lo que pudieran haber hecho, el tirón del antifaz para descubrir un rostro y una identidad, el abrazo para aprisionar a la figura principal y aspirarla y olfatearla y saber de quién son sus olores, su sudor, su aliento. Porque saben que tiene que ser alguien que las conozca muy bien y a quien ellas conozcan. Retoca, parodiadas, deformadas, caricaturizadas, envilecidas, las historias de aquellas cinco vidas y también las del último año, sabe los pensamientos más ocultos, los deseos reprimidos, el ardor de sus soledades de solteras o viudas, las concupiscencias silenciosas, como si hubiera estado todo un año escondida entre las sábanas y en medio de los malos humores de aquella casa, en la humedad de aquellos aposentos, en la lobreguez de aquellas expectativas truncas, sueños, devaneos, delirios, conatos. ¿Quién es, quién puede ser, existe? Bastaría, todas a una, aislándola del holgorio de las otras

máscaras, avanzarla y rodearla y tocarla y sumarse ficticiamente a su locura y comenzar súbitamente a desnudarla, Es posible que las otras no la defendieran llegado ese trance, es posible que en algún momento las demás también hayan sentido ganas de entregarla y de sacrificarla, como si aquel ser gárrulo y vociferante y feroz estuviera allí por un tenebroso designio de decir su parte y romperse, cantar su canto y quebrarse, disolverse y ser inmolada y morir. Mañana habrá pasado el carnaval y en la rueda de aquella casa volverá a hablarse de la máscara y no de las máscaras. No de las máscaras porque flota alrededor de todas ellas, en la tertulia, la sensación ominosa de que alguna de aquellas máscaras corales puede estar allí pero la diva no, seguramente no, como si la diva fuese una figura encontrada por las otras máscaras en la calle, recién cuajada en el aire de la calle, que las revolviese en el viento de la calle y las arrastrase hasta allí, sin confiarles quién sea, por qué lo sabe, qué sabe. No, no, es absurdo, las otras tienen que haberlo sabido y están ahora sentadas allí, comentándolo todo, con fingida o real - ¿quién fingida, quién real? - extrañeza. Sería tan fácil, de un envión, arrancarle su antifaz (ahora las toca) o esa careta, tomaria de una larga cabellera oculta, sujetarle el rostro, enfrentar ese rostro a los insultos, ponerla frente a frente a sus dicterios, asirla en sus descaros y marcarla. Pero no lo hacen y un año sigue al otro y las máscaras vuelven y las historias de frustraciones y calenturas y amores solitarios y viciosos, enlazados a nombres que por pudor allí nunca se han dicho, son cada vez más descarriadas y agrias y violentas y concretas e infames. Como si la teoría de las máscaras del coro fuera desorbitándose a medida que son más punzantes y soeces y certeros los dichos de la máscara cascada y horripilante y principal que ha dado el paso hacia ellas y les enrostra. Les enrostra no haberse acos-

tado, no haberse entregado al hombre que amaron pero haberlo llamado en la soledad y en lo oscuro, haber soñado con quitárselo a una amiga. El lenguaje no es tampoco el de la casa, el ceremonioso y castizo lenguaje de una antigua familia criolla; es algo así como un pastiche teatral y exasperado del lenguaje de la calle y sus crudezas, el lenguaje de gente más plebeya y más joven, una ola de palabras sucias que día a día lame las paredes de la casa y no se atreve a entrar en ella y una vez al año, en carnaval, salta todas las vallas y acomete e invade y se desmelena y se embriaga a sí mismo y acaba por derramarse en un tremendo espasmo, un espasmo que se produce como si recorriera el cuerpo de las cinco mujeres enlutadas y de las máscaras, un espasmo que nace tibia, tímida, titubeante, venialmente en las otras máscaras pero va calando de hondura y fuerza animal e impudor de hembra y furia de libido contagiosa las frases de la solista, hasta estallar en el terror, en aquella suerte de orgasmo de terror que las sacuda a todas y marque el momento en que la máscara, ahita, vacía, exhausta, vuelque sobre todas como un gran escupitajo de sus entrañas y haga ademán de agredirlas y parezca asquearse de verlas retroceder y tan mediocres y antes de que las otras máscaras, cubriendo las espaldas de su retirada, se tiendan a protegerla, corra de nuevo hacia el zaguán, baje en un vórtice los cinco escalones y, envuelta en el aura de sus últimos y más degradantes insultos, desapareza.

Están comentándolo, tienen la sensación abyecta de que alguna de las máscaras debe estar allí, sentada entre ellas —es muy chica su vida y muy corta su sociabilidad y son muy pocas las relaciones que les van quedando, las puertas que no hayan cancelado el pundonor y la pobreza y la muerte— y hasta tendrían que estar seguras de haberse mirado muy bien entre ellas para descartar que ninguna

de ellas haya sentido repentina afinidad con las máscaras y se haya sumado por un instante a la farándula; no, no, esto sí que es absurdo, las máscaras están muy cerca y casi las rozan y en sus cabriolas se les vienen encima pero proceden de otro mundo que ellas, llegan desde ese mundo abierto y a él regresan, no alientan día a día en el fondo de aquellos cuartos, no salen noche a noche -ardidas- al aire de aquellos patios, no ven caer todas las tardes la luz del sol entre aquellas lámparas. Pensarán que para algo tienen sus propias manos, que la próxima vez avanzarán hacia la máscara y le desgarrarán el antifaz y las vestiduras y cuando las otras máscaras ensayen una defensa ya se sabrá quién es la que importa y a las otras sólo las agitará la empresa de sustraerse ellas, de salvarse dejándola, como una manada fugitiva abandona a la presa que cae. Son cinco mujeres, diez manos que podrían hacerlo, pero un año pasa y otro llega y jamás lo hacen.

Clara ha nacido oyendo hablar de aquella historia atroz, la historia del carnaval y la máscara misteriosa que irrumpe en la casa una vez al año, como su fantasma domiciliario y diurno y recurrente. Ahora hace décadas que la familia, en cuanto tal, ha desaparecido y sólo vive allí la hermana mayor octogenaria que escribe poemas herméticos y entierra, bajo las baldosas del patio, a los gatitos que se le van muriendo y se obstina en no dejar la casa porque le resulta imposible, superior a las fuerzas que rigen el mundo y gobiernan su vida, abandonar a aquellos pobres cadáveres felinos y a la memoria de sus difuntos de familia.

Ahora la casa es una ruina y entonces todavía no lo era, aunque estuvieran ya como por caerse las cortinas y por desprenderse el empapelado y por derrumbarse apolilladas las sillas y por arquearse entre los lamparones de humedad de las paredes los óleos. Ya era la decadencia pero

aun no el colapso. La niña está allí, con su vestidito claro entre aquellas mujeres mayores de rostros de cera y ropas oscuras, cuando -sin que ella sepa que ya es carnavalllegan de pronto las máscaras. Y la mecánica repetida y triturante de aquella escena empieza de nuevo, se diría que sobre los mismos lugares marcados con tiza en la alfombra, se diría que repitiendo punto por punto, sitio por sitio, gesto por gesto y centímetro a centímetro el diseño de las veces anteriores. Y allí están las cinco mujeres de negro retrocediendo y las máscaras coristas con sus pasos iniciales desplegando la danza que abre el juego de la máscara solista y ya está la máscara solista más desenfrenada, más inspirada y mediúmnica que nunca, con su voz más ronca y desfigurada y vidriosa y abstracta, y todo empieza a grabarse otra vez sobre el horror de los años pasados y amenaza crecer sobre ellos. Y esta vez parecen ser, peores que las del presente, historias ocurridas o imaginadas, sentidas o fraguadas o inventadas por la avasallante murmuración del pasado, historias o chismes de la juventud de la madre, de amores o ambiciones o sueños o maledicencias invictas del tiempo muerto con su carga de muertos. Y la máscara ya va a lanzarse sobre ellas, planea para herir en el sitio justo, baja en anillos hacia las cinco mujeres inmóviles y azoradas, sin que la niña, asomando detrás de ellas y blanca y serena y curiosa, se le aparezca o represente o interese. Y apenas la máscara ha empezado, con una voz peor que la de siempre, ya más próxima a ellas, desafiándolas en la certidumbre de que no se atreverán a tocarla, la niña acepta el reto, el imprevisto papel que alguien, no se sabe quién, está adjudicándole en aquella escena, un papel no incluido en el diagrama ni sabido por nadie; y entonces, asumiendo años y años ajenos de perplejidades y de angustias, suelta una mano, abre mucho los ojos y la boca, apunta con el índice y exclama:

- ¡Yo sé, yo sé! ¡Es la prima Irene, es la prima Irene!

Citada desde la fama de sus pudores, traída desde la nombradía de su discreción y su beatería y su compostura, la prima Irene parece, es, tiene que ser un candidato imposible. Sí, seguramente lo es para todos, para las cinco mujeres de oscuro, para las máscaras si es que la conocen. Pero algo ha decapitado de un solo golpe la rapaz arrogancia de la máscara solista: se refleja en el pobre y lastimoso remedo que ella hace ahora de la voz de la niña. La niña ignora, a esa edad es venturosamente posible ignorarlo, el freno del ridículo e insiste, sobre su instinto enardecido y cándido:

- iEs Irene, es Irene! iYo sé que es Irene! iEs Irene!

Una extraña histeria se ha apoderado de la frágil garganta infantil y la cabriola de la máscara demuestra que esa fuerza crece y las empuja: las máscaras están ya contra la puerta de la sala, la voz de la solista se ha disuelto como en un gorgoteo, un estertor, un resuello jadeante y ronco, den una risa mordida por sus propios dientes?, den un alivio, al fin de cuentas?, den la inminencia de que, verdadera o falsa, la acusación de la niña rompe un mito, quiebra un maleficio, impulsa a un desenlace? Las cinco mujeres de negro avanzan ahora, aun sabiendo que Irene tan pura es inocente, ella tan bien hablada (dirán al día siguiente) ella tan tan tan púdica, Irene tan ensimismada y tan lectora y tan desasida y tan espiritual y tan virginal y tan distraída y tan desencarnada y tan beata, Irene tan Irene tan Irene tan...

Pero la máscara solista no sabe qué decir, el borbotón de tantos y tantos años de dicterios parece haberse cortado de golpe, el furor de aquel largo insulto como un cuajarón mucilaginoso y oscuro parece haberse agotado de pronto y aquel ser haber cortado sus amarras con la vida, haber palidecido y haber entrado en convulsión y haberse muerto. ¿Ha aparecido una víctima, inocente o culpable, se ha revelado un alma desconocida, qué contenidos violaría el ademán de las cinco mujeres que parecen haberse deslizado como a lo largo de cinco rieles, en el espejismo de haberse descongelado de pronto e ir a desautorizar o a confirmar, a bendecir o a castigar a la niña, a alcanzar aquel antifaz y arrancarlo?

La prima Irene tan tan tan... La máscara solista retrocede, las otras máscaras la rodean, la niña quiere adelantarse hacia allí, con una saña que no renuncia al miedo pero le salta por encima, investida súbitamente de una capacidad de odio o de desquite que deben estar insuflándole, desde su falta múltiple de inocencia a ella inocente, las cinco figuras adultas, sobre el friso revuelto y por primera vez agónico de sus trajes opacos.

La máscara solista vacila, se abate sin caer en el abrazo de las otras máscaras y, casi entre las manos crispadas de la niña, unas manos de siete años que no pueden pasar más arriba de las caderas o los pechos de las demás mujeres, las máscaras del coro la protegen y la envuelven y pitan y se contorsionan y se la llevan, antes, mucho antes de que ella haya podido decir algo absolutorio que sea audible por encime del estertor de su garganta: No soy Irene, No soy, Soy tan. . ., No soy.

El final del asunto, convienen al otro día en aquella casa, consiste en no contárselo a nadie. Tampoco habrá esta vez ruedas de parientas reunidas a recoger los chismes, a sopesarlos y trasegarlos, a preparar o a aprender, a ensa-yar la escena del carnaval próximo. Todas las máscaras se

han desvanecido, tragadas por la garganta de una niña de siete años. Ya no habrá carnaval próximo y a la prima Irene, tan ensimismada tan pura tan lectora tan temerosa de Dios tan beata tan casta, a la prima Irene no volverán a verla.

Envejeció soltera, murió hace tiempo: era doce años mayor que Clara.

# PALO DE ROSA

Llovía desde una semana atrás y el Arroyo del Medio no daba paso, ni siquiera en Calzada de Peláez. De modo que el pueblo había venido a quedar aislado, tanto por carretera como por tren, ya que el puente ferroviario estaba roto desde las grandes inundaciones anteriores y los trabajos de reparación aun no habían terminado. Aislado, sin comunicaciones con la capital de provincia ni con la capital del país. Y en esas condiciones, y precisamente en la primera mañana en que había escampado, Don Marcos Viana se sintió repentinamente mal, sentado en la butaca de cuero de su escritorio, mientras revisaba las cuentas de su última feria ganadera, cerrada un par de días antes de las lluvias. Se le cayeron las cuentas de la mano, pidió que le aflojaran la corbata y allí mismo, sentado con sus ciento cuarenta quilos y sus sesenta años, se quedó muerto. Alguien fue a dar aviso a Doña Sofía, preparamos el traslado en una vieja ambulancia y nadie pensó en el flamante Chevrolet Caprice, que seguía brillando vanamente en su vida de garaje, como si fuera un animal de establo, un campeón de cabaña.

Se quedó muerto sin haber estado nunca enfermo, muerto sin prólogo ni preparación: muerto. Y casi a renglón seguido de la sorpresa inicial, todos caímos en la otra: sucesivamente Don Marcos había tenido, guardados para sí, tres ataúdes. Y sucesivamente también, "uno es comerciante", los había vendido. De manera que ahora, con el puente ferroviario roto y la carretera bloqueada por las aguas, no había que pensar en que nadie pudiera conseguir-

le otro, un cuarto ataúd que Don Marcos no tuviera tiempo de negociar y se viese obligado a utilizar para sí.

No es justa la alarma de que en aquel pueblo no hubiera ataúdes. Por supuesto que los había, aunque no fueran muy buenos. Sí, los había, pero no para los ciento cuarenta quilos y el metro noventa de estatura de Don Marcos. Así que fui a dar las instrucciones más urgentes al carpintero del pueblo.

Por tres veces, a lo largo de los últimos años, Don Marcos había tenido la extraña coquetería de comprarse en la ciudad un bello ataúd, si es que puede hablarse de belleza refiriéndola a semejantes objetos. Aunque nunca le hubiera tocado morirse antes, parecía un consumado experto en ataúdes. Hablaba de los viejos ataúdes en forma de barca y de los nuevos ataúdes torpedo y razonaba por qué prefería estos últimos. Sabía apreciar los trabajos en la caoba y la buena mirilla del vidrio en óvalo, que se tapiaba a último momento.

Se iba a la ciudad y volvía, en cada caso, con su flamante adquisición. Viajaba en el salón de pasajeros, almorzaba y comía en el salón restaurante, fumaba en el salón de fumar y dormía en el vagón dormitorio, comprando las cuatro cuchetas del reservado, para que nadie lo molestara. Y el ataúd, fiel y sigiloso, lo acompañaba en el furgón de cola. Bajaba en el andén de la estación, tras habernos telegrafiado el anuncio de su llegada a la oficina de transacciones ganaderas; y estábamos esperándolo. No sé si lo esperábamos tanto a él como a la novedad del ataúd que cada vez traía; Don Marcos ya no tenía curiosidades para nosotros; sus compras —sus ataúdes, sus automóviles—sí.

Descendía pausadamente la escalerilla del vagón y desde el mismo andén dirigía la maniobra. Los peones de la estación se mezciaban a los de la barraca y juntos descargaban el ataúd del furgón. Venía siempre envuelto en una funda de lienzo, exactamente de la misma tela y del mismo color que los guardapolvos de los empleados de funerarias en la ciudad. Lo bajaban entre todos pausadamente, exagerando su peso o su fragilidad o la pompa debida a la operación. Sí, porque había algo de asombro o suspenso que no siempre son propios de la muerte pero se vinculan inevitablemente a su escenificación. Sabíamos que, envuelto en el sudario gris de lienzo, aquel ataúd no había sido aún inaugurado por su correspondiente cadáver y había viajado solo, sellado y vacío. Era algo así como unas exequias sin víctima ni héroe, un simulacro, un ensayo general. Pero a todos aquellos hombres (y lo mismo a nosotros que los mirábamos hacer, rodeando a Don Marcos como si fuera el deudo digno y circunspecto y principal) el objeto les inspiraba un sacrosanto respeto por sí y lo trataban con los más cautelosos y trémulos miramientos póstumos. Lo bajaban, lo llevaban en vilo hasta el camión cerrado del molino, pedido en préstamo para aquella emergencia. Don Marcos caminaba entonces hacia el Nash Rambler que yo había sacado del garaje y traído hasta allí para recibirlo (ni el Auburn ni el Chrysler habían participado en este rito, correspondían al tiempo pre-ataúdes); y después de haber saludado al jefe de estación que, con su quepis en mano, parecía trasmitirle -junto al estribo del auto- las condolencias oficiales, nos poníamos en marcha hacia la casa, donde Doña Sofía estaba aguardándonos.

Nadie podría haber establecido cuál era el origen de aquella extravagante y lunática manía de predisponerse los funerales. Era algo que Don Marcos había contraído en la ciudad y no nos tocaba juzgarlo ni averiguarlo. El mencionaba —como una coincidencia fortuita, que había descubierto después de los hechos— el caso de la gran Sarah Bernhardt,

"la divina Sarah", que se había mandado hacer un féretro en bois de rose y, en sus tournées por el extranjero, lo llevaba consigo, guardándolo debajo de su cama de hotel. Don Marcos nunca había visto a Sarah Bernhardt en el teatro. aunque sí su foto en las revistas, el poderoso perfil enmarcado en un círculo de guirnalda art-nouveau. Y sabía de ella esto y nada más, como sabía y contaba la muerte de Isadora Duncan, estrangulándose con el chal enredado a la rueda de su automóvil, sin haberla visto nunca danzar ni saber siquiera cuándo y cómo y dónde lo había hecho tan famosamente. "Pero no es en bois de rose, como el de Sarah", precisaba. Don Marcos no sabía francés y las palabras bois de rose le hacían fruncir la boca casi en redondo. encrespando su bigote atusado. Decía "buá de roz", alguien había querido enseñarle a pronunciarlo (como le habían enseñado a decir Sará, turné y arnuvó) y la lección había servido a medias. "No es en buá de roz y yo tengo todavía mis dos piernas", bromeaba. Luego, alentado por las risas: "Y lo guardo en el altillo del garaje, no debajo de la cama. . . Cómo no ¡Sofía iba a dejarme!" Eran ataúdes para ciento cuarenta quilos y un metro noventa, la Divina Sarah no habría precisado tanto. "Con una sola pierna como al final tenia..."

Todo su formato de la vida era en grande, salvo la incongruencia de no haber tenido hijos, lo cual (naturalmente) era culpa de Doña Sofía. El primer auto que le recordábamos era un Auburn larguísimo, una especie de perro salchicha de los automóviles, con traspontines de peluche que nadie utilizaba nunca y un enorme interior de espacio flotante, donde la corpulencia de Don Marcos y la flaca menudencia de Doña Sofía contaban lo mismo; es decir, no contaban. Después del Auburn vino el Chrysler y después el Nash Rambler, que marcó una época. Y ahora, comprado pocos meses antes de la muerte de Don Marcos, había sido el enorme Chevrolet Caprice, de color amarillo patito. A diferencia de los ataúdes, los autos eran elegidos por catálogo, sin moverse del pueblo, y la agencia de la ciudad los traía rodando y llegaban solos y eran entrados al garaje (alguna vez esa índole de primicia estuvo a mi cargo) sin ningún aspaviento. Y cuando Don Marcos resolvía desprenderse de ellos, los vendía en la ciudad y alguien venía a buscarlos y desaparecían tan sin ceremonia como habían llegado.

La gente se preguntaba por qué Don Marcos se compraba un ataúd por vez y no dos. ¿Es que no pensaba en Doña Sofía? Bueno, explicaba con indulgencia Don Marcos. A Sofía no le interesan estos líos de ataúd y mortaja. La tienen sin cuidado. Lo único que me ha pedido es que, si ella se muere antes, le mande oficiar misas todos los meses. ¿Y si usted se va antes?, nadie se animaba a decirle "se muere". Ah bueno, si lo veo llegar le dejo pagadas las misas por un montón de años. Pero no lo había visto llegar.

Experimentó un grave asombro cuando murió la madre de los molineros, una dama casi tan vieja como el pueblo (se decía que había pasado hace tiempo los noventa años) y los tres hijos vinieron a visitarlo pidiéndole, como un favor muy especial, que les vendiera el ataúd que guardaba en el altillo del garaje (era el primero). "No había pensado nunca en eso", dijo Don Marcos. "Créanme que no lo tengo para negocio". Los otros estuvieron de acuerdo, pero adujeron treinta años de buenas relaciones comerciales, en el curso de los cuales alguna señalada vez habían ayudado al escritorio en circunstancias críticas. Don Marcos no supo o no quiso resistirse. Y sin consultar a Doña Sofía, que lo habría desaprobado, sacó sus cuentas y vendió el primer ataúd. Les había dado las condolencias y, ya todos tranquilos y con el ataúd apalabrado, hablaron del costo de la vida. . . y de la

muerte. "No quiero ganar nada, se imaginan", añadió. "Voy a aplicar tan sólo el criterio de la inflación". Los otros rehusaron cortésmente acompañarlo en el cálculo. "Lo que sea, es pot Mamá". Don Marcos pasó al cuarto contiguo, donde tenía la caja fuerte. Consultó allí la boleta de compra del ataúd, que no mostró; hizo un cálculo mental de los índices de aumento en los dos últimos años y puso un precio, que fue inmediatamente aceptado.

No sin íntimo desencanto, con un sentimiento de frustración (aquel ataúd tan hermoso bajaría a tierra sin discursos) Don Marcos fue a la casa mortuoria. Los hijos presidían aquel duelo cuyo centro era el ataúd y no tanto la anciana. Y ellos, visiblemente orgullosos y trajeados de negro, parecían rezumar satisfacción, mientras recibían los esponjosos saludos de condolencia, convención que cuando el muerto tiene más de noventa años trasunta augusta serenidad, por no decir conformismo; acaso no se trate más que de meras expresiones de una urbanidad mutuamente resignada: la de dar un pésame, la de recibirlo. Pero los tres hijos parecían henchidos, haciendo su guardia de honor filial alrededor del ataúd y de la difunta. Henchidos, como si dijeran: "Ahora sí que Mamá está bien. Hemos hecho lo más que podíamos hacer por ella. ¿Qué tales hijos somos?"

Y Don Marcos empezó a sentir, contra su chasco preliminar, una cálida irradiación de prestigio, que parecía llegarle desde el ataúd y envolverlo de pies a cabeza. Se sentía investido por los demás de la condición de filántropo, de prohombre: lo saludaban con una amabilidad profunda, lo mimaban sin ser un deudo. Gracias a él era posible toda esta satisfacción, todo este boato, desproporcionado a la pequeñez y al virtual anonimato de la anciana, perdidos dentro de aquella nave demasiado imponente. En los primeros meses de cada automóvil, las puertas del garaje permanecían casi todo el día abiertas, con los más variados pretextos de limpieza. Pero aquello que Don Marcos pretendía que fuese algo así como su salón privado del automóvil —del único automóvil rumboso del pueblo— no llegó nunca a interesar demasiado. Y si en los tiempos del Rambler la gente empezó a pasear por la vereda y a mirar no tan furtivamente hacia adentro, no fue para apreciar los niquelados del auto ni sus amenos colores sino, vanamente, en busca de que una ojeada descubriese un flanco del ataúd de turno (élo tendría desenvuelto?), con esa suerte de morbosa indiscreción que nos lleva a inclinarnos hacia el húmedo interior de los nichos, al ir a un entierro. Pero el ataúd, celoso de su intimidad, jamás se dejaba ver; y el auto, una vez mirado, carecía de misterio.

Lo levantamos del sillón ya muerto y lo llevamos a su casa. Como si hubiera estado esperando por muchos años que aquello ocurriese algún día y a ella le tocara presenciarlo y disponerlo, Doña Sofía -con valor espartano- ordenó que lo acostaran en el lecho matrimonial, sacó del ropero unas sábanas con vuelta de bordados, extrajo del cajón de la cômoda un crucifijo de madera y nácar y lo puso sobre la vuelta misma de la sábana, casi rozando el mentón de Don Marcos, que apuntaba a lo alto. Entraba a la eternidad escudado en Cristo, por más que hubiese sido un ateo empedernido toda su vida. Conocía y formulaba siempre los clásicos argumentos del siglo XIX sobre la inexistencia de Dios; y la muerte misma le merecía, por no ser la suya, pomposos sarcasmos, forma de exorcizarla para que no se le arrimase. "La última morada", "Un caso de necrópolis", "Se ruega no enviar corona" solía decir cuando hablaba de las desgracias sobrevenidas a sus amigos y por más que ellas lo afligiesen de veras. Y uno de sus cuentos predilectos era el de aquel

fotógrafo de campaña, en los días lejanos de su infancia rural, un "artista" a quien convocaban a fin de que posaran por última vez, ante él, los muertos. El les ponía alumbre en los párpados, haciéndoles abrir desmesuradamente los ojos; así les tomaba una instantánea póstuma, en ruedas domésticas cuyo truco de naturalidad debía ser (el artista lo recomendaba) que nadie pusiese cara de circunstancias, por más que el difunto expresase demasiado asombro en la mirada, tan sólo por hallarse una última vez en familia. Don Marcos admiraba al mítico artista, lo proclamaba un campeón ignoto de la inmortalidad, escarbando -decía- allí donde ya nada existe, ¿Y Dios? "¡Donde ya nada existe!", insistía con su voz más autoritaria, la de cerrar tratos ganaderos y precios de las haciendas. "Donde ya nada existe o donde existe nada más que la Nada. . . "; y aquí hacía el gesto bonachón de no querer meterse en honduras. (Pero Dios existía y había hecho desaparecer aquellas poses de los ojos enormes: la leyenda del fotógrafo de ultratumba se había quedado sin una sola imagen que la ilustrase.)

No sólo en busca de ataúdes viajaba a la capital, adonde habitualmente iba solo. No tenía hijos, Doña Sofía mantenía la sensatez de no acompañarlo casi nunca. Y él alojaba siempre en el mismo hotel, comía en el mismo restaurante y frecuentaba el mismo prostíbulo. Disfrutaba de que lo conocieran y le llamaran Don Marcos. La ignorancia de la gran ciudad le causaba el mismo malestar que la Nada; y sus exigencias de novedad no le reclamaban cambios, de una vez para otra. Como si toda su fantasía creadora se desfogase en ataúdes y automóviles, no en mujeres ni en manjares ni en aposentos de hotel.

El segundo ataúd, ya un ataúd torpedo, se le fue de las manos sin mayor asombro ni siquiera extrañeza, por el canal que había abierto el precedente de la otra vez. "No hay cosa

de la vida de la que no pueda salir un negocio." No hay cosa de la vida ni cosa de la muerte. Un estanciero, grande en todo sentido como él, un criador que le enviaba el ganado a sus ferias y libraba órdenes de pago contra su escritorio, murió poco después de la llegada del segundo ataúd; y esta vez la relación de intereses era mucho más estrecha que con los molineros. "Vamos a ver" -decía Don Marcos, hojeando su Libro Mayor, donde parecía inverosímil que pudiese haber anotado sus expensas funerarias (¿o es que anotaba allí el precio de las reses que cada vez remataba, las del mismo difunto acaso?)-. "Va-mos-a-ver", lamentando que la frase no tuviera más sílabas. "A los precios de la época, ese ataúd me costó tantas vacas. . . ¿Cuánto importa hoy el mismo número de vacas? Eso es lo que vale hoy el ataúd éno es así?" Estos deudos tampoco querían discutirlo, no estaban allí para regatear. Era el argumento pertinente, dijo él, visto que los demás no le ayudaban. El criterio de la valorización: una variante del criterio de la inflación, que había sido el canon de la ocasión anterior. "La gente fuga ante la moneda, hay que atenerse al precio de las vacas." Y era el argumento pertinente -esto se abstuvo de explicitarlo- porque el difunto era un estanciero de los grandes y no sólo por su cuerpo; y el año había venido muy benigno y sus campos estaban llenos de un hermoso ganado Hereford. Los pastoreos estaban repletos -esta noticia se la había dado el mismo muerto, al traerle unos últimos novillos a la feria, quince días atrás- y había tenido que tomar potreros a pastoreo, arrendándolos. Porque aunque sus pasturas fueran excelentes, no le iban a alcanzar si no aliviaba un poco los

Esta vez no sintió la nostalgia del espacio vacante en el ataúd. El difunto era también obeso y enorme, lo ocupaba tan bien como lo habría hecho él, sin despreciar. Y buena persona y gente muy pudiente y buena pagadora. Claro, tampoco habría discursos, sus ataúdes parecían predestinados a irse sin palabras, sin mayores oraciones fúnebres, al menos laicas. Responsos sí que habría, porque el finado y su familia eran grandes contribuyentes de la Iglesia. Dios volvía a meterse en sus historias.

Cuando mandó traer el Rambler, la cosa causó alguna sensación. El Nash tenía más forma de carroza que el Auburn y que el Chrysler y estaba pintado a zonas, en colores gris perla y rosa fuerte. "¿Qué le habrá dado a Marcos por comprarse ese auto tan charro?", preguntaba a sus amistades Doña Sofía, en lugar de preguntárselo directamente a su marido. "Si parece un helado de nuez y frutilla..." Pero en el pueblo no había helados y la comparación sólo revelaba que Doña Sofía, las pocas veces que iba a la capital, frecuentaba las confiterías y saboreaba exquisiteces de las que allí nadie tenía conocimiento. Tal vez por eso mismo, en la primera oportunidad siguiente en que ella lo acompañó a la ciudad, le hizo adquirir una sorbetera. Era un cilindro de latón, pintado de color castaño y con letras doradas que publicaban su marca: "Sorbetera Paris". El nombre de la ciudad luz estimulaba una promesa ilusoria de grandes refinamientos. . . Era, Doña Sofía lo explicaba, como un balde de dos caras circulares con tapas opuestas. Tras levantar una se echaba la crema, tras levantar la otra el hielo picado y la sal gruesa. Y cada tantos minutos, en el reloj de bolsillo de Don Marcos, había que invertir el tarro, hasta que la crema se solidificaba y el helado (el sorbete, como decía con malicia Don Marcos) quedaba listo. Doña Sofía invitaba a sus amistades y, a mucho menor precio que el Rambler, la sorbetera fue de mucho mayor utilidad. Los caminos por los alrededores del pueblo eran horribles y el Rambler casi nunca salía, se lo pasaba en el garaje. La sorbetera, en cambio, era

una especie de elepsidra gustativa que producía helados dos o tres veces por semana, durante los meses de verano. Y a media tarde, mientras nos sofocábamos en el escritorio, era una bendición ver llegar a la mucama de Doña Sofía con una bandeja y los platillos rebosantes de helados (eso sí, siempre de crema).

Hice el encargo al carpintero y le recomendé que el trabajo estuviera pronto para el próximo mediodía. Doña Sofía había dispuesto que el entierro fuera a la tarde del día siguiente, con misa de cuerpo presente; las misas que Don Marcos había prometido arreglar para ella se habían trocado en liturgias para el propio provecho de su alma de ateo: otra vez Dios.

El carpintero opuso toda clase de inconvenientes, pero los argumentos de la necesidad y del dinero acabaron por rendirlo. Además, le dije, será un ataúd provisorio. En cuanto se lo dije, sentí que era un contrasentido hablar de ataúd provisorio. Pero la creciente acabaría por ceder, el Arroyo del Medio volvería a dar paso y haríamos venir un ataúd—el cuarto ataúd— desde la ciudad. ¿Y entonces qué?, preguntó el carpintero. "Y bueno, en cuanto llegue vamos a trasegarlo", expliqué. No dije exhumarlo, dije trasegarlo. Como si aquel rollizo cadáver fuera un líquido y todo consistiera en pasarlo de una damajuana a otra. O como si fuera un helado de la Sorbetera París,

No sé si al carpintero lo alivió o defraudó la evidencia de que su obra no sería definitiva, perdurable, eterna. El hombre estaba ahora reducido a la chatura de aquel ambiente, pero antes —en su juventud vivida en la ciudad—había sido un artesano con pretensiones de artista. Con pretensiones y fracasos de artista. No se había perdido ninguno de los tres entierros hechos con los ataúdes de Don Marcos. No se los había perdido, aunque lo dejara indiferente el

destino de los tres difuntos que los ocuparan y aunque no pudiese haber sospechado que algún día la suerte habría de depararle la ocasión de ensamblar, bien que provisorio, el cuarto ataúd y ése fuera precisamente el consagrado a Don Marcos. Había seguido paso a paso los tres ataúdes, sin importarle nada sus usuarios: los había seguido de muy cerca, observándolos como obsesionado y dando la impresión de que envidiara —de un modo ambivalente o, mejor dicho, ambiguo— la circunstancia de no haberlos hecho o de no ir dentro de ellos. Hasta que ahora le había tocado. . .

El Chevrolet Caprice había llegado hace pocos meses y carecía literalmente de historia. A pesar de que era espacioso, de un tamaño exagerado por su color amarillo clarito, Don Marcos —con su abdomen— ya no se sentía cómodo detrás de su volante. Y el Caprice, haciendo honor a lo baldío de su nombre, se lo pasó a quietud en el garaje, excepto las pocas veces en que yo lo saqué. Creo que la última fue, justamente, para que Don Marcos asistiera al entierro del juez.

Y ésta es la historia de la venta del tercer ataúd. Las dos primeras veces fue, acaso, inconfesadamente por negocio, por instinto mercantil irrefrenable, tan fuerte como la vida, en días en que la vida se le presentaba a él como muy fuerte. La tercera vez fue por un sentido crepuscular de las conveniencias sociales y del qué dirán, cuando quizá dentro de él mismo y sin que él lo supiera algo estaba royéndolo, incubaba en su interior el pequeño huevo puesto allí por la muerte.

Porque Don Marcos detestaba al juez, aquel sujeto esmirriado y angosto, de hombros vencidos y tez biliosa y lentes de cristales espesos como culos de botella. Ni le gustaba ni lo quería ni había podido imaginarse nunca que

tuviese dinero. Y no lo tenía, claro está, como juez que era; pero tenía amigos poderosos, también como juez que era.

Y esos amigos debieron desplegar esta vez —para persuadir a Don Marcos— mayor esfuerzo que los deudos de la viejecita y los parientes del estanciero. Es el tercero que he traído y esta vez lo he traído realmente para mí, decía (y sentía) con verdad. Detestaba al juez, que una vez había fallado en contra de sus intereses; una sentencia estúpida e injusta que, sin embargo, había sido confirmada por la Cámara de Apelaciones de la capital de provincia.

Pero no es sólo que le tuviera rencor. Es que lo consideraba un personaje ínfimo, sin prestancia suficiente para ocupar su tercer ataúd. Lo que no le había importado mucho en el caso de la nonagenaria -la sensación de holgura de lo sobrante- le punzaba ahora, casi como una recriminación contra el prodigio del ebanista. Del ebanista o como se llamara, porque el féretro era siempre de caoba. La sensación de aquel hombrecito enteco flotando dentro del ataúd como en un traje demasiado grande, le resultaba irritante. De lo irritante a lo cómico cuando fue al velorio y vio que el juez, a quien todo el mundo -por su gran miopía- no había conocido sino detrás de aquellos lentes como faroles, vacía en el ataúd con los anteojos puestos. De lentes y con los ojos cerrados; le dijeron que, si se los hubieran quitado para su última presentación, no habría parecido el mismo, acaso no hubiese sido reconocido por nadie. ¿O es que presumía de ver el Más Allá -la Nada de Don Marcos- y sentenciar sobre la Nada, como no había dejado de hacerlo durante toda la vida?

El juez, en sus devaneos y melindres sobre la muerte —llamados a imitar a Don Marcos, por quien él sentía también gran inquina, para retribuir atenciones— había solicitado que lo enterrasen con un solo de violín. Una parte de violín solista del Concierto en Re Mayor Opus 61 de Beethoven. Pero era un fragmento jocundo, vital y exultante. Nada que ver con las compunciones y las elegías y las cavernas de la Muerte. Lo había pedido para hacerse el culto, el fino, el melómano. No había violinistas en el pueblo y a nadie se le ocurrió —aunque esa vez el arroyo estuviera dando paso— ir a buscar alguno a la ciudad. Alguno que no habría tenido tiempo de ensayar o no habría hallado la partitura y al final habría cobrado como si fuera Heifetz. Suprimieron el violín y, en reemplazo, se movilizaron hacia el tercer ataúd de Don Marcos.

El se resistió de entrada, pero acabó por aflojar. La primera vez había optado por el criterio de la inflación, la segunda vez por el de la moneda obsidional. Esta vez se impuso, como una venganza, el criterio de la reparación. Pidió según costos actualizados e incluyó, aunque sin intereses, la suma que había perdido con la maldita sentencia. Por dignidad omitió mencionarlo; pero lo hizo.

No pensó en concurrir al entierro, porque despreciaba al juez. Pensó que con haber ido al velorio alcanzaba con creces. E incluso cuando decidió hacerlo, no quiso conducir él; y fue la última vez que yo saqué al Caprice del garaje.

Tal vez asistió (imposible saberlo hoy) para recibir plácemes, porque el tercer ataúd era el más hermoso (y había sido el más caro y también el más lucrativo) de los tres. Pensó que iban a agradecerle más que nunca su magnanimidad de desprenderse de lo más suyo; y fue la vez en que se lo agradecieron menos. ¿O es que ya se le veía decaer?

Hizo abstracción del juez, a quien detestaba. Lo exasperó la presencia de algo que las dos veces anteriores había echado de menos como una falta: esta vez habría discursos, los discursos mentirosos y grandilocuentes que se dicen en estos casos. Los discursos que, un mes y días más tarde, ni cuando lo enterrasen en el ataúd provisorio ni después, cuando lo trasegasen al definitivo, habría para él. Porque Doña Sofía, como mujer a la antigua, no iría al cementerio; y faltaría todo otro tipo próximo de deudos. Y es en definitiva para las orejas de los dolientes que se dicen tantas frases en los cementerios.

Viéndolo quedarse hacia el fondo del cortejo, pensé sin embargo algo diferente; y ahora (confirmado como ha sido por las circunstancias) debo decirlo. Pensé que acaso Don Marcos se figuraba esta vez -mientras seguía a su encmigo- que se estaba acompañando a sí mismo; y es posible que aquello haya sido profético, Porque se ve que ya habían puesto dentro de él el huevito de la muerte, si es que no lo llevamos en las entrañas desde el día en que nacemos. En las otras oportunidades se había podido despojar de sus ataúdes por un cálculo actuante, con una desenfrenada certidumbre de impunidad. Aquellas negociaciones sobre la muerte de los otros eran, paradojalmente, actos que hacían circular en él la vida. Ahora no. Ahora algo secreto (aunque no tan secretamente mustio en él) debería estar diciéndole que se deshacía de un bien propio, casi de un pedazo irreponible de sí mismo. Y que lo había hecho por alguien de quien abominaba y porque, a esa altura de su existencia, ya no era capaz de ese coraje que dictan los cálculos de la ventaja y el triunfo en la vida. Ya no tenía tal coraje e iba a lamentarlo si es que la forma de llegarle su propio fin le daba tiempo y ocasión para recapitular. Por suerte para él -se los digo yo, que fui quien le aflojó la corbata- no tuvo ese tiempo.

### LA ESCALERA DE MARMOL

¿Por qué lo hice?, me he preguntado durante mucho

tiempo. ¿Por qué lo hice? Hasta que ahora. . .

Yo no había vivido nunca en ninguna quinta, no podía añorar por tal razón —haberla bajado de niño o algo así—aquella escalinata, la escalinata de mármol de los accesos de una casa en alto, tal cual esplendía en mitad del local de remates, usurpando tanto sitio como jamás lo viese allí ocupado por objeto alguno. Descartamos, pues, la nostalgia. Nunca había contemplado a mi padre descender por gradas tan pomposas, nunca había sorprendido a mi madre cuidando el paso de su falda ante escalones tan espectaculares, con sus contramarchas del mismo mármol y sus balaústres (el tamaño del armatoste me impide hablar de meros barandales, sería menospreciar la grandeza de la concepción). Ni tengo la imagen de ningún minué bailado hasta su borde: no soy tan viejo, no fui tan rico.

Debo descartar igualmente el desco de posecria. Porque hay formas arrogantes del desco de posesión que se parecen a la nostalgia; y que, en casos como éste, tal vez supongan una falsificación de la nostalgia, la farsa de una nostalgia vergonzante: la de no haber sido, la de no haber tenido. No. Yo no soñaba con disfrutar ningún palacio que empezara por aquellos peldaños brillantes, teclas sobre el verde jugoso del césped, placas cegando al sol contra la orla de una vereda oscura. No proyectaba encargarlo, no tenía esa quimera. . . porque, con mis medios actuales, no habría sido otra cosa. Mi mujer, después de irritarse por la compra (debe haberle

parecido el mayor de cuantos despropósitos yo haya cometido. . . y me conoce muchos) asumió el partido del sarcasmo, "Me recordás aquel sujeto que llevó un elaxon a una fábrica de automóviles y ordenó: Póngale lo que le falta hasta completar un auto. . . ¿No estarás pensando en completar una mansión señorial? . . . Tendrá que ser de estilo francés, en tal caso, porque la escalinata te lo da como pie forzado. . . ¿No querrás agregarle un pórtico Virginia? . . . No le iría para nada".

La escalera, transportada pieza por pieza, escalón por escalón y contramarcha por contramarcha, con su antepecho y sus balaústres, había sido armada bajo mis órdenes contra la pared ciega del galpón de herramientas y la llenaba por entero. De modo que, sentándose en sus gradas, uno quedaba cara a cara a la puerta, enfrentado al panorama del laguito y a su escenografía de cacharros flotantes. Parecía un lujo irreal para semejante paisaje.

¿Por qué lo hice? volví a preguntarme al verla emplazada allí, armada pieza por pieza, como un juego infantil de construcciones. ¿Por qué lo hice? Creo que me provocaba como objeto, sin más. Y por una suerte de inverosimilitud que se desprendía de él. Yo sabía cómo había llegado hasta el galpón, vo lo había subastado y hecho transportar. Pero ccómo había viajado desde sus orígenes hasta el local de remates? Y ese "cómo" aludía no sólo a la forma en que hubieran podido traerla hasta allí, a las operaciones de su transporte (más lejos fue a dar el obelisco de Luxor, pero por eso se ha grabado la explicación de la hazaña en su base) sino a la historia de desmembramiento, de descomposición y de ruina que hubiera concluido haciéndola figurar en una subasta céntrica y ya no en un barracón suburbano de material de derribos. Y aun en éstos, no es frecuente ver escalinatas de mármol entre los objetos de desecho que juntan,

en portentosa mezcolanza, quienes viven de la usura de las demoliciones. Azulejos o paneles de roble arrancados a las paredes, artefactos sanitarios, baldosas que esculpen un portavasos incrustado, pedazos de cañerías, grifos, bañeras antiguas con sus patas como garras, ventanas, rejas, molduras de yeso del artesonado es frecuente hallar. Una escalinata de mármol íntegra y desarticulada, descuajada de un frontis que no se subaste con ella, no.

Voy siempre a los remates y sé que todo objeto, por estrambótico que parezca, encuentra allí su comprador. Y hasta se diría que en cualquier exhibición de extravagancias a subastar, las mejores notas de originalidad acaban siempre por corresponder al comportamiento del público.

"Esta magnífica escalinata —comenzó a perorar el rematador— perteneció a una vieja y noble mansión patricia": tenía que aparecer el adjetivo. "Patricia", ya casi no hay familia de la clase media que no tenga una hija con ese apelativo; y como en el cuento de mi escalera, peldaño a peldaño, el nombre está bajando a ser la tentación de las clases populares.

La historia que estaba relatando el rematador era seguramente apócrifa. Y yo no me aplicaba a escucharla, aunque me interesó algo más cuando aseguró que no faltaba una sola pieza, que había sido desarmada por expertos y que cada una de las partes, como una ficha de dominó (debe haberle parecido ingenioso sentirlo y decirlo así) estaba numerada al dorso.

Creo que si habla un solo minuto más no me animo a pujar por la escalera. Cada vez que ante mí se encarecen públicamente las virtudes o ventajas de precio de un objeto—así sea un paquete de pastillas en el ómnibus— me encojo, siento el pudor de aparecer como embaucado a los ojos de los demás si, por otros motivos que aquéllos que aduce el

vendedor (puedo haber descubierto repentinamente la necesidad de un bolígrafo pero no puedo aparecer creyendo que estén garantizados sus tantos y cuantos quilómetros de escritura) me adelanto y lo compro, dando de hecho por bueno el discurso que acabo de escuchar y no me interesa. Por suerte el rematador se detuvo allí y, visto lo insólito de la oportunidad, pidió a la concurrencia una cifra para empezar. Yo postulé un precio, en la certidumbre de que sobrevendrían otros. Pero no hubo ninguno más y, tras alguna vacilación y musitando que era un regalo, el martillero me adjudicó la escalinata y uno de sus ayudantes me instó a pasar después por la oficina.

Tendría que confesar (y lo haría si tuviese por cierto que haya sido así) que fui asaltado por el deseo impertinente de descollar entre aquella fauna de lunáticos. Por supuesto que, de ese día en adelante, sería individualizado como "el loco que compró la escalera de mármol". iGran título!

La numeración de las piezas fue providencial para el traslado hasta el galpón de nuestra casa, hacia los fondos del predio y a orillas del Arroyo del Molino. Porque había sido hecha con el criterio exacto de armar un rompecabezas, por un genio del puzzle. No pensé, por mi parte, en el juego del dominó, que me parecía tan obvio, sino en un viejo film de Robert Donat (creo que se llamaba "El espectro errante") en el cual un magnate yanqui adquiere en Escocia un castillo y lo transporta a través del océano, numerado piedra por piedra, sin advertir que, con la mampostería, se le cuela también el fantasma del castillo.

Está de moda rebuscar en la infancia. De niño, habré estado varias veces de visita en casas con escalinatas. Pero no tengo de ellas ningún recuerdo especial, ninguna evidencia de que me hayan llamado la atención, impresionado y mucho menos fascinado. Nunca he erigido escalinatas en mis

sueños, ni en los más plácidos ni en las pesadillas. Hay mucha gente que sueña con que sube y baja tramos rectos o en espiral, gradas firmes o escalas colgantes sobre el vacío. Yo no. Pero la experiencia de armar la escalera de mármol en el galpón vino a retocar y a recomponer, como en un truco cinematográfico de concertación de imágenes, un pasatiempo de la infancia. (Aunque no sé si la palabra "pasatiempo" es la que corresponde.) Siempre me han apasionado las gallinas. Descreo de la penetración de quienes las consideran criaturas sin gracia e incluso he llegado a detestar a quienes las detestan. De niño, en un gran fondo con árboles y gallinas, solía echarme al suelo y quedarme largamente inmóvil, a fin de que las gallinas pudiesen adquirir la confianza suficiente para acercárseme, sabiendo -como sin duda ya sabían- que yo era su amigo. Echado en tierra, entreabría los ojos y las veía picotear junto a mí y al nivel de mis ojos. Me parecía la experiencia más hermosa del mundo apreciar sus crestas a una altitud mayor que la de mi encubierta mirada, sentir la redondez esponjosa de sus quillas como un puente por debajo del cual viera asimismo otras aves, el rincón poblado del gallinero. Y nada diré del placer de escuchar su cloqueo tan junto a mis orejas. Tal experiencia se suponía definitivamente enterrada en el tiempo. Pero en mi fondo a orillas del Arroyo del Molino yo he criado gallinas (ahora no y ya diré por qué). Y las gallinas, a las que tanto sujeto tonto niega inteligencia, descubrieron la escalera de mármol y la escogieron como dormidero, en vez de los arbolitos del terreno. Yo solía llegar allí por las tardes y me sentaba a meditar, a una altura media de la escalinata; meditaba sentado, no cuerpo a tierra como en mis días de niño. Pero el apaciguamiento de mi edad se les comunicaba y me tornaba más confiable que el cuerpo yacente de un chico en el suelo; y las gallinas empezaban a acerNo obstante, ahora que ellos se han ido y las gallinas ya no están y la misma escalera en unos días va a irse, es inevitable apuntar esta paradoja: el juego era cruel pero la imagen que se desprendía de él rezumaba una curiosa dicha hogareña. Sólo concibo que ella pudiera haber sido más redonda si yo, en ese momento, me hubiese hallado meditando en la escalera. Pero ni ellos me lo permitirían ni a mí me habría gustado sentir que un ratón, que una rata pasaran volando por encima de mi cabeza. No eran gallinas, Dios mío.

Por una extraña y desapacible razón sobre la cual tendré que interrogarme algún día con rigor y sin complacencias, he carecido siempre de respuestas en los momentos más críticos de la vida. Tanto que mi mujer finge asombrarse de que haya podido decir Sí cuando nos casamos. Han pasado los años y estoy sentado en la escalera cuando vienen a buscar a mi hijo mayor y a llevárselo preso. Asisto desde lejos, oblicuamente al sitio en que me encuentro, al alboroto de quienes rodean el chalet y espantan las gallinas; es media tarde, ellas no han empezado todavía a acercarse al galpón. Siento que debo incorporarme y acudir hacia allí; y me quedo inmóvil, igual que cuando alguno de los chicos tropezaba y caía y la madre debía correr a levantarlo. a curarlo si se había lastimado. Veo partir a mi hijo flanqueado por dos individuos y tomar el camino de grava hacia el portón exterior. El sabe perfectamente que yo estoy allí y en un momento de su marcha, sin volverse hacia mí, hace ondear en saludo los dedos de una mano, de las dos que lleva sujetas a la espalda. Siento entonces que debo decir algo, gritar quizá. Sólo atino a murmurar, muy bajito, el apodo que le dábamos de chico. Sólo eso. Tendría que analizarme, pero desde ahora adelanto que no creo que haya sido por miedo. Gritarle unas palabras, sí, es muy fácil decirlo; pero écuáles? Para que esas palabras insustituibles

y reveladoras —porque no pide menos mi mujer, convertida a matrona clásica— hubieran podido pronunciarse, habría sido preciso que yo las hubiera podido saber, y sobre todo encontrar, en el momento mismo en que se llevaban preso a mi hijo y yo me había quedado inmóvil, perplejo, cuajado simplemente en mí, encaramado a aquel peldaño y tal vez al tiempo inmemorial de la escalera, donde tales respuestas no existían. ¿Por qué no dije nada? ¿Por timidez, por abulia, por desabrimiento, por falta de ocurrencia? Acaso por algo ligeramente más monstruoso: porque supe que la mano esposada de mi hijo, ondeando los dedos con la palma hacia arriba, estaba diciéndome "No ignoro que estás ahí, quedate quieto, no te denuncies, hasta pronto". ¿Habrá sido por eso, para obedecerle en mi silencio, que no dije nada?

La otra suposición es la de que quise, una vez más, evadirme. Es la que prefiere mi mujer. En mi adolescencia, alguien me prestó un día un par de patines. Deliraba por ellos, era un consumado artista del patinaje y en casa se negaban a comprármelos, argumentando que eran muy peligrosos; como si prestados hubiesen sido más seguros. Es sábado, me prestan por la tarde el par de patines y yo me los calzo y desaparezco. La ciudad entera circula por debajo de mi en esas tres horas. Sitios que hasta muchos años después no volveré a ver, tras quebrar el cascarón de una vida cuyos confines eran el emplazamiento de la escuela, la vía del ferrocarril y la vieja y repelada canchita de fútbol. Resbala la ciudad y yo la miro desde lo alto de los patines, como si la escalera se hubiese puesto en acción (pienso ahora) y me llevase a una velocidad vertiginosa. A veces me agacho casi hasta rozar el suelo y las fachadas se tornan altísimas, como se volvían enormes las gallinas cuando me echaba a tierra. En seguida me vergo y me empino sobre los patines y voltejeo entre los árboles de las plazas y sólo eludo el sitio de las comisarías, por temor a que esté prohibido, por miedo de que me pregunten y se descubra todo. El castigo que me impusieron al volver fue muy poca cosa, comparado a la embriaguez de los patines; y ella me duraba para afrontarlo, en mi pieza cerrada y a oscuras en la cama.

Durante un tiempo estuve preguntándome ¿Por qué lo hice? Hasta que llegó un día, ya dado a la costumbre de volver por las tardes hacia el galpón, a meditar sentado en la escalera, en que pensé que la verdadera pregunta era otra y más insondable aún: ¿Para qué lo hice?

Esta es la pregunta que, referida a casi todas las cosas de la vida, me ha importado más que el porqué: el para qué. Evoco el rostro congestionado y estúpido del profesor de Literatura: "¿Para qué escribió Oscar Wilde la Balada de la cárcel de Reading?", un enigma en cuya solución nos iba la buena o mala nota del mes. ¿Para qué se escribe, para qué se pinta, para qué se hacen las cosas, para qué?

La abuela era gruñona, rezongaba siempre al abuelo. Y el abuelo enfrentaba sus sermones poniéndose a zumbar una tonada cualquiera, desde atrás de la valla de sus dientes apretados. Lo hacía seguramente —hagan la prueba— porque a medida que el ruido interior crece y no sale nos va llenando de estruendo la cabeza e impidiendo la audición de cuanto venga de afuera. La abuela pontificaba cada vez más y el canturreo a labios herméticos del abuelo crecía cada vez más. A este contrapunto se le llamaba, en familia, "la boca cerrada"; así, sin añadir una palabra. "Lo que más me exaspera —decía la abuela— es que no me conteste nunca para qué lo hace", sin sospechar siquiera que ella estuviese inscripta en ese para qué. ¿Para qué—pregunto con la abuela y el profesor— para qué compré la escalera?

Hasta que ayer inesperadamente lo supe, cuando mi mujer me telefoneó al escritorio. "Felicitame" —me dijo—. "Te acabo de vender la escalera". "¿La escalera?", pregunté como si no lo hubiese escuchado. "¿A quién?", pero era una pregunta superflua y ella respondió que me lo diría en cuanto llegase a casa. Lo principal era que la había vendido muy bien, por mucho más dinero del que me había costado en el remate. "Al final —reflexionó, súbitamente aduladora—entre los dos hemos hecho un gran negocio: tú comprándola y yo vendiéndola".

El comprador había reconocido que era mármol de Carrara legítimo, una clase espléndida de mármol que ya no se encontraba. Y habían cerrado trato y pagaría muy bien. "Tanto (no me dijo cuánto) que podremos viajar ahora a ver al hijo". Le llama el hijo aunque es uno de ellos: pero es el que se fue a vivir lejos y es el mayor.

Agregó que hacía tiempo que se hallaba en negociaciones para la venta, pero ya le habían fracasado dos candidatos a compradores y no había querido darme cuenta de las cosas hasta que hubiera algo concreto, como ahora había. Había querido prepararme "la sorpresa completa", exclamó jovialmente. Pero demorarían aun unos días en venir a retirarla y no había podido aguantarse.

Mi mujer es muy ejecutiva. Ha vendido varias casas, como corredora o comisionista de inmuebles. Le encanta vender casas, se deleita con eso, le ocupa un tiempo que se le ha quedado vacío desde que los hijos se casaron. Le encanta vender casas, se entretiene buscando compradores y regateando con ellos. Automóviles no. No sé por qué, piensa que vender casas es una operación en la cual pueden entrar las mujeres; y vender automóviles, en cambio, se le antoja una transacción masculina.

Inmediatamente rememoré la oportunidad en que me había dado la otra sorpresa: la de comunicarme, como un hecho consumado, la venta de las gallinas. Ni siquiera las encontré al regresar a casa. "Daban mal olor, no servían más que para juntar ratas y moscas. ¿No estás contento?", dijo con sincera volubilidad, como si hubiese ignorado que no podría estarlo. "Pues deberías alegrarte", respondió a mi silencio. Debería alegrarme, sí, aunque el precio de las gallinas no diera para hacer ningún viaje. Por entonces los muchachos habían crecido y el juego del plop desde los peldaños había cesado. Así que tampoco tenía ningún sentido que siguiera habiendo ratas y ratones disponibles para el juego. ¿No tendría razón mi mujer, al fin de cuentas?

Pero al colgar el teléfono, esta última vez, supe con toda claridad para qué había comprado la escalera de mármol. Aquella escalera era como una suerte de cadalso para mí mismo. Y lo que parecerá más absurdo que diga, un cadalso amado. Subconscientemente, quería seguir subiendo a él todas las tardecitas. Para meditar, como he dicho siempre, sin que halle qué sentido podré dar al verbo en cuanto la escalera haya desaparecido. Para meditar, un ocio que me resulta más fácil y gozoso que el de expresarme. Para meditar en calma, mirando los peldaños ya sin gallinas en el crepúsculo y la lagunita con el ojo del bidet semisumergido y la bacinica rota y los cartuchos. Hasta que un día, sobre un pensamiento importante y definitivo -o pueril y definitivo- que no llegase a trasmitir, me quedase muerto en aquellos escalones, misteriosamente puesto allí por nadie y por mis años en el momento de morir, como esas palomas que -sin que nadie las haya visto caer- aparecen por las mañanas, las alas cenicientas agarrotadas y abiertas, en el atrio de piedra de las iglesias.

#### INDICE

Martínez Moreno: una conciencia vigil por Rosario Peyrou	lante,
La pequeña cárcel	
Benegas veo	4:
Bien, regular y mal	
Corrupción	
Los pieles rojas	
Los candelabros	
La máscara	
Palo de rosa	109
La escalera de mármol	

Esta edición de "Animal de palabras" se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Arca Editorial S.R.L., Andes 1118, Montevideo, en el mes de enero de 1987.

Depósito Legal No. 222.430/87.

Comisión del Papel - Edición amparada al Art. 79 de la Ley No. 13.349.